

LAS CINCO PERLAS

DE LA

ALHAMBRA.

CUENTOS ORIJNALES

ILUSTRADOS CON TREINTA GRABADOS.

ESCRITOS EN INGLÉS

POR WASHINGTON IRVING,

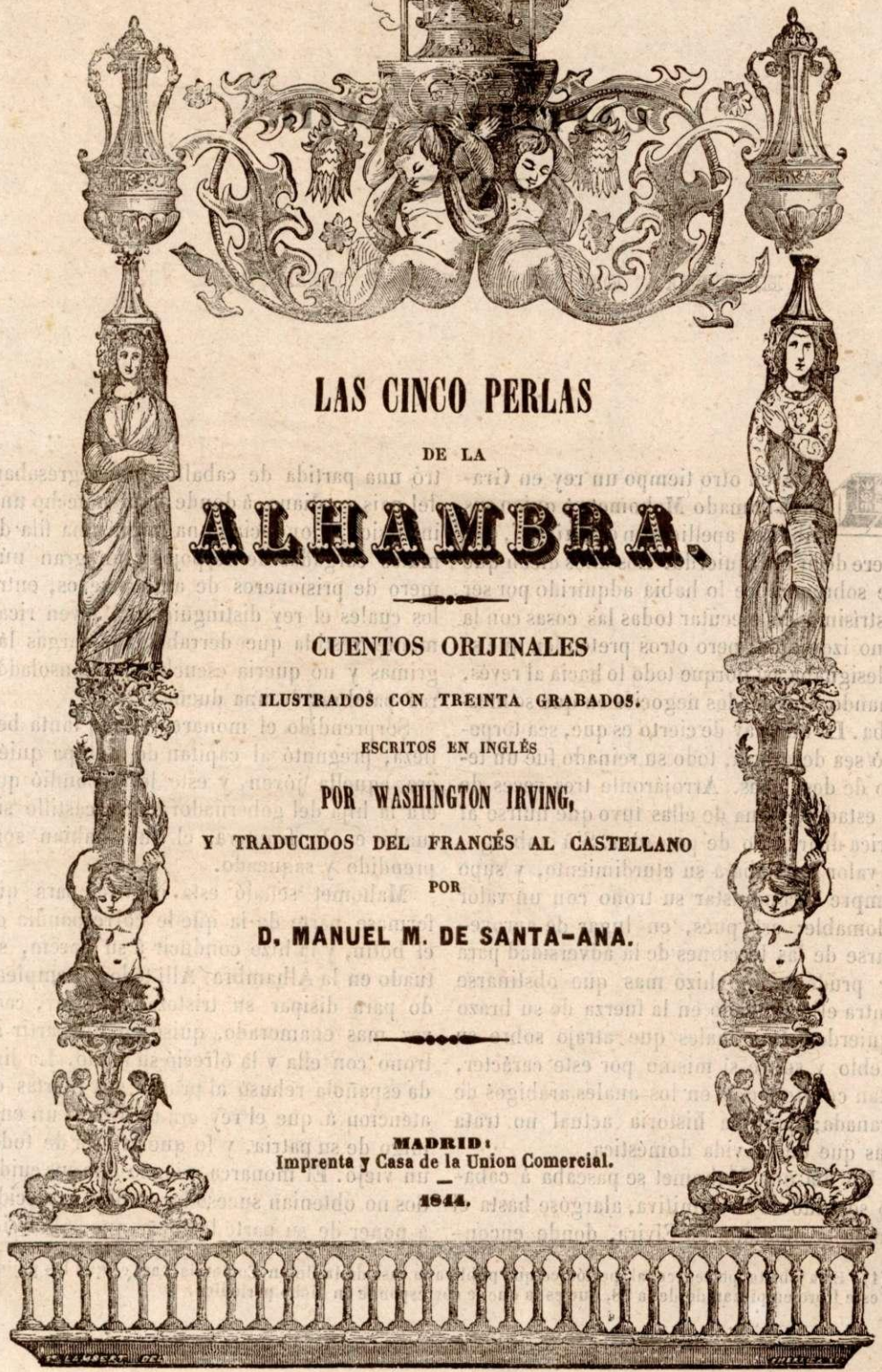
Y TRADUCIDOS DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

POR

D. MANUEL M. DE SANTA-ANA.

MADRID:
Imprenta y Casa de la Union Comercial.

1844.



CAPITULO XVIII.

HISTORIA DE TRES LINDAS PRINCESAS (1).



HABIA en otro tiempo un rey en Granada llamado Mahomet, á quien sus súbditos apellidaron el *Haigari*, que quiere decir el Izquierdo. Los unos dicen que este sobrenombre lo habia adquirido por ser diestrísimo en ejecutar todas las cosas con la mano izquierda; pero otros pretenden que se le designaba así porque todo lo hacia al revés, echando á perder los negocios en que se mezclaba. Lo que hay de cierto es que, sea torpeza ó sea desgracia, todo su reinado fué un tejido de desdichas. Arrojárónle tres veces de sus estados, y una de ellas tuvo que huirse al Africa disfrazado de pescador. Sin embargo, su valor igualaba á su aturdimiento, y supo siempre reconquistar su trono con un valor indomable; así pues, en lugar de aprovecharse de las lecciones de la adversidad para ser prudente, no hizo mas que obstinarse contra ella confiado en la fuerza de su brazo izquierdo. Los males que atrajo sobre su pueblo y sobre sí mismo por este carácter, estan consignados en los anales arábigos de Granada; pero la historia actual no trata mas que de su vida doméstica.

Un dia que Mahomet se paseaba á caballo seguido de su comitiva, alargóse hasta el pie de la montaña de Elvira, donde encon-

tró una partida de caballos que regresaban del pais cristiano, á donde habian hecho una incursión. Conducian una larguísima fila de mulas cargadas de despojos y un gran número de prisioneros de ambos sexos, entre los cuales el rey distinguió una jóven ricamente vestida que derrababa amargas lágrimas y no queria escuchar las consoladoras palabras de una dueña.

Sorprendido el monarca al ver tanta belleza, preguntó al capitán de la tropa quién era aquella jóven, y este le respondió que era la hija del gobernador de un castillo situado en la frontera, el cual habian sorprendido y saqueado.

Mahomet señaló esta cautiva para que formase parte de la que le correspondia en el botín, y la hizo conducir á su harem, situado en la Alhambra. Allí todo fué empleado para disipar su tristeza; y el rey, cada vez mas enamorado, quiso en fin partir su trono con ella y la ofreció su mano. La linda española rehusó al pronto sus ofertas en atencion á que el rey era un infiel, un enemigo de su patria, y lo que es peor de todo, un viejo. El monarca, viendo que sus cuidados no obtenian suceso favorable, se decidió á poner de su parte la dueña que habia sido

(1) Esta obra pertenece al periódico que publica la casa de la Union Comercial; así es que las páginas de este libro empiezan desde la 78, que es la que le corresponde en dicho periódico.

hecha prisionera al mismo tiempo. Esta muger era andaluza, pero su nombre de bautismo era desconocido, y solo existe en las leyendas árabes bajo el nombre de Kadiga, nombre que la conviene perfectamente. El rey moro, en cuanto tuvo con esta dueña una conferencia secreta, se persuadió por la fuerza de sus argumentos de que nada adelantaria sino por mediación de la dueña.

«Señora, le dijo esta á la cautiva, ¿por qué ese llanto, por qué esa tristeza? ¿No vale más ser dueña de este hermoso palacio que permanecer confinada en la fortaleza de vuestro padre? En cuanto á la falsa creencia de Mahomet, nada tiene que ver para el asunto, puesto que no es con su religion con la que os casais. El que sea un poco viejo es una cosa ventajosa, pues mas pronto quedareis viuda y libre de disponer de vos misma. En fin, estais en su poder, y habreis de ser reina ó esclava. ¿Cuánto mas ventajoso es vender las mercancías á buen precio que no vérselas arrebatar á viva fuerza?»

Los razonamientos de la discreta Kadiga no admitían réplica. La dama española enjugó sus lágrimas, se desposó con Mahomet el Izquierdo, y se conformó en la apariencia con la fé de su esposo. La dueña se convirtió igualmente tomando el nombre ya dicho de Kadiga, y le fué permitido permanecer junto á su señora, la que tuvo en ella siempre la mas alta confianza.

De allí á un año el rey moro fué padre de tres hermosas princesas que nacieron el mismo dia: él hubiera preferido un hijo; pero se consoló pensando que para un hombre de su edad era muy glorioso tener tres hijas gemelas.

Siguiendo el uso oriental, consultó los astrólogos sobre la predestinación de sus hijas. Estos hicieron sus cálculos, y moviendo la cabeza dijeron al rey:

«Las hijas, gran señor, son una propiedad dificilísima de guardar; empero estas particularmente exigirán toda vuestra vigilancia cuando lleguen á la edad nubil: tenedlas constantemente á vuestro lado, y no las confieis á persona alguna.»

Mahomet el Izquierdo pasaba por un hombre sabio entre sus cortesanos, y él mismo se miraba como tal. La prediccion de los astrólogos le hizo poquisima impresion, pues contaba tener gran vigilancia sobre sus hijas para desmentir completamente al destino.

Este triple nacimiento fué el último trofeo conyugal de Mahomet; la reina no tuvo mas hijos, y murió pocos años despues, dejándole encomendadas las tres niñas y la fidelidad de la discreta Kadiga.

Faltaban aun muchos años para que las princesas llegasen al terrible periodo designado por los astrólogos. Sin embargo, el astuto Mahomet se dijo á sí mismo:

«Cuantas mas precauciones tome, mas seguras estarán, y siempre es bueno hacer las cosas á tiempo.»

Determinó, pues, en consecuencia hacer educar á sus hijas en el castillo de Salobreña, magnifico palacio encajonado en medio de una fortaleza que domina las costas del Mediterráneo. Allí es donde los musulmanes retenian aquellas personas que les hacian alguna sombra, á las que sin embargo hacian gozar dentro de estos muros todos los placeres que el lujo puede proveer.

Las princesas habitaron en este sitio separadas del mundo, empero rodeadas de placeres, y servidas por multitud de esclavas, que satisfacian sus menores deseos. Tenian jardines deliciosos llenos de frutas y de flores rarísimas, y la vista del castillo se extendia por tres partes sobre una magnífica vega y por la cuarta sobre el mar.

En una morada tan bella, bajo un cielo tan puro y un clima tan templado, crecian con rapidez, y su belleza era cada vez mas encantadora, con la particularidad que aun cuando se las educaba de un modo igual, cada una demostraba carácter diverso. Sus nombres eran Zaida, Zoraida y Zulima.

Zaida, la mayor (porque existia entre ellas un orden de primogenitura fundado en tres minutos de diferencia que se habian llevado al nacer unas de otras); Zaida, la mayor, como ibamos diciendo, era viva, petulante y

se adelantaba siempre á sus hermanas, del mismo modo que lo habia hecho al nacer: su imaginacion se hallaba siempre ansiosa de objetos nuevos, y deseaba conocer el fondo de todas las cosas.

Zoraida tenia una pasion decidida por la belleza; pasion que la hacia estarse siempre mirando al espejo y amar escesivamente las flores y demas adornos de toda especie.

En cuanto á Zulima, la mas pequeña, era dulce, tímida y muy sencilla; lo que se notaba en la ternura escesiva que demostraba hácia los pájaros y demas avecillas, á quienes cuidaba con extrema minuciosidad. Todos sus placeres eran de una naturaleza tranquila, y su natural carácter la convidaba á esta clase de goces. Muchas veces pasaba horas enteras asomada á un balcon, los ojos fijos en el cielo estrellado de una hermosa noche, ó bien sobre las azuladas olas del mar iluminadas por la luz melancólica de la luna. En estos momentos el canto lejano de un pescador en la bahía, ó los dulces sonos de una flauta morisca salidos de una barca que se deslizaba por las ondas, la sumergian en una especie de éstasis. Pero el choque de los elementos cuando se desencadenaban llenaban su alma de terror, y un solo trueno era suficiente para que se desmayase.

Así pasaron los años de su infancia en la calma y la serenidad, velando sobre ellas siempre la discreta Kadiga con los mas constantes cuidados.

Ya hemos dicho que el castillo de Salobreña dominaba la costa; una de sus murallas exteriores seguia las sinuosidades de la colina hasta el pie de una roca que se internaba bajo las olas bullidoras. Una torre-cita edificada sobre este promontorio encerraba un pabellon de recreo, cuyas ventanas, cubiertas de celosias, daban exactamente sobre el mar: aquí era donde las princesas acostumbraban pasar las horas abrasadoras del medio dia.

La curiosa Zaida estaba una tarde sentada en una de las ventanas del pabellon en tanto que sus hermanas dormian la siesta. Una galera que costeaba la ribera atrajo sus mi-

radas, y vió que estaba llena de soldados: despertó á sus hermanas, y todas tres miraron tímidamente á través de las celosias, que impedían fuesen vistas, como el navio echó anclas al pie de la torre, y desembarcaron algunos soldados moros conduciendo varios castellanos prisioneros.

Entre estos se hallaban tres caballeros ricamente vestidos. Eran jóvenes, bien parecidos, y la dignidad de sus movimientos, aun cuando estaban cargados de cadenas y rodeados de enemigos, anunciaban la elevacion de sus almas; las princesas les consideraban respirando apenas con las muestras del mas vivo interés. Encerradas como habian estado desde la infancia en medio de sus mugeres, y no habiendo visto nunca mas hombres que los esclavos negros ó los pescadores groseros de la costa, nada tiene de particular que el aspecto de estos bizarros caballeros, que estaban en toda la fuerza de su juventud, despertase algunas emociones en su seno.

«¿Habeis visto jamás una figura mas noble que la del caballero de la banda encarnada, dijo á sus hermanas la hermosa Zaida, qué aire tan elevado, qué dignidad en su modo de andar? Cualquiera diria que en lugar de estar cautivo es un soberano rodeado de esclavos.

—Pero fijad la vista en el caballero de la banda verde, dijo á su turno Zoraida: ¡qué gracia! ¡qué elegancia! ¡qué vivacidad!»

La dulce Zulima no dijo nada, pero preferia en secreto al tercer caballero.

Siguieron con la vista á los prisioneros mientras las fué posible percibirlos, y despues que hubieron desaparecido se alejaron de la ventana dando profundos suspiros, y se arrojaron pensativas sobre sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en este estado; y cuando la contaron lo que habian visto, el corazon de la dueña se conmovió á pesar de los hielos de la vejez.

«¡Pobres jóvenes! exclamó: su cautividad hará sin duda verter amargas lágrimas á mas de una linda castellana: ¡ay hijas mias! vosotras no sabeis cuántas cosas de-

jan en su país que echarán de menos muchas veces: los saraos, las serenatas, los torneos ¡la galantería!»

Estas pocas palabras fueron suficientes para escitar la curiosidad de Zaida, que estuvo incansable en sus preguntas, hasta que hubo obtenido de la dueña una noticia exacta de las escenas que habia visto en los días de su juventud. La bella Zoraida se volvió á mirar al espejo cuando la vieja habló de la belleza de las damas españolas, y la tierna Zulima sofocó un suspiro cuando oyó hablar de las serenatas.

Cada día Zaida repetía sus preguntas, y la dueña tornaba á referir sus historias, que eran escuchadas de las tres doncellas con la mas viva curiosidad. Empero Kadiga llegó á conocer el daño que podían causar en ellas sus relaciones: hasta entonces habia mirado á las princesas como unas niñas; pero el tiempo habia desenvuelto insensiblemente sus encantos, y al presente eran tres lindas jóvenes casaderas las que tenia á la vista.

«Es urgente, dijo para sí la buena vieja, que el rey sepa el estado á que han llegado sus hijas, y voy sin mas tardanza á enviarle un mensajero.»

Mahomet el Izquierdo reposaba sobre un divan en una de las salas mas frescas de la Alhambra, cuando el mensajero de Salobreña fue introducido en su presencia, y lo cumplimentó de parte de la discreta Kadiga por el aniversario del nacimiento de sus hijas, remitiéndole al mismo tiempo un canastillo adornado de flores, y entre las cuales se veían colocados sobre hojas de parra un melocoton y dos albaricoques en el estado de madurez mas completo. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las frutas y las flores, comprendió fácilmente el sentido de este lenguaje emblemático.

«Hémos aquí, dijo para sí el rey, que hemos llegado al término fatal designado por los astrólogos: mis hijas estan encerradas lejos de la vista de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga. Todo esto es muy bueno; pero no estan bajo mis ojos, segun los sabios me habian prescrito: preciso será que las traiga á mi lado y que no las confie

á nadie mas que á mi misma persona; estas son sus propias palabras y debo obedecerlas.»

Hizo pues preparar una de las torres de la Alhambra para recibir las, y marchó á la cabeza de un destacamento de sus guardias á fin de conducir las él mismo al hogar paterno: ya hacia mas de tres años que el rey no las veía, y fue grande su sorpresa cuando vió el cambio que se habia producido en sus personas.

Durante este tiempo habian traspasado la línea que separa la niñez aturdida, ignorante é irreflexiva de la juventud que sabe pensar y avergonzarse. Esta transacción de una edad á otra ofrece una diferencia tan brusca como la que hiere al viajero cuando abandona las llanuras monotonas de la Mancha para entrar en las voluptuosas campiñas andaluzas.

Zaida era alta, muy airosa, su mirada era viva y penetrante, y entró en el salon donde Mahomet las esperaba con un paso firme y magestuoso, hizo una profunda reverencia, mostrando mas bien el respeto que debia á su soberano que la ternura de una hija por su padre. Zoraida era de mediana talla, sus miradas eran seductoras, y sus movimientos llenos de gracia; presentóse con un adorno cuyo exquisito gusto la hacia parecer mas encantadora. Aproximóse al monarca sonriendo, le besó la mano, y le recitó unas estancias de un autor famoso en aquel tiempo, y que era muy del gusto de su padre. Zulima era mas pequeña que sus hermanas, y su belleza tenia un carácter de delicadeza que imploraba el apoyo y protección de la ternura. No parecia hecha para mandar como Zaida, para deslumbrar como Zoraida, pero sí para insinuarse dulcemente en el corazon de un hombre y hacer la felicidad de su vida. Acercóse temblando, y se preparaba á besar la mano de su padre; pero al ver una espresion de bondad paternal en el rostro del anciano, venciendo su paternal timidez se arrojó en sus brazos.

Mahomet el Izquierdo consideraba sus encantadoras hijas con un sentimiento mezclado de orgullo y de inquietud, pues aun cuando admiraba su belleza, las predicciones de

los astrólogos le daban mucho que pensar.

«Tres hijas, tres hijas, decia para sí: ¡qué dragon podrá guardar estos frutos, mas seductores que los del jardín de las Espérides!

Tuvo cuidado antes de su vuelta á Granada de enviar varios heraldos, que anunciaron el camino por donde debian pasar, á fin de que cerrasen todos sus puertas y ventanas cuando se aproximasen las princesas: tomadas estas precauciones, partió para Granada escoltado de una compañía de negros á caballo, cubiertos de armaduras brillantes, pero tan horribles, que daba espanto el verlos.

Las princesas marchaban al lado de su padre cuidadosamente envueltas en sus velos y montadas en blancos palafrenes cubiertos de caparzones de terciopelo bordados de oro y que llegaban hasta el suelo, los bocados y estribos eran de plata, y las bridas de seda bordadas de piedras preciosas. Llevaban tambien una prodigiosa multitud de campanillas de oro que formaban una armonía agradable, mientras los palafrenes avanzaban con un paso lento y mesurado. ¡Desgraciado cualquiera que hubiera permanecido en el camino despues de haber sido avisado por las campanillas! las guardias tenian orden de degollarlos sin piedad. Aproximábase la cabalgada á las puertas de la ciudad, cuando tropezó en los bordes del Genil con un convoy de prisioneros conducidos por una tropa de soldados moros, los cuales, no habiendo tenido tiempo de retirarse, se arrojaron la cara contra el suelo, ordenando á sus prisioneros hicieran la misma operacion; entre estos venian los tres caballeros que las princesas habian visto desde su pabellon, los cuales no entendieron ó no quisieron entender la orden que se les habia dado, y permanecieron de pie y los ojos fijos sobre el cortejo que se aproximaba.

Mahomet, ciego de cólera al ver esta trasgresion de sus órdenes, desenvainó su cimitarra, y metiendo espuelas al caballo se disponia á dar un tajo con todo el poder de su brazo, y que hubiera sido fatal á cualquiera de los caballeros; pero las princesas le rodearon pidiéndole gracia, y aun la misma Zoraida, á pesar de su timidez, se tornó elocuente

para proteger su causa. Detúvose Mahomet con el brazo levantado, y el capitán de los guardias, arrojándose á sus pies, le dijo:

«Mire V. A. lo que va á hacer; un acto de esta naturaleza causaria un gran escándalo en el reino: estos cautivos son unos nobles caballeros castellanos que han caido prisioneros despues de haberse batido como leones, perteneciendo asimismo todos tres á esclarecidísimas familias, que darán por su rescate considerable cantidad.

—Basta, dijo el rey convencido por esta última razon: les perdonaré la vida; pero castigaré su audacia: que los lleven á Torres bermejas y sean allí dedicados á trabajos forzados.»

Mahomet cometia en este momento una de sus simplezas acostumbradas, pues habiéndose caido el velo de las princesas, quedó su belleza á la vista de todo el mundo, y prolongándose asi la conversacion, dejaba á sus encantos el tiempo de producir todo su efecto.

En los tiempos antiguos se enamoraban las gentes con mas rapidez que en la actualidad, de lo que dan fe todas las novelas: asi pues no es sorprendente que el corazón de los tres caballeros quedase súbitamente esclavo de las princesas, cuando además del encanto de su belleza se reunia el de la gratitud; pero lo mas singular es que cada uno se enamoró de diferente hermosura. Por lo que toca á aquellas, se encontraron mas inclinadas que nunca á los prisioneros, y conservaron religiosamente en su memoria lo que habian oido decir de su valor y linaje.

Púsose en marcha la comitiva, y las princesas siguieron al lado de su padre pensativas y silenciosas, mirando de cuando en cuando hácia atrás para ver los prisioneros que eran conducidos á Torres bermejas.

La morada que su padre las habia escogido reunia todo lo que el gusto mas delicado podia inventar: era una torre separada del resto del palacio, al que estaba unida únicamente por la almenada muralla que corona la colina; por la parte interior que daba á la fortaleza, un jardinito lleno de plantas exóticas se extendia al pie de la torre, y por la

otra parte se descubria la profunda quebradura que separa el territorio de la Alhambra del de Generalife. El interior de la torre estaba dividido en varias habitaciones adornadas de elegantes arabescos colocados al rededor de una gran sala, cuyo techo abovedado se elevaba á lo mas alto de la torre. Los adornos de esta magnífica sala eran bri-



llantísimos; una fuente de alabastro rodeada de floridos arbustos lanzaba un surtidor de agua cristalina que refrescaba toda la pieza y arrullaba dulcemente con el murmullo que formaba á su descenso. Jaulas de oro y plata que encerraban canoras avecillas cubiertas de variadas plumas pendían de los dorados artesones.

Habíase anunciado al rey que sus hijas pasaban en Salobreña una vida placidísima y que siempre estaban dispuestas á divertirse, por lo cual esperaba verlas contentas en su nueva morada. Pero su sorpresa fue grande al observar que estaban cada día mas melancólicas, y que ninguno de los preciosos objetos que las rodeaban mitigaba su tristeza. El olor de las flores las causaba dolor de cabeza, el canto de los ruiseñores turbaba sus sueños, y el continuo murmullo de la fuente las impacientaba sobremanera.

El rey, que no era de los mas sufridos, se enfadaba seriamente algunas veces; pero luego reflexionaba que estando sus hijas en aquella edad en que el deseo de las mugeres se fija sobre cien objetos diferentes, trató de satisfacer en lo posible todos sus caprichos. Púsose en consecuencia á buscar las joyas mas preciosas y las mas variadas teas para tener el gusto de adornar con ellas sus lindas hijas.

Pero todo fue tiempo perdido; las prince-

sas languidecian visiblemente en medio de tantas delicias, del mismo modo que tres botones de rosa á los que el cierzo agosta en su tallo. El rey estaba desesperado, y como á causa de su excesivo amor propio no tomaba jamás consejos de nadie, se veía en la mayor perplejidad. «Los caprichos de tres mugeres son capaces, se decia á sí mismo, de volver loco al hombre mas sensato del mundo, por lo que voy por la primera vez de mi vida á demandar consejo á otro sobre el particular.»

La persona á quien se dirigió en tal apuro fue la experimentada dueña, la discreta Kadiga.

«Kadiga, la dijo, te tengo por la mas discreta de todas las mugeres, y gracias á esta cualidad tan apreciable, te he confiado la educacion de mis tres hijas, porque los padres deben ser muy difíciles en la eleccion de las personas á quien dispensan semejante confianza. En esta inteligencia, quisiera valerme de tí para averiguar el mal secreto que mina la existencia de mis hijas; supuesto que conocido que sea, tal vez se halle algun medio para volverlas su alegría y buen aspecto.»

Kadiga prometió obedecer al rey, mucho mas cuando sabia mas á fondo el mal que aquejaba á las jóvenes princesas que ellas mismas: sin embargo, se apresuró á hablarlas, y trató de que la declarasen sus secretos.

«Hijas mías, las dijo, ¿cuál es la causa de ese aire abatido que observo en vosotras, esa sombría tristeza que os abruma en medio de los placeres de que estais rodeadas?»

Las princesas alzaron sus ojos al cielo, y se pusieron á exhalar melancólicos suspiros.

«¿Qué es lo que deseais? ¿Queréis que os compre el maravilloso papagayo que habla todos los idiomas y hace las delicias de Granada?»

—De ningún modo, contestó Zaida; un pajarraco parlero que no hace mas que repetir palabras sin conexión, paciencia es menester para sufrir tal charlatanismo.

—¿Queréis sino que encargue un mono á

Gibraltar para que os entretenga con sus gestos y con sus graciosos saltos?

—Una mona, ¡qué horror! gritó Zoraida; hasta el nombre de tan ridículo animal me causa hastío.

—Vaya pues, sino haré venir el famoso cantor negro Casem, que acaba de llegar de Marruecos. Dicen que su voz es tan bella y sonora como la de una muger.

—Me asustan los negros, contestó Zulima, y por otra parte he perdido toda mi afición á la música.

—¡Ay, hija mía! no diriais tal cosa si hubieras oído, replicó la vieja con socarronería, el canto de los tres caballeros que hallamos cuando venimos de Salobreña; pero Dios me perdone, queridas hijas: hé aquí que os habeis turbado. ¿Cuál puede ser la causa de vuestra agitacion?

—Nada, nada, buena Kadiga, continuad.

—Pues como os iba diciendo, al pasar ayer por junto á Torres bermejas ví á los tres caballeros que descansaban del trabajo; el uno de ellos tocaba una vihuela, y los otros dos cantaban á duo, pero de una manera tan agradable, que los centinelas estaban escuchándolos inmóviles como estatuas: Dios me perdone; pero al escuchar las canciones de mi país natal me conmoví toda. ¿Mas quién no se compadecería al ver unos jóvenes tan nobles y gallardos sufriendo las cadenas de la esclavitud?»

Aquí la buena vieja no pudo contener sus lágrimas.

«¿No podríais, buena Kadiga, proporcionarnos ver á esos caballeros? dijo Zaida.

—Me parece, continuó Zoraida, que un poco de música nos daría mucho placer.»

La tímida Zulima nada dijo; pero estrechó entre sus brazos á su aya.

«Dios nos libre, contestó esta sorprendida: ¿qué es lo que decís, hijas mías? ¡Si lo supiera vuestro padre nos haría empalar á todas cuatro! Muy cierto es que estos caballeros estan muy bien educados, y parecen de un carácter noble y pundonoroso; mas esto ¿qué importa? Al fin y al cabo son enemigos de vuestra patria y de vuestra religion, por todo lo cual debeis mirarlos con aversion.»

Los deseos de una muger jóven son difícilísimos de contrariar, y no hay obstáculo en todo el mundo que los pueda hacer variar de objeto. Las princesas rodearon á la dueña, la adularon y la suplicaron diciéndola que si las rehusaba semejante peticion las veria morir de dolor.

¿Qué podia hacer la pobre Kadiga en tal compromiso? Ciertamente era la anciana mas prudente y avisada que existia en el mundo.

Pero ¿habia de dejar morir á tres princesas niñas por solo una cancion? Por otra parte, á pesar de la larga estancia entre los moros, y su cambio de religion, siempre era española y cristiana en el fondo de su corazón. En consecuencia de esto se puso á pensar de qué modo podria satisfacer los deseos de las princesas.

Los cautivos encerrados en Torres bermejas estaban confiados á la custodia de un renegado apellidado Hussein Baba, de quien habia fama era bastante sensible al poder del oro. La dueña fue en su busca, le llamó aparte, y deslizándole una moneda de oro en la mano, le dijo:

«Hussein Baba, las tres princesas mis señoras que habitan esa torre necesitan distraccion. Han oído hablar del talento y habilidad de los tres caballeros castellanos, y desean tener la prueba. Estoy persuadida que teneis demasiado buen corazón para rehusarías un placer tan inocente.

—Y mi cabeza seria puesta en un palo mañana sobre la puerta de la torre, pues tal seria mi recompensa si el rey llegase á descubrirlo.

—No tengais cuidado alguno; todo se hará con el mayor sigilo, y podeis estar seguro de que sereis recompensado con profusion.»

Acabado este razonamiento, apretó Kadiga la mano del renegado dejando en ella otra pieza de oro.

Este no pudo resistir á tanta elocuencia, y desde el otro día por la mañana hizo trabajar á los prisioneros en el barranco sobre el cual daban las ventanas de las princesas. Al medio día, en tanto que los demas cautivos dormian bajo los árboles, y que sus guardas parecian tambien sumidos en

el sueño, se sentaron sobre la yerba y cantaron un romance en español acompañándose con la vihuela.

El barranco era profundo y la torre muy elevada: sin embargo la voz se oía distintamente con la calma y el silencio del medio día. Las princesas escuchaban desde el balcón. La dueña las había enseñado la lengua española, y las tiernas palabras de la canción hicieron palpar sus corazones.

La discreta Kadiga, por el contrario, quedó estremadamente escandalizada.

«¡Que Alá nos favorezca! exclamó: los atrevidos cantan una canción amorosa dirigida á vosotras: voy á participárselo á su guarda á fin de que los castigue.

—¿Castigar unos caballeros tan gallardos por haber cantado tan deliciosamente?»

Las tres lindas princesas se horrorizaban solo de pensarlo. Por lo que á pesar de su virtuosa indignación, la buena Kadiga, de suyo muy piadosa, se apaciguó fácilmente, tanto mas, cuanto veía que la música había producido un efecto maravilloso, el hermoso sonrosado de sus mejillas había vuelto á aparecer, y sus negros ojos lanzaban rayos de alegría, por lo cual no volvió á hablar nada del canto de los cautivos.

Apenas hubieron concluido, cuando Zoraida tomando un laud cantó con una voz dulce y temblorosa una estrofa, cuyo sentido es el siguiente:

«La rosa oculta entre sus hojas estrecha complacida el canto del ruiñeñor.»

Desde este día los caballeros trabajaban siempre en el mismo sitio, y el prudente Hussein estaba cada vez mas indulgente y con mayores deseos de dormir. Durante algun tiempo los caballeros sostuvieron una vaga correspondencia con las jóvenes princesas por medio de romances y canciones populares, que contestándose en cierto modo unas á otras se comunicaban sus sentimientos, sirviéndose asimismo del lenguaje de las flores que les era familiar. Algunas veces tambien se aventuraban las jóvenes á asomarse al balcon cuando estaban seguras de no ser vistas por los guardias. Las dificultades de comunicarse aumentaban el

atractivo y acrecian el amor, que cuanto mas leve es su punto de apoyo, tanto mas se obstina en aproximarse.

Entre tanto el maravilloso cambio que se notaba en el semblante de sus hijas sorprendia agradablemente al rey; mas nadie estaba mas satisfecha de este resultado que Kadiga, pues lo miraba como debido enteramente á su prudencia.

Al fin esta correspondencia telegráfica se suspendió repentinamente. Pasáronse muchos dias sin que los caballeros viniesen á trabajar al sitio acostumbrado. En vano las pobres reclusas estendian ansiosas la vista desde lo alto de la torre, y en vano cantaban dulcemente como los tiernos ruiñeñores: los cristianos no parecian por ningun lado, y ni una sola voz las contestaba desde el centro de los bosques. La discreta Kadiga salió para tomar algunas informaciones y volvió á poco tiempo llena de turbación.

«¡Ay hijas mias! exclamó, bien decia yo que todo esto no nos conduciria á nada bueno; pero os empeñasteis en vuestra idea, y al presente podeis colgar vuestros laudes de las ramas de un sauce. El dinero del rescate para los caballeros ha llegado y se preparan á marchar á su país.»

Esta noticia llenó de desconsuelo el corazón de las lindas moras. La orgullosa Zaida temblaba de indignación solo en pensar que la habia abandonado sin siquiera decirle adios. Zoraida se torcia los brazos de dolor y lloraba amargamente, y la tierna Zulima apo-



zada en su brazo sobre el antepecho del balcon regaba con sus lágrimas el sitio donde tantas veces había visto sentados á los gallardos cristianos.

La compasiva Kadiga empleaba todos sus esfuerzos para consolarlas.

«Tened paciencia, hijas mias, estas desdichas os parecerán nada cuando os acostumbréis á ellas; así es el mundo. Cuando tengáis mi edad vereis como no se debe tener confianza alguna en los hombres. Apostaría mi cabeza á que estos caballeros tendrán sin duda alguna sus amores en Sevilla, y estarán deseando marchar para verlos y poder continuar en sus galanterías, sin volverse á acordar de las hermosas de la Alhambra. Con que así, valor, hijas mias, y desterrad de vuestro corazon esos ingratos.»

Los consoladores discursos de Kadiga no sirvieron mas que para aumentar el dolor de las tristes doncellas, que permanecieron inconsolables por espacio de dos dias. El tercero por la mañana entró Kadiga en la habitacion de las princesas ardiendo de indignacion.

«¿Quién hubiera podido imaginar, esclamo, que existiese un mortal tan audaz que se hubiese atrevido á querer hacerme cómplice en una traición? ¿Podreis creer, hijas mias, que los caballeros españoles han intentado que yo les falicitase el medio de poder sacaros de la torre y huir con ellos á Córdoba, donde se casarian con vosotras?»

Al proferir estas palabras la pobre muger se cubrió la cara con las manos, y dió libre curso á su dolor é indignacion. Las princesas palidecieron, y se miraban unas á otras guardando el mas profundo silencio.

En tanto Kadiga se agitaba sobre su asiento dando muestras del mas vivo dolor y esclamando:

«¿Para qué habré vivido tanto tiempo si me había de ver así insultada siendo la mas fiel de las criadas?»

Al fin la mayor de las hermanas, aquella que tenia mas resolucion, se acercó á la dueña, y poniéndola una mano en el hombro la dijo:

«Supongamos, mi buena madre, que nos-

otras consintiésemos en seguir á esos caballeros: ¿seria esto cosa posible de ejecutar?»

La pobre vieja se calmó súbitamente, y alzando la cabeza contestó:

«No solo posible, sino posibilísimo. Los cristianos han logrado ya ganar al renegado capitán de la guardia, y han arreglado con él todo el plan. Pero ¡Dios mio! ¡engañar á vuestro padre! ¿vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza? y al decir esto volvió á torcerse las manos en señal de desesperacion.

—Pero nuestro padre, dijo Zaida, no ha tenido confianza en nosotras, no se ha fiado mas que en las rejas y candados, teniéndonos continuamente cautivas.

—Eso es muy cierto, contestó Kadiga enjugando sus lágrimas. Os ha tratado con la mayor injusticia, obligándoos á pasar vuestra juventud abandonadas en esta antigua torre. ¡Pero huir de vuestra patria!

—Sí, nos iremos á la de nuestra madre, donde viviremos en libertad, teniendo cada una un marido jóven y gallardo, en vez de que aquí solo tenemos un padre viejo y fastidioso.

—Todo eso es ciertísimo, y no puedo menos de confesar que vuestro padre es algo tiránico. Pero ¡ay de mí! prosiguió volviendo á comenzar su llanto: ¿tendriais valor de dejarme aquí abandonada, yo que he cuidado de vuestra niñez, y sobre quien descargaría la cólera de vuestro padre?

—De ningun modo, mi buena Kadiga; ¿pero no podriais veniros con nosotras?

—Seguramente, hijas mias, y si os he de decir la verdad, al hablar de este asunto con Hussein, me ha prometido tener cuidado de mi persona si os queria acompañar en la huida. Pero pensadlo bien, hijas mias, reflexionadlo con madurez. ¿Os hallais determinadas á dejar la fe de vuestros padres?

—La religion cristiana era la de nuestra madre, replicó Zaida; yo estoy pronta á abrazarla, y me parece que mis hermanas se hallan con las mismas intenciones.

—¡Alabado sea Dios! exclamó Kadiga. Sí, esa era la religion en que vuestra madre fue educada, y en sus últimos momentos se ar-

repintió sinceramente de haberla abandonado. Yo la prometí cuidar de vuestras almas, y me alegro sobremanera de veros en el camino de la verdad. También he nacido cristiana, y deseo volver á la fe de mis mayores. Hussein también lo es, y desea igualmente abjurar sus errores y reconciliarse con la iglesia. Los caballeros españoles se lo han prometido, y si queremos unirnos, nos establecerán de modo que pasemos nuestros días con sosiego.»

En una palabra, la mas diestra y prudente de las mugeres se habia concertado con

los caballeros para facilitar la fuga de las doncellas confiadas á su cuidado. La mayor consintió con gusto en seguir este plan, y su ejemplo, como de costumbre, fue seguido por sus otras dos hermanas. Verdad es que la mas pequeña titubeaba, y su alma dulce y tímida se arredraba delante del peligro, luchando en su corazon el amor con la piedad filial. Sin embargo cedió por fin, y con el pecho oprimido y los ojos llenos de lágrimas, se dispuso en silencio para huir con su amante.



La escarpada colina sobre que está situada la Alhambra se halla llena de pasadizos subterráneos que conducen desde la fortaleza á diversas partes de la ciudad, y algunas de ellas van á desembocar sobre las orillas del Genil.

Los reyes moros habian hecho construir estos subterráneos como medios útiles para poder huir en caso de una insurreccion repentina ó bien para salir ocultamente para

algunas secretas empresas. Muchas estan enteramente cegadas; empero algunas de ellas existen aun á pesar de los poderosos esfuerzos del tiempo. Por uno de estos pasadizos debia el renegado conducir á las princesas fuera de las murallas, á donde las esperaban los castellanos con caballos para ganar la frontera.

La noche señalada para la fuga llegó por fin. La torre estaba cerrada como de costum-

bre, y todo dormía en el Alhambra. A la media noche la discreta Kadiga aproximó el oído á una ventana que daba al jardín. Hussein estaba ya debajo, é hizo la señal convenida: entonces la dueña ató al balcon una escala de cuerda por la cual descendió: Zaida y Zoraida la siguieron; pero cuando llegó el turno de Zulima, esta principió á vacilar. Muchas veces puso el pie sobre la escala, y otras tantas le retiró: cuanto mas se detenía, tanto mas redoblaba su miedo, dirigia sus tristes miradas á la estancia donde habia vivido tantos años como una avecilla en su jaula, pero siempre en seguridad. ¡Cuán grandes peligros tenia que arrostrar si se lanzaba al inmenso océano del mundo: acordábase de su amado y valiente español, y casi se determinaba á bajar; pero volvía á pensar en su padre, y se detenía en el instante. Imposible es describir la multitud de pensamientos distintos que agitaban el seno de esta fiel niña, tan tímida y tan ignorante en las cosas de esta vida.

En vano sus hermanas la suplicaban, la llamaba la dueña y blasfemaba el renegado de su tardanza al pie del balcon: tentada por la dulzura del pecado se iba á arrojar; pero se detenía al momento aterrorizada por la idea del peligro.

Cada momento que se desperdiciaba acrecentaba lo precario de su situacion. Un ruido de caballos se oyó á lo lejos.

«Las patrullas hacen su ronda, gritó Hussein, y si nos detenemos un solo momento mas somos perdidos; bajad, pues, princesa, ú os abandonamos á vuestra suerte.»

Zulima estuvo un instante perpleja; pero tomando en fin una resolucion desesperada, desató la escala y la arrojó al jardín.

«Todo se ha concluido, exclamó; al presente la huída me es imposible. Alá os guie y os bendiga, amadas hermanas.»

Zaida y Zoraida tenian el corazon desgarrado; no podian resolverse á dejar á su hermana en aquella situacion; los caballos se aproximaban, y el renegado, ciego de cólera, las obligó á entrar en el pasadizo subterráneo. Atravesaron casi arrastrando un laberinto creado en el centro de la montaña, y

llegaron sin peligro á una puerta que daba fuera de los muros de la ciudad. Los caballeros españoles les esperaban disfrazados de soldados de la guardia, comandados por el renegado.

El amante de Zulima cayó en la mas horrible desesperacion cuando supo que aquella no habia querido salir de la torre; empero este no era tiempo á propósito para malgastarle en vanos lamentos, y habiendo colocado las princesas á la grupa de sus caballos y la discreta Kadiga en el del renegado, tomaron á galope tendido el camino de Córdoba.

No habian andado cien pasos, cuando oyeron las trompetas y añafles que sonaban en la Alambra.

«Ya han descubierto nuestra fuga, gritó Hussein.

—Mas tenemos buenos caballos, la noche es oscura, y podemos escapar á sus pesquisas,» replicaron los caballeros.

Metieron efectivamente las espuelas y atravesaron la vega con la rapidez del rayo, llegando asi al pie de la montaña de Elvira, que se eleva como un promontorio en el centro de la llanura. El renegado se detuvo un momento á escuchar.

«Nadie nos sigue, dijo, y podemos pasar sin obstáculo los puertos de la montaña; pero en tanto que hablaba, una amarillenta luz apareció en la torre de la Alambra que servia para las señales.

—Todo es perdido, continuó este: esta señal va á esparcir la alarma por todas partes, y el único recurso que nos queda es la ligereza de nuestros corceles; marchemos, pues, y no esperemos se nos persiga por todas partes.»

Lanzáronse al través de los desfiladeros, y el ruido de sus caballos era repetido de roca en roca por los ecos de la montaña de Elvira; veían aparecer luces sucesivamente en todas las atalayas, comunicando de este modo la señal de su fuga.

«Adelante, adelante, gritaba el renegado blasfemando: al puente, ganemos el puente antes que la señal llegue á él.»

Doblaron de este modo el promontorio, y llegaron por fin á la vista del famoso puente

de los Abetos, que atraviesa un torrente que muchas veces ha sido teñido con la sangre de moros y cristianos.

Con gran confusion encontraron la torre del puente cubierta de luces que reflejaban sobre los cascos de los guerreros que le custodiaban. El renegado se alzó sobre los estribos, miró al rededor, é hizo señal á los caballeros que le siguiesen; alejóse del camino real, y bordeando un poco el torrente se entró en él con aire determinado: los cas-

tellanos advirtieron á las princesas que se agarrasen fuertemente, é imitaron á Hussein. Fueron arrebatados algun tiempo por la fuerza de la corriente, y al fin pudieron llegar á la orilla opuesta: entonces, enredándose en sendas poco frecuentadas, tuvieron la felicidad de llegar sanos y salvos á la antigua ciudad de Córdoba. Celebróse su llegada por grandes funciones, puesto que pertenecian á las principales familias del pais. Las bellas princesas fueron bautizadas, y se casaron en



seguida, gozando de una felicidad inalterable.

Con la prisa que hemos tenido para contar el fin de su fuga, nos hemos olvidado de decir lo que sucedió á la discreta Kadi-

ga. Marchaba agarrada como un gato al cuerpo de Hussein y en las ancas de su caballo, mientras atravesaban la vega, gritando y gimiendo á cada paso con el temor de caerse. Pero cuando fueron á entrar en el

torrente, el terror de la dueña no conoció límites.

«No me apreteis tan fuertemente, la gritó Hussein: agarraos bien al cinturón, y nada temais.»

Agarróse efectivamente con las dos manos al cinturón que ceñía el macizo cuerpo del renegado; pero cuando este se detuvo en lo alto de la montaña para tomar aliento, hallaron todos que faltaba la dueña.

«¿Qué se ha hecho de Kadiga? preguntaron las princesas alarmadas.

—Dios lo sabe, contestó Hussein: desatóseme el cinturón cuando estábamos en medio del torrente, y como venía afianzada á él, la han arrastrado las aguas. Hágase la voluntad del Señor; pero siento haber perdido el cinturón, pues estaba todo bordado y era de gran valor.»

Habia poco tiempo que perder en vanas lágrimas; pero sin embargo las princesas lloraron amargamente la pérdida de su discreta consejera. Esta, á pesar de todo, no se ahogó como creyeron, puesto que un pescador cuyas redes estaban tendidas cerca de allí la sacó sana y salva maravillado de pes-

ca tan sorprendente. ¿Cuál fue la suerte de Kadiga? Nada dice la historia; pero sí se asegura que con su discrecion ordinaria evitó el caer en lo sucesivo bajo el poder de Mahomet el Izquierdo.

Nada se sabe apenas de lo que hizo este prudente monarca cuando supo la huida de sus hijas y la traicion de la mas fiel de las dueñas. Era la primera vez que se habia fiado de los consejos de otro, y jamás volvió á incurrir en semejante falta: sin embargo, guardó cuidadosamente á su hija mas pequeña á pesar de la poca disposicion que habia mostrado para escaparse. Créese generalmente que la pobre princesa se arrepintió muchas veces de su timidez. Veíase á menudo asomada á las almenas mirando tristemente el camino de Córdoba, y cantando al son de su laúd dulcísimos romances en que deploraba la pérdida de su amante y quejándose de su vida solitaria. Murió joven, y fue enterrada en un mausoleo bajo la misma torre, sirviendo su fin prematuro de fundamento á mas de una leyenda maravillosa.





CAPITULO XIX.

UNA VISITA A LA ALHAMBRA.

RES meses van trascurridos desde que fijé mi residencia en la Alhambra, y en todo este tiempo la marcha de las estaciones ha producido sus efectos acostumbrados. A mi llegada en el mes de mayo los árboles tenían las hojas de color verde claro y trasparente: el granado no ofrecia aun á la vista sus corolas brillantes; los jardines del Genil y del Darro estaban llenos de flores; las montañas, cubiertas de plantas silvestres y arbustos floridos, formaban una corona de rosas á Granada, sobre las cuales infinidad de ruiseñores hacian oír sus gritos, no solo por la noche, sino por el dia.

El estío ha marchitado las rosas y hecho enmudecer los ruiseñores; á lo lejos se ve la llanura abrasada por el sol, aun cuando la ciudad esté rodeada por una campiña de un eterno verdor.

La Alhambra tiene habitaciones para todas las estaciones. La mas notable es el cuarto casi subterráneo de los baños, que conserva aun su estilo oriental, aun cuando esté ya marcado con el sello melancólico y triste de la decadencia. Se entra en esta habitacion por un pequeño patio antiguamente lleno de flores, y se encuentra una sala mediana, pero de arquitectura ligera y graciosa. Una pequeña galería, sostenida por colum-

nas de marmol y arcos árabes, rodea la sala, en cuyo centro hay una fuente de alabastro con un surtidor. En los costados hay profundas alcobas con estrados, sobre los cuales los que se bañaban se recostaban muellemente en ricos almohadones, y así gozaban del sueño voluptuoso que producía el perfume de las flores y la dulce música que se ejecutaba sobre las galerías. De esta sala se pasa á las habitaciones interiores mas frescas y mas solitarias, y en donde la luz penetra con dificultad por las estrechas ventanas practicadas en el artesonado. Aquel es el *Sancta Sanctorum* donde las bellas del



harem gozaban las delicias del baño. Una luz misteriosa alumbraba aquellos sitios: los baños aun existen, pero algun tanto deteriorados, y todavía se ven algunos restos de su antigua elegancia. El silencio y la oscuridad de estos sitios han sido causa de que sean el retiro favorito de los murciélagos y buhos, que durante el dia se esconden en

los rincones mas oscuros: asi es que cuando los curiosos vienen á turbar su soledad, vuelan como sombras fantásticas al través de estas salas medio alumbradas, cuyo abandono y desolacion aumentan en un grado extraordinario con su presencia.

En este elegante gabinete, donde se goza frescura y tranquilidad como en una gruta, pasaba las horas de mas calor, y no salia hasta la tarde para ir á bañarme, ó mas bien nadar en el gran estanque del patio principal, asi como me libraba del enervamiento que produce este clima abrasador.

Mis sueños de soberanía absoluta se han desvanecido. Un dia ó la esplosion de varias armas de fuego, repetida por los ecos de la fortaleza. Parecia como que la asaltaban. Salí de mi cuarto, y encontré á un anciano caballero con un gran número de criados que se habian alojado en la Sala de Embajadores. Era un conde que habia venido de su palacio de Granada á pasar algunos dias en la Alhambra para respirar un aire mas puro. Como era ó habia sido un cazador determinado, procuraba hacer apetito tirando desde los balcones á las golondrinas, y esta diversion era bien inocente en el fondo, porque á pesar de la prontitud con que sus criados le cargaban las escopetas y le facilitaban los medios de sostener un fuego bien nutrido, no puedo acusarle de la muerte de ninguno de estos pájaros. Parecia que estos por el contrario se divertian con este juego, y se burlaban de su poca destreza, pasando por los balcones, y elevando sus gritos cuando pasaban por delante de él.

La llegada del conde cambió en algun modo la situacion, pero me ofreció nuevos motivos para agradables meditaciones. Dividimos tácitamente el imperio entre los dos, del mismo modo que los últimos reyes de Granada; pero nuestra alianza fue mas constante y amistosa. Reinaba despóticamente sobre el Patio de los Leones y sus habitaciones adyacentes, y yo me reservé la pacífica posesion de los baños y el pequeño jardín de Lindaraja. Juntos comiamos bajo los pórticos del patio, cuyas fuentes refrescan el aire, donde los arroyos en suave murmullo

corren por los canales practicados en los pavimentos de marmol.

Por la noche al rededor del caballero se formaba una tertulia compuesta de su familia. La condesa venia de la ciudad con una hija de diez y seis años, el gozo y el amor de sus padres. Algunos empleados suyos, su capellan, su procurador, su secretario, su administrador y varios dependientes de sus inmensas posesiones, todos le formaban una especie de corte doméstica, donde todos trataban de contribuir á su distraccion, pero sin sacrificar su propio placer y dignidad. Efectivamente, dígase lo que quiera del orgullo español, no se manifiesta en la vida social ó interior en ningun pueblo con las relaciones de parentesco mas tiernas, mas cordiales, y las del superior con su dependiente mas francas, mas honrosas. Bajo este punto de vista se encuentra aun en España, sobre todo en las provincias, mucha parte de la sencillez, tan apreciada de los tiempos antiguos.

El personaje mas interesante de este círculo de familia era la hija del conde, la hermosa Carmencita. Apenas salida de la infancia, su talle no se habia desarrollado; pero ya manifestaba la finura de su contorno, la muelle gracia particular á las mugeres de aquel reino. Sus ojos azules, su tez blanca y sonrosada, sus cabellos rubios como el oro, atractivos poco comunes en Andalucía, daban á su fisonomía una dulzura que contrastaba con la vivacidad brillante de la belleza española, pero que se aunaba perfectamente con el candor y la inocencia de aquella amable niña. No obstante poseia el talento espejado, la imaginacion veloz de sus hechiceras compatriotas; cantaba, bailaba, tocaba la guitarra y otros varios instrumentos con una gracia encantadora.

A los pocos dias de su instalacion en la Alhambra, el conde celebró su cumpleaños. En esta ocasion se reunieron todos los miembros de su familia y de su casa, juntamente con los empleados y algunos criados antiguos que habian venido de sus lejanas posesiones para ofrecerle sus votos y participar de la comida que daba con este motivo.

Las costumbres patriarcales que caracterizaban á los nobles españoles en tiempo de su opulencia; han decaído con esta, pero los grandes, y uno de ellos el conde, habiendo conservado sus antiguas posesiones hereditarias, conservan tambien una parte de los usos antiguos: así es que sus tierras estan casi todas arruinadas por generaciones de servidores inútiles. Con este sistema de antigua magnificencia española, en el cual el orgullo y la bondad tenían partes iguales, un criado viejo no era despedido nunca; pero se convertía en una carga de la posesion por el resto de sus dias; y no solamente él, pero sus hijos y nietos, y muchas veces los parientes de ambos lados, se ingertaban gradualmente en la familia. A esta costumbre se debe los grandes palacios de la nobleza española, que tienen una apariencia singular de vana ostentacion cuando se les compara á la miseria de su mueblaje. En los dias felices

de la España eran absolutamente necesarios para contener á todos aquellos que la hospitalidad y las costumbres patriarcales de sus poseedores reunía en torno suyo. El digno y apreciable conde, que tiene posesiones en casi todas las provincias del reino, me declaró en diferentes ocasiones á este intento que algunas de ellas con mucha dificultad bastaban para sostener las hordas de dependientes que sobre ellas gravitaban, y creían tener derecho á ser mantenidos gratuitamente porque sus abuelos lo habían sido de padres á hijos.

La fiesta doméstica del conde interrumpió la uniformidad habitual de la vida de la Alhambra. La alegría reinaba en aquellas salas donde pocos dias antes se sentía un silencio sepulcral, que en aquel momento habia desaparecido á los acentos melodiosos de la música. Todos se entregaban á cuantas diversiones podían crearse en las galerías y jardi-



nes. Los criados iban y venían, trayendo de la ciudad manjares y provisiones á la antigua cocina, en cuyo hogar ardía un fuego soberbio como en los dias de su antigua gloria, y que estaba lleno de cocineros y marmitones.

El festin, porque una comida española es literalmente un festin, fue servido en la hermosa sala llamada la *Sala de las dos Hermanas*. La mesa se cubrió de manjares, y la mas franca alegría reinó entre los convidados; porque aun cuando el español sea ordi-

nariamente sóbrio, hace con todo honor á un banquete. Por lo que toca á mí, encontré un no sé qué de maravilloso en sentarme á la mesa en una de las salas reales de la Alhambra en un convite dado por el representante de uno de sus mas célebres conquistadores, porque el venerable conde, aunque poco guerrero por carácter, descende en línea recta del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y conserva preciosamente la espada de este ilustre guerrero en los archivos de su palacio en Granada.

Terminado el banquete, la compañía pasó á la Sala de Embajadores. Allí cada uno contribuyó segun sus medios á la diversion general: se cantó, se improvisó, se contaron cuentos, y se bailó al son de la guitarra, talisman irresistible para provocar la alegría española.

Pero la vida, el alma de esta reunion fue la hermosa y graciosa Carmen; representó varias escenas de comedias españolas con un talento dramático admirable, imitó á los cantantes italianos mas en moda del modo mas original y mas cómico, y con una voz escelente, remedió el lenguaje, las danzas y las baladas de los gitanos y aldeanos de las cercanías, y todo con una verdad y al mismo tiempo una gracia que encantaban. Pero el mejor atractivo de estas escenas es que se ejecutaban sin pretensiones, sin deseo de

brillar. Esta niña parecia que ignoraba sus talentos, y no los manifestaba sino cuando la ocasion se presentaba, como un niño que quiere divertir á sus padres. Sin embargo, debe tener un espíritu de observacion muy fino y justo, pues que educada en el seno de su familia, no ha tenido muchas ocasiones de estudiar los diversos rasgos de los caracteres que copiaba con tanta perfeccion y sin estar preparada para ello, pues solo la alegría del momento la inspiraba. Es digno de notar con qué ternura y admiracion la miraban todas las personas de su casa. Los mismos criados no la llaman mas que la *niña*, nombre distintivo que tiene algo de singularmente tierno en el idioma español, sobre todo aplicado de este modo y en circunstancias análogas.

Nunca me acordaré de mi permanencia en la Alhambra sin pensar en la hermosa Carmencita jugando con la alegría inocente de su edad, en medio de aquellos pórticos, ó bien bailando al son de las morunas castañuelas, y mezclando los acentos argentinos de su voz con la música de las fuentes.

Con motivo de la fiesta del conde, se refirieron varios cuentos y leyendas divertidas y curiosas: la mayor parte se me han olvidado; pero entre las que me agradaron mas procuraré escoger algunas, cuya relacion podrá divertir al lector.





CAPITULO XX.

HISTORIA DEL PRINCIPE AHMED AL KAMED.

HABIA antiguamente un rey de Granada que tenia un hijo único, nombrado Ahmed, á quien sus cortesanos dieron el sobrenombre de Al Kamed, es decir, *el Perfecto*, á causa de las señales indudables de superioridad que se percibieron en él desde su niñez. Las predicciones de los astrólogos estaban acordes en algun modo con sus opiniones lisonjeras, porque habian leído en los astros que el príncipe seria el más feliz de los soberanos. Solo una nubecilla amenazaba su destino, y todavía era de color de rosa. La naturaleza le habia dotado de una inclinacion irresistible al amor, y esta pasion debia esponerle á grandes peligros. Con todo, si podia librarse de sus ataques hasta la edad de la madurez, estos peligros se desvanecerian, y su vida solo ofreceria una prosperidad no interrumpida.

Lleno de confianza con los consejos de los astrólogos, el rey tomó la prudente resolución de educar al príncipe en un retiro absoluto, donde no podia ver un solo rostro femenino, donde la misma palabra *amor* no resonaria en sus oidos. En vista de esto, mandó construir sobre la colina que domina la Alhambra un palacio en medio de deliciosos jardines cercado de altas murallas.

Este mismo palacio es el que en el día se conoce con el nombre de Generalife. El joven Ahmed Al Kamed fue encerrado en aquel retiro bajo la tutela de Eben Bonabben, filósofo árabe, sabio profundo, pero feo y severo, que habia pasado la mayor parte de su vida en Egipto ocupado en el estudio de los geroglíficos y en pesquisas en los sepulcros de las pirámides. A los ojos de este sabio, tenia mas mérito una momia egipcia que la mas encantadora beldad viva. Se encargó á este digno ayo instruyese al príncipe en todas las ciencias, debiendo ignorar absolutamente lo que era amor.

«Emplead, le dijo el rey, quantas precauciones juzgueis necesarias para lograrlo. Pero tened presente, Eben Bonabben, que si sabe la menor cosa sobre este objeto prohibido, pagareis con vuestra cabeza el olvido de mis órdenes.»

Una sonrisa forzada contrajo el rostro enjuto del sabio Bonabben á esta amenaza.

«V. M. puede estar tan tranquilo sobre su hijo, como yo lo estoy sobre mi cabeza: ¿creeis que un hombre como yo iria á dar lecciones de amor al príncipe?»

Bajo la custodia vigilante del filósofo, el príncipe creció, encerrado en aquellos jar-

dines y palacio. Su servidumbre se componía de esclavos negros y mudos de espantosas figuras, que no tenían ideas del amor, ó carecían de palabra para comunicarlas. Eben Bonabben se ocupaba sin cesar en formar el talento de su discípulo, en adornarlo con toda clase de conocimientos, sobre todo en las ciencias abstractas de los egipcios; pero el príncipe hacia pocos progresos en estas últimas, y su mentor se convenció pronto que no tenía afición á la metafísica.

Sin embargo, su docilidad era estraña para un príncipe; siempre estaba pronto á seguir los consejos de los otros, y se dejaba guiar por el último que le aconsejaba. Ocultaba sus bostezos, y escuchaba con paciencia ejemplar las largas y sabias lecciones de Bonabben, que dejaban en su espíritu un conocimiento superficial de casi todas las ciencias. Ahmed llegó así felizmente á sus veinte años, y podia pasar por un prodigio de ciencia; pero ignoraba totalmente el amor.

Por aquel tiempo hubo un cambio en las costumbres del príncipe. Abandonó completamente sus estudios, y pasaba los dias en los jardines cavilando cerca de las fuentes. Había aprendido un poco de música, y pa-



saba una parte del dia cultivando este arte; además manifestaba inclinacion á la poesía. El sabio Eben Bonabben se alarmó de estos caprichos, y procuró distraerlo con un curso de álgebra; pero el príncipe se horroriza- ba al oír hablar de cálculos.

«No me gusta el álgebra, decia, necesito otra cosa que hable á mi corazón.»

«Bien estamos, se dijo á sí mismo el filósofo meneando su cabeza calva; adios filosofía, el príncipe ha conocido que tiene un corazón.» Desde entonces redobló su vigilancia para con su alumno, y se apercibió pronto que su inclinacion natural á la ternura estaba pronta, y no esperaba mas que un objeto para manifestarse. Paseábase por el jardín sumido en un estupor cuya causa ignoraba. Otras veces parecia acometido de un sueño delicioso, ó bien tomando el laud, tocaba melancólicas sonatas, á poco tiempo lo arrojaba lejos de sí, y prorumpia en exclamaciones amorosas.

Esta disposicion á amar se fijó aun sobre los seres inanimados; tenía flores favoritas, á las cuales prodigaba sus mas tiernos cuidados: apasionóse de los árboles; uno sobre todos le inspiró el mas tierno afecto por sus formas graciosas, un follaje delicado y suavemente inclinado hácia tierra. Grababa su nombre en la corteza, suspendia en sus ramas guirnaldas, y cantaba canciones en loor suyo acompañándose con su laud.

El sabio Eben Bonabben concibió graves inquietudes al observar estos síntomas de excitacion en su discípulo. Le veia en el umbral de la ciencia prohibida; el indicio mas ligero podia descubrir el fatal secreto. Temblando por la seguridad del príncipe y por su propia cabeza, se apresuró á alejarle de las seducciones del jardín, y le confinó en la torre mas alta del Generalife. Contenia soberbias habitaciones, de donde se descubria la vista mas magnífica; pero su elevacion le separaba de aquella atmósfera perfumada, de aquellos bosques encantadores tan peligrosos para el demasiado susceptible Ahmed.

Sin embargo era preciso desterrarle esta melancolía, y ofrecerle alguna distraccion para alegrar su soledad. Ya estaban agotadas todas las ciencias bellas, y no queria oír hablar de la álgebra, ni nada por este género. Felizmente Eben Bonabben se acordó que habia antiguamente aprendido en Egipto el idioma de los pájaros. Un rabino judío se lo habia enseñado, y este lo habia heredado

en línea recta del mismo Salomon, que lo había aprendido de la reina Saba. Al solo nombre de esta ciencia, los ojos del príncipe brillaron de gozo, y se aplicó con tanto esmero, que en poco tiempo estuvo tan instruido como su maestro.

La torre del Generalife dejó desde entonces de ser una soledad para Ahmed; á todas horas tenia con quien hablar. Su primer conocimiento de vecindad fue un halcon que anidaba en el hueco de una almena, y desde aquella altura se arrojaba sobre la presa que descubria á lo lejos. El príncipe encontró sin embargo poco placer en la sociedad de aquel pájaro, verdadero pirata del aire; su conversacion no se componia mas que de fanfarronadas sobre sus rapiñas, su valor y sus hazañas.

Ahmed trabó en seguida amistad con un buho grave y capaz, de cabeza voluminosa y ojos redondos y brillantes. Este pasaba todo el dia durmitando ó cavilando en un hueco de la muralla, y no salia mas que por la noche; tenia grandes pretensiones de sabio, soltaba de cuando en cuando palabras sobre la astrología, sobre la luna, y daba á entender que no ignoraba las ciencias ocultas; pero estaba entregado deplorablemente á la metafísica, y sus disertaciones eran mas fastidiosas y pesadas que las del sabio Eben Bonabben.

El príncipe hablaba tambien alguna vez con un murciélago que estaba todo el dia escondido en un oscuro agujero del techo, y solo salia al anochecer para dar algunas vueltas en chinelas y gorro de dormir, por decirlo asi. No tenia mas que conocimientos superficiales de todo; se burlaba de lo que ignoraba, ó de lo que sabia imperfectamente, y con nada se divertia.

Una golondrina completaba esta sociedad, y el príncipe desde luego se habia prendado de ella. Hablaba muy bien; pero chismosa y fatua, no estaba mucho tiempo en un mismo sitio, lo que imposibilitaba tener una conversacion seguida con ella.

Estos eran los únicos compañeros con los cuales el príncipe pudo practicar la ciencia que habia nuevamente aprendido. La torre

era demasiado elevada para que pudiesen frecuentarla otros pájaros: pronto se cansó de sus nuevos amigos, cuya conversacion, poco interesante para su talento, no decia nada á su corazon, y volvió á caer en su melancolía. De este modo se pasó el invierno: la primavera volvió con su corte de flores, con su céfiro embalsamado; feliz época en que vuelan los pájaros en parejas, y entre el follaje construyen sus nidos. De pronto, como si se hubiese dado la seña, se oyó en los jardines del Generalife un concierto de dulce melodía, que vino á resonar en los oidos del príncipe en la soledad de su torre. Todas las voces cantaban sobre el mismo tema: *Amor, amor, amor*. Esto es lo que oía proferir sobre todos los tonos. Escuchaba en silencio lleno de turbacion y perplejidad. «¿Qué cosa será amor, se decia, que parece ocupa á todo el mundo, y que me es enteramente desconocido?» Quiso sacar algunas luces de su amigo el halcon; pero el pájaro le contestó con aire burlesco:

«Dirigíos á los vulgares y pacíficos pájaros de la tierra, que estan destinados á servir de pasto para nosotros, príncipes de los aires; ellos podrán responder á vuestras preguntas. Por lo que toca á mí, la guerra es mi oficio; los combates mis solas delicias; en una palabra, soy un guerrero totalmente indiferente á lo que se llama amor.»

El príncipe se separó de él con disgusto, y fue á buscar al buho en su escondite. «Este pájaro, se decia á sí mismo, es juicioso, reflexivo, y sin duda podrá darme las noticias que deseo.» Suplicó, pues, al buho le explicase qué cosa era *amor*, que cantaban en en aquel momento todos los pájaros de los jardines.

A esta pregunta el buho se sorprendió, y se resintió. «Mis noches, contestó con un aire de dignidad ofendida, mis noches estan consagradas á descubrimientos científicos, y mis dias á repasar en mi celda todo lo que he aprendido en mis escursiones. Por lo que hace á los pájaros que cantan, y de los que me hablais, nunca me he parado á escucharles; los desprecio á ellos y á sus canciones. Yo nunca canto, loado sea Alá; soy

un filósofo totalmente extraño á lo que se llama amor.»

El príncipe se marchó á ver á su amigo el murciélago, que estaba colgado de las patas: le despertó, y le dirigió la misma pregunta. El murciélago, frunciendo las narices, tomó un aspecto serio y le contestó de mal humor:

«¿Por qué venís tan temprano á despertarme por una pregunta ociosa? Yo no salgo hasta el oscurecer, cuando estan durmiendo los otros pájaros, y nunca me meto en sus negocios. Gracias á Alá, ni me cuento entre las aves ni entre los cuadrúpedos; he descubierto los vicios de unos y otros, los aborrezco igualmente. En una palabra, soy misántropo, y enteramente ageno á lo que ellos llaman amor.»

Por último recurso el príncipe acudió á la golondrina, y la detuvo en el momento en que trazaba uno de sus círculos en la cima de la torre.

La golondrina, segun su costumbre, estaba muy ocupada, y apenas se tomó el trabajo de contestar.

«Os puedo asegurar que tengo tantas cosas á mi cargo de interés general, que nunca he empleado mucho tiempo en el asunto de que me hablais. Todos los dias tengo que hacer cien visitas, y otros tantos negocios importantes que examinar, que no me permiten ocuparme de esas frívolas canciones en torno de los nidos. Por último, soy cosmopolita, y desconozco el amor.»

El príncipe se quedó con sus dudas; pero escitó su curiosidad la dificultad que encontraba en satisfacerlas. Mientras que meditaba en este objeto misterioso, entró en la torre su anciano ayo; el príncipe se apresuró á salirle al encuentro, y le dijo:

«¡Oh sabio Eben Bonabben! tú me has revelado una gran parte de la sabiduría de la tierra; pero hay una cosa que ignoro completamente, y sobre la cual deseo vivamente instruirme.

—Que mi príncipe pregunte todo lo que guste; todos los conocimientos que posee la inteligencia de un servidor estan á su disposición.

—Dime, pues, ¡oh tú, el mas profundo

de los filósofos! ¿cuál es la naturaleza de esa cosa que se llama amor?»

El sabio Eben Bonabben quedó como herido de un rayo; tembló, palideció, y sintió que se le iba la cabeza de los hombros.

«¿Quién ha podido sugerir á mi príncipe tal pregunta? ¿dónde ha podido aprender esa vana palabra?»

El príncipe llevó á su ayo á una ventana y le dijo:

«Escucha, Eben Bonabben.»

El sabio escuchó: un ruiseñor escondido en un árbol cercano á la torre cantaba dirigiéndose á la rosa su adorada. De todos los arbustos, de todas las ramas floridas salian acentos melodiosos, y todos esplicaban el mismo pensamiento: *Amor, amor, amor* era el tema de todos los cantares.

«¡Alá Akbar! ¡Dios es grande! exclamó el sabio Bonabben. ¿Quién se atreveria á pretender ocultar este al hombre cuando los mismos pájaros conspiran para revelarlo?»

Entonces, volviéndose á Ahmed:

«¡Oh príncipe! le dijo juntando las manos: cerrad los oidos á esos cánticos peligrosos; desechad con horror ese funesto conocimiento. Sabed que ese amor es la causa de la mitad de los males que afligen á la humanidad. Él es el que fomenta la discordia y el odio entre sus hermanos y amigos, enciende la guerra, escita la traicion. Disgustos, tristeza, dias inquietos, noches sin sueño, hé ahí sus efectos. Marchita la flor, destruye el gozo de la juventud y trae consigo los males y pesares de una vejez prematura. Alá te conserve ¡oh príncipe! en la total y feliz ignorancia de eso que se llama amor.»

El sabio Eben Bonabben se dió prisa á salir, dejando al príncipe sumido en una perplejidad mas profunda que en la que estaba antes de su llegada. En vano trataba de desechear esta idea: le ocupaba á pesar suyo, y su imaginacion se fatigaba, se agotaba en vanas conjeturas. «Seguramente, decia, escuchando los dulces cantos de los pájaros: estos acentos nada tienen de triste, y solo parecen esplicar la ternura y el gozo. Si el amor causa tantas desgracias, tantos disgustos, ¿por qué estos pájaros no estan gi-

miendo en su soledad, ó bien destrozándose unos á otros en lugar de revolotear alegremente en los jardines ó de jugar juntos entre las flores?»

Una mañana soñaba, muellemente recostado en su cama, en este misterio inesplicable. Las ventanas estaban abiertas para poder respirar el aire embalsamado con el perfume de los naranjos del valle del Darro: el ruiseñor hacia oír á lo lejos su tema acostumbrado; mientras que el príncipe le escuchaba suspirando, oyó cerca de él el ruido de las alas de un pájaro. Un hermoso pichon perseguido por un alcon entró en su cuarto y cayó palpitante en el pavimento; el alcon, privado de su presa, voló á las montañas.

El príncipe cogió al pobre pájaro medio muerto; le besó y le abrigó en su seno. Cuando le hubo tranquilizado con sus caricias, le puso en una jaula de oro y le ofreció con sus manos las semillas mas puras y el agua mas cristalina. Sin embargo, el pichon se negaba á tomar alimento y estaba con la cabeza inclinada haciendo oír las quejas mas tristes.

«¿De qué te afliges, le decia Ahmed, no tienes todo lo que tu corazon puede desear?»

—¡Ay! no, contestó el pichon: ¿no estoy separado de mi querida compañera, y justamente en la época feliz de la primavera, la estacion del amor?»

—¡Del amor! contestó Ahmed: te suplico, mi hermoso pájaro, que me expliques lo que es el amor. ¿Podrás hacerlo?»

—Yo lo creo, príncipe: el amor hace el tormento de uno solo, la felicidad de dos y la enemistad de tres. Es un hechizo tan poderoso, que atrae dos seres uno hácia otro y los une con la mas dulce simpatía; los hace felices juntos, pero muy miserables cuando estan separados. ¿No existe ningun ser con el cual estais ligado por un tierno afecto?»

—Amo á mi viejo ayo Eben Bonabben mas que á ningun ser de los que conozco; pero á veces me parece fastidioso, y otras soy mas feliz ausente de él que presente.

—No hablo yo de esa especie de afecto,

hablo del amor, el gran principio y el misterio de la vida, la felicidad encantadora de la juventud, las delicias tranquilas de la edad madura. Mira en torno tuyo, príncipe, y verás como todo está lleno de amor en esta hermosa estacion; todos los seres tienen cada uno su compañera; el mas pequeño pájaro canta para agradar á la que ama; la cucaracha, que apenas se distingue en la yerba, busca en ella á su amada, y esas mariposas que vuelan al rededor de la torre, y parecen jugar juntas, son felices por su mutua ternura. ¡Ay, príncipe! ¿será posible que hayas perdido los dias preciosos de tu juventud sin conocer el amor? ¿Ningun ser de sexo diferente al tuyo, ninguna bella princesa, ninguna hermosa dama en fin, ha cautivado tu corazon, hecho sentir en tu seno una dulce palpitacion, una mezcla de penas y tiernos deseos?»

—Empiezo á comprender, dijo el príncipe suspirando, he sentido mas de una vez una turbacion semejante sin conocer la causa; ¿pero dónde encontrar un objeto tal como lo describes en esta espantosa soledad?»

La conversacion continuó por algun tiempo sobre el mismo asunto, y se completó la primera leccion de amor del príncipe.

«¡Ay de mí! dijo: si el amor es una felicidad tan grande, y la ausencia de lo que se ama una pena tan cruel, Alá me libre de turbar la alegría de dos amantes.»

Abrió la jaula, sacó el pichon, le acarició, le besó, le sacó á la ventana, y le dijo:

«Vete, feliz pájaro, goza con la amiga de tu corazon de los hermosos dias de tu juventud y de la dulce estacion de la primavera. ¿Qué derecho tengo á detenerte en esta triste cárcel, á donde nunca penetrará el amor?»

El pájaro batió sus alas para manifestar su alegría, formó un círculo en el aire, en seguida voló con direccion á los floridos bosquecillos del Darro, entre cuya espesura le perdió de vista el príncipe.

Ahmed se entregó despues de este acontecimiento á la mas amarga tristeza. El canto de los pájaros, que antes le hechizaba, ahora le disgustaba. ¡Amor! ¡amor! ¡Ay infeliz jóven, comprendia entonces el signi-

ficado de aquel tema tantas veces repetido!

Lanzó miradas llenas de resentimiento al sabio Bonabben cuando le volvió á ver.

«¿Por qué me has dejado en esta abyección ignorancia? le dijo encolerizado. ¿Por qué no me has hecho conocer el gran misterio, el principio de la vida, que el mas vil insecto conoce? Toda la naturaleza se entrega en este momento á los mas dulces placeres. Todos los seres tienen su compañera. Ese amor era precisamente el que yo queria conocer. ¿Por qué soy el único que hay privado de estos dulces goces? ¿Por qué he pasado una gran parte de mi juventud en la ignorancia de la felicidad que puede dar?»

El sabio Bonabben conoció que toda reserva seria inútil, puesto que el príncipe habia ya adquirido la ciencia prohibida; le reveló, pues, las predicciones de los astrólogos, y las precauciones que se habian tomado para evitar las desgracias de que estaba amenazado.

«Ahora, príncipe, continuó, mi vida está en vuestras manos. Si el rey vuestro padre llega á saber que bajo mi custodia habeis sabido lo que es amor, soy perdido, porque he respondido con mi cabeza de vuestra ignorancia en este asunto.»

El príncipe era hombre de razon, y escuchó las advertencias de su ayo con tanta mas deferencia, cuanto que nada las combatia. Por otra parte, Ahmed tenia un verdadero afecto al sabio Bonabben, y como no conocia el amor mas que por teoría, consintió fácilmente en guardar en su seno todo lo que sabia antes que poner en peligro la cabeza del filósofo.

Sin embargo, su discrecion fue puesta pronto á una prueba mas fuerte. Pocos dias despues estaba cavilando tristemente recostado en las almenas, cuando el pichon que habia libertado apareció en el aire, y bajó á posarse familiarmente en su hombro.

El príncipe le estrechó contra su corazon.

«Dichoso pájaro, le dijo, que puedes volar asi de un extremo del mundo al otro: ¿qué paises has visitado desde que nos hemos separado?»

—Vengo de un pais muy distante, prínci-

pe; pero os traigo buenas noticias en recompensa de la hospitalidad que me habeis dado. Mi elevado vuelo me permite ver una gran estension, y un dia descubrí debajo de mí un jardin delicioso lleno de flores y frutas. Un arroyo cristalino serpenteaba en medio de sus bosquecillos. En el centro del jardin habia un palacio. Bajé á uno de sus árboles para descansar un poco, y ví cerca del arroyo que bañaba el pie del árbol una princesa en todo el brillo de la primera juventud, ro-



deada de criadas de su misma edad que la estaban adornando con flores tan frescas como ella, pero no tan hermosas. Sin embargo, una hermosura florece en aquella soledad oculta á todas las miradas, porque altas paredes rodean el jardin, y ningun mortal podria penetrar en su recinto. A la vista de aquella hermosa jóven tan sencilla y tan bella, que su ausencia del mundo ha dejado en toda su inocencia, he creido que era la destinada á inspirar el amor á mi querido Ahmed.»

Esta descripcion se grabó con caracteres de fuego en el corazon del sensible Ahmed. La vaga ternura que encerraba en su pecho hacia largo tiempo habia por fin encontrado un objeto, y la pasion que concibió por la princesa fue desde el primer instante muy violenta. Escribió una carta en la que explicaba en términos muy tiernos su ardiente amor, su sincero afecto por la bella desconocida, y deploraba su cautividad, que le impedia ir á arrojarle á sus pies. Acompañó esta carta apasionada con unas estancias, en las que la ver-

dad de los sentimientos igualaba la delicadeza de los conceptos ; porque ademas de haber nacido poeta, el amor le inspiraba en aquel momento. El sobre de esta carta decia: «A la bella desconocida del príncipe cautivo Ahmed.» Y despues de haberla perfumado con ambar y esencia de rosa, se la entregó al pichon.

«Vuela, le dijo, fiel mensajero. Atraviesa los montes y los valles ; no te detengas en ninguna parte hasta dar esta carta á la señora de mi corazon.»

El pichon se elevó á una altura prodigiosa y partió como una flecha. Ahmed contó los dias que pasaron : cada mañana lo esperaba, pero en vano ; ya le acusaba de ingrato, cuando una tarde vió venir á su fiel mensajero, que entró en su cuarto y cayó muerto á sus pies. La flecha de algun arquero cruel habia atravesado su pecho, y habia empleado el resto de fuerza y vida para cumplir su comision.

El príncipe se inclinaba llorando sobre el cuerpo de aquel mártir de la lealtad, cuando vió en su cuello un collar de perlas, del que pendia un retrato escondido bajo una ala. Esta miniatura esmaltada representaba una hermosa princesa en la flor de su edad. Sin duda era la belleza del jardin. ¿Pero quién era? ¿Dónde estaba? ¿Habria recibido su carta? ¿Le enviaria en cambio aquel retrato como aprobando su pasion?

La muerte del pichon desgraciadamente dejaba estas cosas en duda y oscuridad.

El príncipe miraba aquella miniatura y lloraba : la apretaba contra su corazon, la besaba, pasaba horas enteras contemplándola con melancólica ternura.

El príncipe tomó por fin una decisiva resolucion. «Huyamos de este palacio, que no es mas que una odiosa cárcel, y Peregrino de amor, vamos á buscar por el mundo á la princesa desconocida que reina en mi corazon.» De dia era inútil querer escaparse por estar muy vigilado ; pero de noche la disciplina aflojaba, y era mas fácil. Con todo, no sabia cómo gobernarse, y se acordó del buho, que debia saber todos los caminos : con este motivo fue á buscarle á su escendrijo para

consultarle. El buho, tomando un aire de proteccion, contestó al príncipe :

«Debeis saber que nosotros los buhos pertenecemos á una antigua y numerosa familia, todavía poderosa aunque abatida. Poseemos castillos y palacios en toda España ; á cualquier sitio que vaya estoy seguro de encontrar un pariente, y como he viajado visitándolos, conozeo el terreno á palmos.»

El príncipe se alegró de esta noticia y le confió su amor y su proyecto de fuga rogándole le sirviese de guia.

«¡Cómo! contestó el buho picado : ¿sirvo yo para intrigas amorosas? ¡Yo, cuyo tiempo está enteramente consagrado á la meditacion?

—No os enfadeis, augusto buho, dignaos dejar por un rato vuestras meditaciones para ayudarme á huir, y obtendreis lo que me pedís.

—Poseo todo lo que deseo : un filósofo necesita poco.

—Reflexionad con todo que mientras esteis aqui encerrado, el mundo ignora vuestro talento. Un dia vendrá en que seré soberano, y podré darte algun destino honroso, alguna dignidad en la que lucirás tu sobresaliente mérito.»

La filosofía del buho le hacia superior á las pequeñeces de la vida ; pero le libraba de la ambicion. Las ofertas del príncipe le halagaron sobremanera, y desde luego consintió en ser su mentor y su guia en su peregrinacion.

Los proyectos de un amante, cuya pasion raya en delirio, no encuentran obstáculo de ninguna especie para llevar á efecto los planes que pueden conducirle al logro de sus deseos, y se ejecutan con la velocidad del rayo. El príncipe reunió sus diamantes, sus joyas, y las escondió entre sus vestidos para gastos del viaje. La noche siguiente por medio de una escala de cuerdas el príncipe se encontró libre en medio del campo.

Entonces consultó á su mentor sobre el camino que seguirian.

«Me parece, dijo el buho, que deberiamos ir á Sevilla. Cuando pasé por ella una noche ví una luz en una torre abandonada ; mé

acercué, y ví un magico árabe que estaba



—Hablando claro, respondió el cuervo con una mirada significativa, lo que quieres es que te diga la buena ventura. Enséñame tus manos y te descifraré las líneas misteriosas de tu destino.

—Permíteme, no vengo aquí á saber los decretos del destino que Alá ha querido ocultar á los ojos de los mortales; soy un Peregrino de amor: solo pido un hilo para dirigirme por el laberinto del mundo hácia el objeto de mi peregrinacion.

—¿Y pueden faltarte objetos de esa especie en la amorosa Andalucía, sobre todo en la voluptuosa Sevilla?

—No es mi objeto tan frívolo, tan innoble como le supones. Las bellezas de esta tierra no son nada para mí: busco una bella desconocida, pero inocente y pura, el original de este retrato, y te ruego me ayudes con tu ciencia para ver si le encuentro.»

La gravedad del príncipe disgustó al cuervo, y le contestó:

«Todo lo que pertenece á la juventud, á la belleza, es extraño para mí. La vejez, la decrepitud, ese es mi elemento. Soy el heraldo del destino. Buscad otro que os dé noticias de la bella desconocida.»

—¿Dónde buscarlas sino entre los hijos de la sabiduría? He nacido para reinar; los astros que han presidido en mi nacimiento me obligan á emprender una aventura misteriosa, de la cual tal vez dependen los destinos de varios imperios.»

Cuando el cuervo oyó hablar de imperios, de destinos presididos por astros, mudó de tono y escuchó con mas atencion la historia del príncipe: cuando hubo concluido le dijo:

«Yo no puedo daros ninguna noticia, porque frecuento poco los jardines y gabinetes de las damas; pero id á Córdoba y buscad la palmera del gran Abderramen que está en el patio principal de la mezquita. Al pie de aquel árbol vereis un viajero que ha visitado todos los paises, todas las cortes, y las reinas y princesas le han colmado de favores. Sin duda alguna os dará noticias de lo que buscais.

—Mil gracias por tu consejo; á Dios, venerable brujo.

en un laboratorio trabajando á la luz de la lámpara, y posado en su hombro un cuervo que habia traído de Egipto. Tengo gran intimidad con ese cuervo, y aun le debo el conocimiento de muchas cosas. El mágico ya ha muerto; pero él aun habita la torre, porque esos pájaros viven mucho. Os aconsejo trateis de verle; es adivino, brujo y entiende algo de magia negra, por cuya ciencia son famosos los de Egipto.»

El príncipe aprobó el consejo y se dirigieron á Sevilla. Para la comodidad de su compañero viajaban de noche, y el dia lo pasaban en cualquier gruta.

Por fin, un dia al amanecer llegaron á Sevilla, y el buho, que no gustaba de ruidos, se detuvo fuera de puertas y se quedó en el hueco de un árbol.

El príncipe entró en la ciudad, y pronto encontró la torre mágica; es la misma que hoy dia se conoce por la giralda de Sevilla. Subió hasta el último piso, y allí encontró al cuervo cabalístico descansando en un pie, con la cabeza inclinada, examinando con el único ojo que tenia un diagrama trazado en el suelo.

Alimed se le acercó con respeto, y le dijo:

«Perdóname, anciano y sabio cuervo, si por un instante te interrumpo tus estudios; pero deseo con ardor que me indiques los medios para obtener el objeto de mi amor, y á eso he venido.

—A Dios, Peregrino de amor,» contestó el cuervo con tono seco, y se puso á calcular en su diagrama.

El príncipe salió de Sevilla, fue á buscar á su compañero el buho, que aun dormitaba en su árbol, y juntos se encaminaron á Córdoba. Llegados á sus puertas, el buho voló á una hendedura de la muralla, y el príncipe se dirigió á buscar la palmera de Abderamen plantada por él mismo. Sobrepujaba en altura á todos los árboles del patio.

Al pie del árbol habia un numeroso auditorio escuchando á uno que hablaba con mucha volubilidad.

«Ese debe ser, dijo Ahmed, el viajero que me dijo el cuervo.»

Mezclóse con los curiosos, y se sorprendió mucho viendo que el orador era un papagayo.

«¿Cómo es posible, dijo el príncipe á uno de los que estaban á su lado, que tantas personas juiciosas se diviertan con el charlatanismo de un pájaro semejante?

—No sabéis de quién habláis, le contestó: este papagayo descende del famoso papagayo de Persia tan célebre por sus talentos en el arte de adivinar. Por donde ha viajado ha sido admirado como un prodigio de erudición.

—Muy bien, dijo Ahmed, veo que habia juzgado mal: desearia hablar con él á solas.»

Solicitó una entrevista secreta, y ya empezaba á esponer el objeto de su peregrinacion, cuando el papagayo se echó á reir.

«Perdonad mi loca alegría, le dijo; pero la sola palabra *amor* me hace morir de risa.»

El príncipe, mortificado de aquella alegría, le dijo gravemente:

«¿ No es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio secreto de la vida, el lazo universal de la simpatía?

—¡Bagatela, pura bagatela! ¿Dónde has aprendido ese sentimentalismo? Créeme: ha pasado completamente la moda del amor, y ya no se habla de él entre las personas de talento ni de la buena sociedad.»

El príncipe suspiró acordándose del lenguaje enteramente diferente de su amigo el pichon, y continuó:

«Decidme, completo papagayo: vos, que

habeis sido admitido por todas las bellas, ¿sabéis quién es el original de este retrato?»

El papagayo cogió el retrato con sus garras, lo miró, y esclamó:

«Hé aqui un hermoso rostro; pero ¡he visto tantos en mis viajes! Esperad..... sí..... Ahora me acuerdo de esas facciones, no me engaño: es la princesa Aldegunda: ¿cómo he podido olvidar á una de mis mejores amigas?

—La princesa Aldegunda, repitió el príncipe: ¿y dónde encontrarla?

—Poco á poco, es mas fácil encontrarla que obtenerla. Es hija única del rey cristiano de Toledo; debe vivir alejada del mundo hasta los diez y siete años, gracias á ciertos astrólogos. Imposible os seria verla, porque nadie se acerca al palacio donde está encerrada. Me admitió á su presencia para divertirla, y no he encontrado otra mas amable.

—Mi querido papagayo, un secreto: soy heredero de un imperio. Veo que sois un pájaro de talento, y que conocéis el mundo; ayudadme á conquistar el corazon de la princesa, y os ofrezco un destino distinguido en mi corte.

—Acepto gustoso; pero procurad sea un destino sin mucho trabajo, porque á nosotros los que tenemos talento nos horroriza el trabajo.»

Pronto quedaron conformes, salieron de Córdoba, y Ahmed presentó al buho su nuevo compañero de viaje, y los tres lo emprendieron. El príncipe habia creido que estos dos sabios congeniarían; pero se engañó: todo el dia lo pasaban disputando. Ahmed, ocupado en sus cosas, no se apercebía de aquella desunion. Caminando de este modo llegaron á la vista de Toledo, y entonces el buho empezó una disertacion sobre sus antigüedades: el papagayo le interrumpió diciéndole que aquellas antiguallas no merecian que se hablase de ellas, y que lo mas principal era el motivo por el que viajaban.

«Ved ahí, príncipe, continuó, el palacio de la princesa que buscáis hace ya tanto tiempo.»

El príncipe dirigió la vista á donde le indicaba el papagayo, y vió en una llanura deliciosa un soberbio palacio que se elevaba en

medio de un magnífico jardín. La descripción del pichon era cierta. Volvióse al papagayo, y le dijo:

«¡Oh el mas completo de los pájaros! puesto que la naturaleza te ha dado el don de la palabra, vuela al jardín, busca al ídolo de mi

corazon, y dile que el príncipe Ahmed, Peregrino de amor guiado por las estrellas, viene buscándola y se halla á las orillas del Tajo.»

El papagayo, orgulloso con aquella embajada, voló á buscar á la princesa, y colocán-



dose en una rama al lado de ella, la dijo:

«Enjuga tus lágrimas ¡oh bella princesa! Traigo consuelos para tu corazon.»

La princesa se sobrecogió al oír una voz tan cerca de ella; pero viendo un pájaro verde que la saludaba batiendo sus alas, le dijo:

«¡Ay! ¿qué consuelo puedes darme tú, que no eres mas que un papagayo?»

El papagayo, resentido de aquellas palabras, la contestó:

«He consolado á mas de una hermosa en mi tiempo; pero no hablemos mas de eso. Ahora vengo como embajador de un príncipe real. Sabe ¡oh princesa! que Ahmed Al Kamel, príncipe de Granada, acaba de llegar buscándote, y se halla en este momento acampado á orillas del Tajo.»

A estas palabras la princesa dió un salto de alegría.

«¡Oh el mas amable de los pájaros! benditas sean las noticias que traes. El dolor me mataba, y ya dudaba de la constancia del príncipe. Vuelve á su lado, y asegúrale que cada palabra de su carta está grabada en mi corazon. Dile que se prepare á probarme su amor por la fuerza de sus armas. Mañana en honor de mi cumpleaños mi padre celebra un torneo, en el que justarán varios príncipes, y mi mano será el premio del vencedor.»

El papagayo echó á volar, y volvió á buscar á Ahmed. El gozo de este fue grande. Habia encontrado por fin el original. Sin embargo, causábase inquietud aquel torneo y

aquellos caballeros que se preparaban á disputarle la posesion de aquel objeto querido. Las riberas del Tajo resonaban ya con los sonidos de los clarines de los que iban llegando.

El mismo astro que presidió al nacimiento de Ahmed habia presidido el de la princesa, y hasta los diez y siete años habia estado cerrada sin ver á nadie. La fama de su hermosura habia volado por todas partes, y eran varios los pretendientes.

Ahmed seguia sumido en su tristeza maldiciendo la educacion que habia recibido, pues ignoraba el manejo de una lanza y un caballo.

El buho acudió á su socorro esclamando como buen musulman:

«Alá Akbar ¡Dios es grande! Los mayores secretos estan en su mano. Sabe ¡oh príncipe! que en este reino lleno de encantos existe una caverna, en la que hay una mesa de hierro, sobre la cual se encuentran unas armas encantadas, á cuyo lado se halla un caballo ricamente enjaezado igualmente encantado; todo ello está escondido en esa caverna hace muchos siglos. Segun una tradicion, pertenecen á un mágico que se refugió en la caverna á la toma de Toledo por los cristianos, y murió en ella dejando su caballo y armadura encantados bajo un hechizo que solo podrá deshacer un musulman, y aun este solamente desde el amanecer hasta el medio dia.

—Basta: busquemos esa caverna sin pérdida de tiempo,» esclamó el príncipe.

Guiado por su docto mentor, Ahmed encontró la caverna. Una lámpara sepulcral que nunca se apagaba alumbraba aquella cueva. Sobre una mesa estaba la citada armadura, y á su lado el caballo árabe enjaezado como para un combate, pero inmóvil como una estatua: cuando Ahmed puso la mano en su cuello; dió con su pie en el suelo y relinchó con tal gozo y estruendo, que la caverna retembló. Provisto de este modo de armas y caballo, el príncipe no tuvo recelo de entrar en la liza.

Llegó por fin el día fatal. El palenque estaba dispuesto en la vega de Toledo. Algunda se presentó á presidirle, y su hermosa admiró á todos los circunstantes. Todos la aclamaron y aplaudieron; y los príncipes que la pretendían solo por la fama de su hermosura sintieron centuplicar su valor.

La princesa parecía estar agitada, y su vista recorría todo el palenque como buscando á alguno. Los clarines iban á dar la señal del primer encuentro, cuando un heraldo anunció la llegada de un caballero extranjero, y el príncipe Ahmed entró en la lid. Su armadura era preciosísima, toda construida en Fez. Su aire noble, su talle elegante llamaron la atención; y cuando lo anunciaron con el nombre del *Peregrino de amor*, todas las damas se interesaron por él.

Sin embargo, cuando se presentó para entrar en la arena le cerraron la barrera. Era preciso ser un príncipe para ser admitido: declaró su nombre y su rango; de nada servía: era mahometano, y no podía pretender una princesa cristiana.

Los príncipes sus competidores le rodearon mirándole con aire altivo y amenazador; y uno de ellos, notable por su talla hercúlea y sus modales insolentes, procuraba ridiculizarle por su mote de *Peregrino de amor*. El príncipe furioso desafió á su rival: tomaron campo, y partieron uno contra otro; pero al primer choque de la lanza encantada, el burton, á pesar de su estatura gigantesca y su fuerza prodigiosa, cayó á tierra. Ahmed hubiera querido contenerse; pero se las había con un caballo diabólico y armas encantadas: una vez puestas en acción, nadie podía suje-

tarlas. El caballo árabe se arrojó al grupo mas numeroso, y la lanza tiraba al suelo cuanto tocaba. El pacífico príncipe gemía interiormente de sus hazañas. El rey rabiaba al ver á sus huéspedes tan mal traídos. Mandó á sus guardias se apoderasen del que así le ultrajaba. Los guardias midieron tambien el suelo. El rey entonces tiró su manto, se vistió su armadura y bajó á liza para imponer respeto al extranjero con su magestad real. ¡Vana esperanza! la lanza y el caballo no conocían categorías. Con gran disgusto de Ahmed, fue llevado frente del rey, y dos segundos despues los talones reales iban por el aire y la corona rodaba en el polvo. En aquel momento el sol llegaba al meridiano; el encanto recobraba su poder; el caballo árabe echó á correr por la llanura, saltó la barrera, se arrojó al Tajo, pasóle á nado, y llevó al príncipe sin aliento y desesperado hasta la caverna. Ahmed se contempló feliz de salir sano y salvo de aquella aventura, y se sometió á los nuevos decretos del destino. Envió á sus dos amigos á adquirir noticias: el papagayo volvió diciendo que no se hablaba mas que de sus hazañas, y que le tenían por brujo. El buho contó lo que había visto en estos términos:

«Volando por delante de una de las mas altas torres del palacio, ví á la bella princesa: estaba en su lecho rodeada de médicos y camaristas; pero se negaba á tomar los remedios que la ofrecían. Así que salieron todos de su alcoba, sacó de su pecho una carta, y no hacia mas que leerla y besarla.»

Nuevos informes que tomó el príncipe confirmaron lo que había dicho el buho. La princesa estaba encerrada en una torre y custodiada cuidadosamente. Una sombría melancolía se había apoderado de ella, y nadie sabía la causa. Como los médicos no podían curar su enfermedad, el rey hizo proclamar por todo el reino que el que curase á la infanta recibiría en recompensa la joya mas preciosa de su tesoro.

Cuando el buho supo esta noticia exclamó: «Alá Akbar, dichoso el que efectúe esta cura, si sabe solamente lo que debe escoger entre las alhajas de la corona.»

—¿Cuál es tu pensamiento, venerable buho? preguntó el príncipe.

—Escuchadme ¡oh príncipe! y sabreis lo que he querido decir. Entre las alhajas del rey hay un cofre de zándalo, dentro del cual se conserva la alfombra de seda del trono del sabio Salomon, y que trajeron los judfos que se refugiaron en Toledo á la destruccion de Jerusalem.

—He oido hablar á mi ayo de las propiedades de ese talisman. Sin duda los cristianos ignoran su virtud: si consigo apoderarme de él, mi dicha es cierta.»

Al día siguiente el príncipe se puso unos vestidos como un árabe del desierto; tiñó su cara y manos de color bronceado, y con un palo en la mano se marchó á Toledo, y presentándose á las puertas del palacio, se anunció como pretendiente á la recompensa ofrecida. Los guardias no querian recibirle. El rey oyó el tumulto, y mandó le presentasen aquel hombre.

«Poderoso rey, le dijo, soy un árabe beduino descendiente de una familia que tiene la virtud de deshacer los sortilejios, y por si tu hija está bajo la influencia de alguno, prometo por mi cabeza curarla.»

El rey, hombre de talento y que sabia los secretos de los árabes, le llevó al cuarto de la princesa. Las ventanas de esta habitacion daban sobre un terrado desde donde se descubria la ciudad de Toledo; pero estaban cerradas por orden de la princesa.

El príncipe se sentó en el terrado y tocó en su caramillo algunas sonatas árabes que habia aprendido de sus criados en el Generalfife. La princesa estaba inmóvil, y los médicos que la asistian meneaban la cabeza y se sonreian con incredulidad y desprecio. Por fin el príncipe dejó su caramillo, y se puso á cantar los versos que habia enviado á la princesa.

La hermosa princesa reconoció los versos: una alegría repentina se apoderó de su corazon, levantó la cabeza, escuchó; sus ojos empezaron á llorar, y un vivo encarnado cubrió sus mejillas. De buena gana hubiera querido ver al cantor; pero el pudor se lo estorbaba. El rey comprendió lo que

deseaba, y mandó entrar al cantor: los dos amantes fueron discretos: se contentaron con mirarse. El triunfo era completo: Aldegunda estaba curada.

Los médicos se miraban aturridos. El rey miraba al beduino asombrado.

«Jóven maravilloso, quiero que seas mi primer médico; tu dulce melodía será mi remedio universal. Ahora recibe la recompensa debida: escoge la joya mas preciosa de mi tesoro.

—¡Oh rey! dijo Ahmed: el oro, la plata y las piedras preciosas no me llaman la atencion; pero posees una reliquia, un cofre de zándalo que contiene una alfombra de seda: dame ese cofre, y estoy contento.»

Todos se sorprendieron de la modestia de la eleccion, y mas aun cuando habiendo trai-



do el cofre, se sacó la alfombra de seda. Era de seda verde, cubierta con caracteres hebreos y caldeos. Todos se miraban sonriendo de la simpleza del jóven que lo habia escogido.

«Esta alfombra, dijo el príncipe, ha cubierto el trono de Salomon, el mas sabio de todos los monarcas; es digna de ser colocada bajo los pies de la hermosura.»

Hablando asi, desplegabala alfombra en el terrado debajo de un sillón que habian traído para la princesa, y sentándose á sus pies continuó:

«¿Quién puede oponerse á los decretos

del destino? Las predicciones de los astrólogos se han cumplido. ¡Oh rey! hace mucho tiempo que tu hija y yo nos amamos: en vuestra presencia está el Peregrino de amor.»

Apenas pronunció estas palabras, la alfombra se elevó por los aires llevando al príncipe y á la princesa. El rey y los médicos se quedaron estupefactos con la boca abierta y fijos los ojos en los fugitivos, que fueron desapareciendo en el espacio.

El rey furioso llamó á su tesorero.

«¿Cómo has permitido que un infiel se apoderara de un talisman tan precioso?

—Señor, no sabíamos ni su virtud, ni lo que decían los caracteres inscritos en su cubierta. Si en efecto es la alfombra del rey Salomon, tiene el poder mágico de trasportar á su poseedor por los aires á donde quiera.»

El rey reunió un ejército formidable, y marchó sobre Granada. Su marcha fue larga y dificultosa. Acampó delante de Granada en la vega, y envió un heraldo para reclamar á su hija. El rey de Granada salió en persona

con toda su corte á saludar al monarca toledano. Ahmed acababa de subir al trono por muerte de su padre, y la bella Aldegunda era su sultana.

El rey cristiano consintió en la union de su hija con Ahmed, cuando supo que esta princesa podria conservar su religion, porque aunque no era devoto, este artículo es un negocio de orgullo muy importante entre los príncipes. En lugar de batallas sangrientas hubo fiestas y regocijos; el anciano rey volvió á Toledo, y los jóvenes continuaron su reinado tan sabia como felizmente en la Alhambra.

Para completar mi narracion debo decir que el buho y el papagayo siguieron al príncipe á pequeñas jornadas.

Ahmed recompensó dignamente los servicios que ambos le habian prestado en su peregrinacion. Nombró al buho primer ministro, y al papagayo maestro de ceremonias. Inútil es decir que no hubo nunca reino mejor administrado ni corte mas exacta en la observancia de las reglas de etiqueta.





CAPITULO XXI.

LA HERENCIA DEL MORO.

EN el recinto de la fortaleza de la Alhambra, sobre la grande esplanada que hay enfrente del palacio que se llama el Patio de las Cisternas, por causa de los algibes árabes practicados bajo su mole, hay un pozo en la roca muy profundo. El agua de este pozo es como la nieve, y de una transparencia y pureza admirables: su fama es tal, que todos los paseos que van de Granada al fuerte estan llenos desde que amanece hasta bien entrada la noche de aguadores que vienen á llenar sus cántaros. Unos los llevan atravesados en un palo á la espalda y otros en borricos.

Las cisternas y fuentes han sido en todo tiempo, aun en los mas remotos, como se lee en la *Biblia*, la cita de las comadres del lugar en los países cálidos. El pozo en cuestion es una especie de club perpetuo, donde desde por la mañana á la noche los inválidos, las viejas y todos los desocupados de la fortaleza vienen á adquirir y dar noticias. Los parroquianos se sientan en los bancos de piedra, resguardados por un toldo que hay encima del pozo, y se dan parte mutuamente de los chismes de la fortaleza, interrogan á los aguadores á medida que van llegando sobre los de la ciudad, y hacen comentarios y conjeturas sobre todo lo que ven y oyen. A todas horas del dia hay siempre alguna comadre habladora, alguna criada que olvida sus quehaceres, y se detiene con el cántaro en la mano á escuchar los acentos sin fin de estos novelistas,

Entre los aguadores que acudian antiguamente á este pozo, habia un hombrecillo de anchas espaldas, de piernas torcidas, llamado Pedro Gil, y por abreviatura Peregil. Inútil es decir que era gallego, porque en su cualidad de aguador no podia ser de otra parte. Parece en efecto que la naturaleza ha formado ciertas razas de hombres, como ciertas razas de caballos, para tal ó cual empleo. En Francia los limpiabotas son saboyanos, los albañiles lemosinos, los aguadores auvernieses, y los porteros de las casas grandes antes de la revolucion eran suizos. Cuando se usaban tontillos y polvos en la cabeza, la silla de manos de un elegante en Inglaterra no podian llevarla mas que irlandeses, acostumbrados á andar en sus pantanos. Consiguiente á esto en España, los mozos de cordel y aguadores son



todos robustos gallegos. Nadie dice envíeme V. un mozo de carga, sino envíeme V. un gallego.

Volviendo á mi historia, Peregil el gallego habia empezado el oficio con un solo cántaro que llevaba áuestas; pero habia ido prosperando, y pudo al fin comprar un ayuda en la clase de animales correspondiente á la suya entre los hombres: era un borrico gris, de pelo largo y muy vigoroso. Sobre las aguaderas llevaba sus cántaros cubiertos de hojas de parra para librarlos del calor del sol.

En toda Granada no habia aguador mas activo, mas laborioso, mas alegre que Peregil: su sonora voz resonaba en las calles con este grito de verano, que resuena en todos los pueblos de España. «*¿Quién quiere agua?—agua mas fria que la nieve.*» Cuando daba un vaso de esta agua cristalina le acompañaba siempre con alguna gracia que hacia sonreir al parroquiano; y si era una muger bonita, ó alguna traviesa jóven, la mirada tierna y maliciosa y el requiebro que la dirigia le valian siempre algo. Por lo mismo, Peregil el gallego, era conocido en toda la ciudad por el mas político, el mas jovial y el mas feliz de los mortales. Sin embargo, aquel que canta mas alto, y que rie mas á menudo, no tiene siempre el corazon mas satisfecho. A pesar de su aire alegre, nuestro gallego no estaba libre de penas y disgustos. Tenia que mantener una numerosa familia: sus hijos vestidos de andrajos y hambrientos le pedian pan á gritos cuando entraba por las noches en su casa. Tenia su muger, pero esta no le ayudaba en nada. Habia sido la belleza de su pueblo antes de su casamiento, y era citada por la gracia con que bailaba el bolero y tocaba las castañuelas. Fiel á sus primeros gustos, la muger del honrado aguador gastaba el fruto del sudor de su marido en zarandajas, y los domingos y días feriados (que en España son mas numerosos que los días de trabajo) montaba en el asno para ir á las fiestas de los pueblos comarcanos. Para aumento de males, era un poco descuidada, le gustaba estarse hasta tarde en la cama, y mas que todo ir medio vestida á charlar con sus vecinas.

Pero aquel que regula el viento para la

oveja esquilada, alivia el yugo del matrimonio para quien le soporta con sumision. Peregil sufria sus tribulaciones domésticas con tanta paciencia como el asno sus cántaros; y aunque algunas veces en secreto reflexionaba, nunca se arriesgaba á poner en cuestion las virtudes caseras de su descuidada esposa.

Amaba á sus hijos, los amaba como el buho ama á sus polluelos, porque veia en ellos reproducida su imágen. El mayor placer del honrado Peregil, cuando se desocupaba un domingo entre diez, y tenia algunos cuartos ahorrados para gastar, era llevarse todos sus hijos, unos en brazos, otros cogidos de su vestido, y otros á su lado, y hacerlos jugar y divertirse en los huertos en la vega, en tanto que su muger bailaba con sus amigas en las angosturas del Darro.

Era una noche de verano, y por lo avanzado de la hora se habian retirado todos los aguadores: aquel día habia hecho un calor insufrible. Peregil, calculando con solicitud paternal que la claridad de la luna y lo apacible de la noche animaria á los habitantes de Granada á aprovecharse del fresco, y que tal vez encontraria parroquianos en los paseos, se dijo á sí mismo: otro viaje al pozo y ganaré algunos cuartos para gastarlos con los chicos el domingo. Hablando asi, subia con paso firme la alameda de la Alhambra, cantando y dando de vez en cuando un palo á su borrico, bien para llevar el compás, bien para sostener el valor del animal, porque en España los palos sirven de cebada á las bestias de carga.

Llegado al pozo, lo encontró solitario y desierto; no se veia un alma, excepto un extranjero vestido de moro, sentado en un banco á la luna. Peregil se detuvo, le miró con sorpresa, y hasta con temor; pero el moro le hizo señas que se acercase y le dijo:

«Estoy muy débil y enfermo, ayudadme á volver á la ciudad, os daré el doble de lo que pudieseis ganar vendiendo vuestra carga.»

El sensible corazon del aguador se conmovió al aspecto del extranjero, que parecia sufrir, y le respondió:

«Dios no permita que acepte ninguna re-

compensa ni ninguna gratificación por hacer un acto de humanidad.»

Ayudó al moro á subir en su burro, y le llevó poco á poco á Granada. El pobre musulman estaba tan débil, que Peregil se veia obligado á sostenerle en el borrico para impedirle que se cayese al suelo. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, el aguador preguntó al estrangero á dónde queria que lo llevase.

«¡Ay de mí! dijo el moro con voz apagada, no tengo casa ni abrigo para descansar mi cuerpo: permitidme pasar esta noche en la vuestra, y sereis recompensado espléndidamente por esta molestia.»

El honrado Peregil se encontró con grande espanto encargado de aquel huésped infiel; pero era demasiado humano para rehusar un asilo por una noche á un viajero extraviado, y en el estado deplorable en que se encontraba el pobre moro: le llevó, pues, á su casa. Sus hijos, que habian salido, como de costumbre, con la boca abierta en cuanto habian oido los pasos del asno, huyeron espantados al ver el hombre del turbante, y se escondieron detrás de su madre. Esta se adelantó atrevidamente como una llueca se coloca delante de sus polluelos al acercarse un perro.

«¿Con qué compañía vienes á estas horas? esclamó. ¿Tienes gana de que nos visite la inquisicion?»

—No te incomodes, muger, respondió el gallego. Es un pobre estrangero enfermo, sin amigos, sin asilo: ¿querrias tú dejarle perecer en la calle?»

La muger hubiera seguido en sus reconvencciones, porque aunque vivia en una choza, era muy delicada sobre lo que llamaba el honor de su casa; pero el aguador, mostrando por esta vez carácter, se negó á someterse al yugo. Ayudó á bajar al pobre musulman, tendió una estera y una zalea en el sitio mas fresco de la habitacion, y recostó á su huésped en esta cama, la única que su pobreza le permitia ofrecer.

Apenas el moro se acostó sobre aquel miserable lecho fue acometido de violentas convulsiones, á las que en vano procuró bus-

car remedio el bueno de Peregil: su ciencia y sus recursos se agotaron pronto, sin que se aliviase el enfermo. Sin embargo, se leia en sus ojos el mayor reconocimiento por los cuidados de su huésped, y en un intervalo de crisis le llamó á su lado, y hablándole en voz baja, le dijo:

«Conozco que se acerca mi muerte. Si efectivamente me muero, os lego esa caja como recompensa á vuestra caridad.»

Hablando así, entreabrió su albornoz, y le enseñó una cajita de zándalo pendiente de una correa.

«¡Dios quiera, amigo mío, dijo el gallego, que vivais muchos años para que goceis de vuestro tesoro, cualquiera que sea.»

El moro meneó la cabeza, cogió la cajita, y se preparaba á decir alguna cosa sobre este objeto; pero fue acometido de nuevas convulsiones, y á poco espiró.

La muger del aguador se desesperaba.

«Hé ahí, decia, el efecto de tu imbécil caridad, que nos espone siempre por servir á los demas. ¿Qué va á ser de nosotros con este cadáver en casa? Si se descubre, nos llevarán á la cárcel como asesinos, y si logramos salvar la vida, quedaremos arruinados para siempre por la justicia.»

El pobre Peregil no estaba menos inquieto, y casi se arrepentia de haber hecho aquella buena accion. Por fin tuvo un pensamiento.

«Aun no es de día, se dijo: puedo llevar este cuerpo fuera de la ciudad y enterrarle en la arena á orillas del Genil. Nadie ha visto entrar al moro en mi casa, nadie sabrá su muerte.»

Dicho y hecho. La muger le ayudó á envolver el cuerpo del desgraciado musulman en la estera en que habia espirado: le colocaron atravesado en el asno, y Peregil se dirigió á orillas del rio.

La desgracia empero hizo que frente á casa del aguador viviese un barbero llamado Pedrillo Pedrugo, el mas curioso, el mas hablador y el mas chismoso de todos los barberos del mundo. Era un hombre alto y seco, nariz afilada, modales astutos é insinuantes. El famoso barbero de Sevilla no le escedia

en el conocimiento universal de los negocios ajenos; y lo que entraba por sus oídos pasaba más fácilmente por su boca que el agua por un cedazo. Los que le conocían decían que dormía con un ojo abierto y un oído descubierto, de modo que aun en su sueño podía ver y oír todo lo que pasaba en torno suyo. Lo cierto es que era la crónica escandalosa de Granada, y que los aficionados á saber aventuras frecuentaban su tienda, lo que le hacía tener más parroquianos que sus compañeros.

Este maldito barbero oyó llegar á Peregil á una hora sospechosa, y las exclamaciones de la muger y de los hijos. Aplicó al instante



la vista á una rejilla por la cual miraba á todos los que llamaban á su puerta, y vió á Peregil ayudar á un hombre vestido de moro á entrar en su casa. Este acontecimiento le pareció tan extraño, que no durmió en toda la noche. Cada cinco minutos iba á acechar por la rendija, siguiendo los movimientos de la luz que veía brillar por las rendijas de la puerta de su vecino: por fin antes de amanecer vió salir á Peregil con su asno que llevaba una carga extraordinaria.

El barbero, agitado por la fiebre de la curiosidad, se vistió de prisa, y saliendo con silencio, siguió á lo lejos al aguador, le vió hacer un hoyo en la arena del Genil, y echar en él un bulto que parecía un cadáver.

El barbero volvió á su casa, y recorrió su tienda meneando todos los trastos impacientemente porque amaneciese. Por fin, así que los primeros rayos del sol tiñeron de púrpura el horizonte, se puso la vacía debajo del brazo, y se fue á casa del alcalde, su parroquiano diario.

El alcalde acababa de levantarse. Pedrillo Pedrugo le hizo sentar en una silla, le puso una tohalla debajo de la barba, colocó la vacía, y empezó á ablandar la barba con sus dedos y el agua caliente.

«¡Estrañas cosas! decía Pedrugo, que representaba á la vez el papel de barbero y el de novelista. ¡Cosa estraña! un robo, un asesinato, un entierro en la misma noche.

—¡Eh! cómo, ¿qué estais diciendo, Pedrillo? dijo el alcalde.

—Digo, continuó el barbero pasando el jabon por la cara del dignatario; digo que Peregil el gallego ha robado, ha asesinado á un moro mahometano y le ha enterrado esta bendita noche, ó mejor dicho, esta noche maldita.

—Pero ¿cómo sabeis todo eso?

—Paciencia, señor, todo lo sabreis, contestó el barbero cogiendo al alcalde por las narices y pasándole la navaja por la cara. Entonces le contó lo que habia visto, y continuando las dos operaciones á la vez, afeitaba la barba, lavaba la cara de su paciente y la enjugaba con una tohalla no muy limpia, robando, asesinando y enterrando al mismo tiempo al moro.»

El alcalde era uno de los más despotas y al mismo tiempo el más codicioso y más corruptible magistrado de Granada. Con todo, no se le podía reconvenir de que no hacia caso de la justicia, puesto que la vendía á peso de oro. En un instante reflexionó que en una causa de robo y muerte debia haber ricos despojos, que seria conveniente asegurar en legítimas manos. Cogiendo al culpable solo daba pasto para la horca, en lugar que cogiendo el botin se enriquecia el juez, y segun él, este era el principal objeto de la justicia. Con esta idea mandó venir á su fiel alguacil, gran bribon, delgado como un palo, y vestido, segun su clase, con el traje á la

tigua española, con el sombrero de tres picos, la chorrera bien planchada, la capita negra y todo el vestido raído del mismo color. Llevaba en la mano la varita blanca, insignia temible de su destino. Tal era el leblrel legal de raza vieja española que el alcalde soltó contra el desgraciado gallego; y tal era su actividad y olfato, que ya había cogido á Peregil antes que este volviese á su casa con su asno, y le presentó á su juez.

El alcalde, lanzando una mirada terrible sobre el pobre, le dijo con una voz de trueno que hizo encorvar sus rodillas.

«Es inútil que niegues tu crimen: lo sé todo. La horca debería ser el castigo de un delito como el tuyo; pero soy compasivo, y estoy dispuesto á oírte hablar en razon. El hombre que has asesinado en tu casa era un moro, un infiel, un enemigo de nuestra religion. Sin duda le has quitado la vida en un acceso de celo religioso: por lo tanto seré indulgente; devuelves lo que le has robado, y no se llevará la causa adelante.»

El pobre aguador clamaba á todos los santos para que diesen testimonio de su inocencia. Desgraciadamente ninguno se apareció, y aun cuando lo hubieses hecho, el alcalde hubiera recusado todo el calendario. El gallego refirió la historia del moro con toda la inocencia de su corazón, y sus palabras tenían el colorido de la verdad. Pero de nada servía esto.

«¿Te atreves á sostener que este musulman no tenía oro ni alhajas que hayan podido tentar tu codicia? le preguntó el juez.

—Es tan cierto, como que espero salvarme, contestó Peregil: aquel hombre no tenía mas que una cajita de zándalo que me dió en pago de mi asistencia.

—¡Una cajita de zándalo! dijo el juez con los ojos brillantes de gozo á la idea de las joyas preciosas que podría contener. ¿Dónde está esa cajita? ¿Dónde la has escondido?

—No se incomode vuesa merced, está en las aguaderas de mi burro, y está á la disposición de vuesa merced.»

Apenas dijo esto, el alguacil salió como una flecha y volvió al instante con la misteriosa cajita. El alcalde la abrió con una

mano trémula: todos le rodearon deseosos de contemplar los tesoros que se iban á descubrir; pero con gran sorpresa de todos, solo contenía un rollo de pergaminos escritos con caracteres arábigos y un cabo de bujía.

Cuando no hay nada que ganar en la convicción de un culpable, la justicia, aun en España, es imparcial. El alcalde, despues de haber vuelto de su sorpresa, viendo que la causa no ofrecía ninguna clase de interés, escuchó sin prevención las esplicaciones del aguador, que fueron confirmadas por el testimonio de su muger. Convencido de la inocencia del pobre hombre, el juez le absolvió de la acusacion, y le permitió ademas llevar la cajita y su contenido que el moro le había dado como justa recompensa á su caridad; pero se quedó con el asno para gastos de justicia.

El desgraciado gallego se vió reducido á tener que llevar él mismo el cántaro del agua como al principio de su comercio.

Un dia que subía la colina jadeando por la fuerza del sol, le abandonó su buen humor acostumbrado.

«¡Maldito alcalde! exclamó: ¿cómo has tenido valor de privar á un pobre de su único medio de subsistencia, del mejor amigo que tenía en el mundo?»

Al llegar aqui, su sensible corazón se enterneció al recuerdo del compañero de sus trabajos.

«¡Ah burro de mis entrañas! dijo descansando su cántaro sobre una piedra y enjugando el sudor que bañaba su frente. ¡Ah burro de mi alma! Estoy seguro que te acuerdas de tu antiguo amo; estoy seguro que echas de menos tus cántaros. ¡Pobre animal!»

Para aumentar su afliccion, su muger le recibía siempre que volvía á su casa con convenciones y burlas; usaba ampliamente de la ventaja que le daba sobre él la circunstancia de haberle aconsejado todo lo que habia podido para estorbar el acto de hospitalidad que habia atraído sobre ellos tantas desgracias; y como muger hábil, no dejaba pasar ocasion de hacerle sentir la superioridad de su juicio. Si sus hijos carecian de algo, le decía con aire burlon:

«Acudid á vuestro padre, es heredero del rey Chico de la Alhambra; decidle que os socorra con el oro que ha sacado de la cajita del moro.»

Nunca ha sido castigado mas severamente un pobre mortal por haber hecho una buena accion. El desgraciado Peregil sufría en cuerpo y alma; sin embargo llevaba con paciencia los sarcasmos de su muger. Una noche de un día en que habia trabajado muchísimo, como su muger le dirigiese las acostumbradas quejas, perdió la paciencia; con todo, no se atrevió á contestarla; pero viendo sobre una mesilla la cajita de zándalo con la tapa levantada, como si se estuviese burlando de él, la cogió y la tiró al suelo con rabia diciendo:

«¡Maldito sea el día en que te ví por primera vez! ¡maldito el día en que admití á tu amo en mi casa!»

Cuando la caja cayó al suelo se abrió del todo, y salió el rollo de pergaminos. Peregil lo miró en silencio: por fin, coordinando sus ideas, se dijo á sí mismo:

«¿Quién sabe si este escrito tendrá alguna importancia? Bien podria ser cuando el moro lo guardaba con tanto cuidado.»

Lo recogió del suelo, y al día siguiente, al pasar pregonando su agua por las calles delante de la tienda de un moro de Tanger que vendia perfumes, entró en ella y le suplicó le esplicase lo que allí decia.

El moro leyó con atencion, se cogió la barba, y se sonrió.

«Este manuscrito, le dijo, es una fórmula de encanto para descubrir tesoros encantados y colocados bajo la proteccion de algun hechizo. Tiene tanto poder, que los mas fuertes cerrojos, las rejas mas dobles y hasta una roca de diamantes no podrian resistirle.

—¡Bah! dijo el gallego: ¿qué me importa eso? Ni soy brujo, ni sé dónde hay tesoros escondidos.»

Hablando así se cargó su cántaro, dejó el pergamino en poder del moro, y se marchó á su comercio.

Sin embargo, la tarde de aquel mismo día, mientras descansaba un rato cerca del pozo de la Alhambra, un corrillo de comadres con-

versaban contra su costumbre de aquella hora de cuentos y tradiciones antiguas y maravillosas. Todas estas mugeres, á cual mas pobre, se divertian en hablar de los tesoros que los moros habian dejado encantados en diversos sitios de la Alhambra; y todas ellas estaban conformes en creer que bajo la torre de los siete pisos habia enterrados cuantiosos tesoros.

Estos cuentos hicieron una impresion inusitada en la imaginacion del honrado Peregil, y cuando volvió á levantarse y se marchó, iba sumido en profundas reflexiones.

«¿Y por qué no puede haber tesoros enterrados bajo esa torre? ¿Y si el rollo de pergamino que he dejado en poder del moro pudiese facilitarme medios para encontrarlos?»

En el éstasis que le produjo esta idea por poco no se le cae el cántaro.

Toda la noche no hizo mas que dar vueltas en su cama sin poder dormir un instante, gozando en las risueñas ilusiones que alluian á su cerebro. Muy temprano se marchó á la tienda del moro, y le dijo lo que habia pensado.

«Vos podeis leer el árabe, continuó, vamos juntos á la torre, y probaremos la fuerza del encanto; si no sacamos nada, nos quedaremos como antes; si por el contrario, logramos algo, dividiremos entre los dos los tesoros que podamos descubrir.

—Poco á poco, dijo el musulman, este escrito no es suficiente por sí solo á producir el efecto deseado. Hay que leerlo á media noche, á la luz de una bujía, singularmente compuesta y preparada, cuyos ingredientes no puedo proporcionar. Sin esa bujía, el pergamino no sirve de nada.

—No paseis adelante, dijo el aguador: tengo en mi casa esa bujía; voy á traerla al instante.»

Corrió á su casa, y volvió con la bujía que habia hallado en la cajita de zándalo.

El moro la tocaba y la olia con atencion. Al fin dijo:

«Estos perfumes son raros y dispendiosos. Esta es justamente la especie de bujía especificada en el manuscrito. Mientras luzca, se abrirán las murallas mas fuertes, las mas

secretas cavernas. Pero ¡desgraciado del que se quedase un solo instante despues que se hubiera apagado, se quedaria encantado con el tesoro!»

Convinieron en probar el encanto aquella misma noche. Cerca de media noche, cuando todo estaba tranquilo, escepto los buhos y los murciélagos, subieron la colina de la Alhambra y se acercaron á aquella maciza torre rodeada de árboles, y que tan espantosa es por sus tradiciones formidables. A la luz de una linterna se introdujeron por entre las zarzas y las piedras que habian caido del edificio hasta la puerta de una cueva embovedada debajo de la torre. Con paso furtivo y trémulo bajaron los escalones cortados á pico en la roca. Estos escalones conducian á un cuarto húmedo y oscuro, de donde se iba por una segunda escalera á otra cueva mas profunda. De este modo bajaron cuatro pisos pertenecientes á otras tantas cuevas colocadas unas debajo de otras. Pero el suelo de la cuarta no ofrecia ninguna salida, y aunque segun la tradicion hubiese tres mas, las otras cuevas estaban cerradas por un poderoso encanto. El aire de esta última cueva era frio y húmedo, y olia fuertemente á tierra mojada: la luz apenas bastaba á disipar la oscuridad. Los dos se detuvieron un momento en inquieta expectativa. Al fin oyeron el reloj de la torre dar las doce: entonces encendieron la bujía que esparció un perfume de mirra, iacienso y estoraque.

El moro leyó de prisá el manuscrito. Apenas habia concluido su lectura, cuando oyeron un ruido semejante á un trueno subterráneo. La tierra se conmovió, y abriéndose el suelo, les descubrió una escalera que bajaron temblando, y vieron á la luz de su linterna que estaban en una cueva, cuyas paredes se hallaban cubiertas de inscripciones árabes. En medio de la pieza habia un gran cofre guarnecido con siete fajas de acero y á cada esquina un moro encantado, armado de punta en blanco, inmóvil como una estatua. Delante del cofre habia varios jarrones llenos de oro, plata y piedras preciosas. Metieron en ellos sus brazos hasta el codo, y sacaron muchas monedas de oro, brazale-

tes y adornos del mismo metal, con alguno que otro collar de perlas de Oriente. Con todo temblaban y respiraban pavorosamente, llenando sus bolsillos de aquel rico botin, y de cuando en cuando miraban con recelo á los guerreros encantados que estaban sin movimiento, pero que los miraban con ojos fijos y amenazadores. De pronto como heridos de un terror pánico corrieron á la escalera, tropezaron uno con otro por subir mas de prisá, y con el susto tiraron y apagaron la bujía, en cuyo instante se cerró el suelo con un ruido espantoso.

Llenos de terror, no se detuvieron un instante hasta estar fuera de la torre y ver brillar sobre sus cabezas las estrellas. Entonces se sentaron sobre la yerba y partieron los despojos, contentándose por el presente con haber espumado los jarrones, pero prometiéndose volver otra noche para verles el fondo. Para asegurarse de su buena fe mutua, dividieron tambien el talisman: el uno guardó el pergamino, el otro la bujía; y los dos, con el corazon ligero y los bolsillos pesados, volvieron á Granada.

Al bajar la colina, el moro creyó dar un consejo al simple y buen aguador.

«Amigo Peregil, le dijo: este negocio debe quedar en el mas profundo secreto hasta que hayamos sacado todo el tesoro y le tengamos seguro. Si el alcalde sabe la mas minima cosa somos perdidos.»

—Y qué verdad es! contestó el gallego: lo he conocido á mi costa; pero contad con mi discrecion.

—Amigo Peregil, continuó el moro: sois un hombre discreto, y no dudo que sepais guardar un secreto; pero teneis muger.

—No sabrá nada de esto, dijo el aguador con tono resuelto.

—Basta; cuento con tu promesa.

Nunca promesa fue mas positiva ni dada de mejor fe; ¿pero quién puede guardar un secreto á su muger? Seguramente no sería Peregil el aguador, el mas blando y mas tratable de los maridos. Al volver á su casa encontró á su muger enfadada.

«¡Vaya una conducta! exclamó desde que entró. Al fin vuelves despues de haber

andado hasta estas horas sabe Dios dónde. Me estraña que no vengas con algun otro moro.» Dicho esto, se echó á llorar y golpeándose el pecho decia: «¡Desgraciada de mí, vaya una suerte! Mi casa arruinada, saqueada por los alguaciles; mi marido, que ya no piensa en ganar el sustento de su familia, y anda dia y noche con moros infieles. ¡Oh, hijos míos, hijos míos, qué será de nosotros! Pediremos limosna por las calles.»

El honrado Perégil se turbó tanto con el dolor de su muger que se echó á llorar tambien. Su corazon, tan cargado como sus bolsillos, necesitaba aligerarse. Sacó de estos últimos tres ó cuatro piezas de oro y las echó en el regazo de su muger. La pobre muger admirada no comprendia lo que significaba aquella lluvia de oro. Pero antes que volviese de su sorpresa, el gallego le enseñó una cadena de oro que hizo brillar á sus ojos: á esta vista dió un salto de gozo y exclamó:

«¡Santisima Virgen, protégenos! ¿Qué has hecho, Perégil? ¿Habrás robado, asesinado?»

Apenas la pobre muger concibió esta sospecha, se convirtió en certidumbre. Su imaginacion le representó la cárcel y la horca en la que peréceria su marido, y el horror de este espectáculo la hizo caer sumergida en convulsiones.

¿Qué podia hacer el pobre? El solo medio de apaciguar á su muger y conjurar las fantasmas de su imaginacion era referirle la historia de su buena aventura. Con todo no lo hizo hasta haberle exigido el juramento solemne de guardar el más profundo secreto sobre todo aquello.

— Pintar el gozo que sintió seria imposible; abrazó á su marido, y por poco lo ahoga á fuerza de caricias.

«Ahora, muger, ¿qué dices de la herencia del moro? En adelante no me reconvendrás por haber ayudado á un semejante mio en la necesidad, pues ademas de que tenemos una obligacion de hacer lo que podamos para dulcificar las desgracias que aquejen á nuestros semejantes, es una obra de caridad que el Señor nos compensará, dándonos en premio un asilo en la morada de los buenos, segun

nos lo manifiesta él mismo en los trabajos infinitamente mayores que padeció por nuestra redencion: asi lo espero.»

El buen gallego se acostó y durmió pacíficamente; pero no lo hizo asi su muger: vació los bolsillos sobre la estera, y pasó la noche contando las monedas de oro, probándose los collares, los pendientes y representándose la figura que haria el dia que le seria permitido gozar de todas aquellas riquezas.

Al siguiente dia el aguador tomó una joya de oro y la llevó á un platero del Zaca-tín, á quien propuso se la comprase, diciendo que la habia encontrado en las ruinas de la Alhambra. El platero bien conoció que la moneda era árabe y de oro muy fino; pero ofreció la tercera parte de su valor. El aguador quedó contento, y se dió prisa en comprar vestidos nuevos para todos los chicos, juguetes y provisiones para hacer una buena comida. Volvió á su casa, enseñó lo que llevaba, é hizo bailar á sus hijos en torno suyo; mientras él mismo hacia cabriolas en medio de ellos, estasiado en una felicidad paternal mas fácil de imaginar que de describir.

La muger del aguador guardó su secreto dia y medio. Todo este tiempo no hizo mas que ir de casa en casa con aire misterioso, con el corazon hinchado y pronto á reventar; pero al fin se calló. Es verdad que no pudo abstenerse de cierto aire orgulloso, de hacer comentarios sobre sus vestidos rotos, de hablar de comprar una basquiña nueva guarnecida con galones de oro, y una mantilla de encaje; hizo comprender ademas que su marido tenia intencion de abandonar su oficio, que no convenia á su salud; añadiendo que tenían pensado ir á pasar el verano en el campo para que sus hijos respirasen el aire puro de los montes, porque ciertamente no se podia vivir en la ciudad en aquella estacion abrasadora.

Las vecinas se miraban unas á otras al oír estas palabras, y creian que la pobre muger se habia vuelto loca. En cuanto se marchaba, todas se quedaban riendo.

Con todo, si se habia contenido fuera, en

su casa se desquitaba poniéndose y quitando todos los collares y pendientes, adornando su cabeza con una diadema de diamantes y paseándose por su cuarto, parándose de



cuando en cuando delante de un espejo roto para mirarse. En fin, llevada por su vanidad, no pudo resistir al deseo de asomarse á la ventana para gozar del efecto de sus adornos sobre los que pasasen.

La desgracia quiso que Pedrillo Pedrugo, el barbero chismoso, no tuviese nada que hacer, y estuviese sentado en su tienda. Hirió su vista inquisitorial el brillo de los diamantes, corrió á su rejilla, y reconoció á la muger del aguador con sus andrajos, adornada de alhajas como una princesa de Oriente el día de su boda. No bien hizo un exacto inventario de todos estos adornos, corrió á casa del alcalde. En un momento fue comisionado el alguacil, y el desgraciado Peregil se halló segunda vez en presencia del juez.

«Miserable, le dijo el alcalde furioso, ¿cómo te has atrevido á negar que el infiel que murió en tu casa no habia dejado mas que esta caja, mientras que tu muger está adornada con diamantes y perlas? ¡Infame, prepárate á devolver los despojos de tu desgraciada víctima, y á morir en la horca, que te reclama hace mucho tiempo!»

El aguador, completamente aterrado, cayó á los pies del magistrado, y le hizo una exacta

relación del modo maravilloso con que habia ganado su fortuna. El alguacil fue despachado para traer al moro que habia ayudado á Peregil á hacer el conjuro. El musulman llegó medio muerto de miedo de encontrarse entre las garras de las arpías legales. Al ver al aguador con la cabeza inclinada, el aire consternado y triste, no pudo dejar de apostrofarle en voz baja al pasar por su lado:

«Bruto, animal, ¿no te habia encargado que no hablastes con tu muger?»

La declaracion del moro coincidia perfectamente con la de su asociado; pero sin embargo, el alcalde afectó no creerlo, y los amenazó con la cárcel y con averiguaciones rigurosas.

«Despacio, señor alcalde, dijo el musulman, que habia vuelto á cobrar su sangre fria: no dejemos escapar la fortuna cuando está en nuestras manos. Nadie mas que los que estamos aqui sabe este secreto; guardémosle mutuamente. La cueva contiene tesoros bastante preciosos para enriquecernos todos: consentid en partíroslos como hermanos, y se descubrirán; rehusadlo, y la bóveda seguirá cerrada como siempre.»

El alcalde consultó algunos minutos con el alguacil aparte; y este sagaz y viejo zorro le dijo:

«Prometedlo todo hasta que tengais el tesoro en vuestras manos: entonces no dais parte de él, y si el gallego ó su cómplice se atreviesen á murmurar, los amenazais con la hoguera como brujos é infieles.»

El alcalde aprobó el consejo, se acercó al moro y con tono afable le dijo:

«Acabas de referir una historia extraordinaria: será verdadera; pero quiero y debo asegurarme por mí mismo. Esta misma noche repetirás el conjuro en mi presencia. Si en efecto existen esos tesoros, los dividiremos como amigos, y el secreto se quedará entre nosotros. Si me habeis engañado, no esperéis perdon.»

El moro y el aguador aceptaron estas condiciones sin titubear, seguros como estaban que el resultado probaria la verdad de sus palabras.

A media noche salió sin hacer ruido el alcalde, acompañado del alguacil y del barbero, bien armados los tres. Llevaban al moro y al gallego como presos, y se habían provisto del asno del último para traer los tesoros que esperaban encontrar. Llegaron á la torre sin haber sido descubiertos, ataron el burro á una higuera, y bajaron hasta la cuarta cueva.

Sacaron el rollo de pergamino, y encendieron la bujía. El moro leyó la fórmula del conjuro: la tierra tembló como la vez primera, y se abrió, produciendo el ruido de un trueno, descubriendo la estrecha escalera. El alcalde, el alguacil y el barbero tuvieron miedo y no se atrevieron á bajar. El moro y el aguador bajaron á la cueva y encontraron los dos guerreros sentados, inmóviles y silenciosos como ya los habían visto. Cogieron dos grandes jarrones llenos de monedas de oro y alhajas, y el gallego los subió uno tras otro; y aunque era robusto y acostumbrado á cargar, se bamboleaba al peso, y declaró que cargando uno á cada lado de las aguaderas del burro sería lo que el animal podría llevar.

«Contentémonos con esto por ahora, dijo el moro. Tenemos en esos dos jarrones todas las riquezas que podemos llevar sin ser descubiertos, y que son suficientes para hacernos tan opulentos como podemos desearlo.

—¿Habeis dejado algunos tesoros en la cueva? preguntó el alcalde.

—Sí, contestó el moro, y el tesoro mas precioso es un cofre grande guarnecido de franjas de acero, lleno de perlas y piedras preciosas.

—Es preciso subir ese cofre sin remedio, dijo el avaro magistrado.

—Yo no vuelvo á bajar mas, dijo el moro enfadado. Un hombre juicioso debe contentarse con tener bastante; tener de mas es cosa superflua ó dañosa.

—Y yo, dijo el aguador, no añadiré un grano mas á la carga de mi burro.»

El alcalde, viendo que sus órdenes, sus amenazas, sus súplicas eran igualmente infructuosas, se volvió á sus dos acompañantes y les dijo:

«Ayudadme á subir ese cofre, y partiremos entre los tres su contenido.»

Hablando así, bajaba los escalones, y el alguacil y el barbero le acompañaban, aunque con gran repugnancia.

No bien los vió el moro abajo, apagó la bujía encantada. La tierra se cerró con el mismo ruido y las mismas sacudidas, y los tres dignos personajes quedaron enterrados en su seno.

Entonces el musulman se dió prisa á subir las diferentes escaleras, y se detuvo cuando se halló al aire libre; el aguador le seguía.

«¿Qué has hecho, amigo? le dijo cuando hubo descansado. El alcalde y los otros se han quedado encerrados en la cueva.

—Así lo ha dispuesto Alá, contestó devotamente el moro.

—¿Y no tratarás de libertarlos?

—Alá me preserve, replicó el moro pasándose la mano por la barba. Está escrito en el libro del destino que estarán encantados hasta que algun aventurero futuro venga á librarlos deshaciendo su encanto. ¡Hágase la voluntad de Alá!»

Diciendo estas palabras, arrojó la bujía en lo mas espeso de los matorrales.

El mal no tenia remedio y el aguador no pensó mas que en volverse con el moro llevando su burro y su preciosa carga. El bueno de Peregil no pudo dejar por todo el camino de acariciar á su antiguo amigo, que se escapaba contra lo que habia esperado de las garras de la justicia. Dificil seria saber qué le causaba mas alegría, si el tesoro ó el berrico hallado.

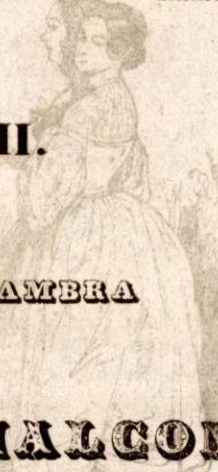
Los dos asociados repartieron su botín amistosa y lo mas equitativamente, excepto que el moro, á quien su profesion le daba el gusto de las alhajas, procuró poner en su parte las perlas, diamantes y piedras preciosas, dando por ellas al aguador adornos de oro macizo cinco ó seis veces mas grandes, y con los que este se contentaba mucho. Sin embargo, cuidaron de ponerse ellos y sus fortunas al abrigo de cualquier accidente, y marchar á pais extranjero. El moro volvió á África, á su ciudad natal,



CAPITULO XXII.

LA ROSA DE LA ALHAMBRA

EL PAGE Y EL HALCON.



DESPUES de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, esta ciudad deliciosa fue por algun tiempo su residencia favorita; pero los terremotos sucesivos que destruyeron varias casas y conmovieron las viejas torres árabes hasta los cimientos la hicieron abandonar.

Muchos años se pasaron sin que Granada tuviese el honor de tener un huésped real. Los palacios de la nobleza estaban cerrados y silenciosos, y la Alhambra, lo mismo que una belleza que va pasando, estaba triste y desierta en medio de sus jardines solitarios. La Torre de las Infantas, antigua residencia de las tres bellas princesas moras, participaba del abandono general: las arañas cubrian las paredes con sus telas, los murciélagos se anidaban en los artesonados dorados de aquellos salones que habian sido hermoseados con la presencia de Zaida, Zoraida y Zulima. Con todo, esta torre habia sido abandonada por motivos diferentes y anteriores á aquellos que impedían habitar el resto del edificio. Algunas ideas supersticiosas se habian esparcido por la vecindad. Se de-

cia que el alma de la jóven Zulima, que habia perecido en la torre, se aparecia alguna vez á la luz de la Luna sentada al lado de la fuente, ó gimiendo entre las almenas y que algunos al pasar cerca del arroyo habian oido á media noche los sonidos de su laud de plata.

Por fin la ciudad de Granada recibió todavía soberanos en sus muros. Todos saben que Felipe V fue el primer príncipe de la casa de Borbon que reinó en la Península, y que se casó de segundas nupcias con la hermosa Isabel de Parma: todos saben tambien por qué reunion de circunstancias un rey francés y una reina italiana ocuparon el trono de España. Se compuso y adornó la Alhambra con toda la posible diligencia para recibir estos soberanos ilustres. La llegada de la corte cambió totalmente el aspecto de aquel palacio por tanto tiempo solitario. El sonido de las trompetas y tambores, el ruido de los caballos en los patios y avenidas, las armas y banderas que se ven brillar en las almenas, recordaban el antiguo esplendor guerrero de la fortaleza. Una magnificencia de un género mas amable reinaba

en el interior de las habitaciones reales. Se oía en las vastas antecámaras el ruido de la seda de los vestidos, el paso ligero y circunspeto, el acento delicado y modulado de las damas y los cortesanos. Gran número de pa-



ges y camaristas paseaba por los jardines, y los sonidos de la música italiana salían por todas las ventanas.

Entre los que formaban el séquito de los soberanos, se distinguía un joven caballero, llamado Ruiz Alarcon. Con decir que era uno de los pages favoritos de la reina, está hecho el elogio de sus prendas personales, porque la orgullosa Isabel no admitía en su servicio mas que aquellos que eran notables por las gracias, la belleza ó la elegancia en los modales. Este page tenia diez y ocho años, y su tallo esbelto recordaba las formas del joven Antinóo. Cuando se hallaba en presencia de la reina, era reservado y juicioso; pero en el fondo era un calavera, mimado por todas las damas, y su conocimiento del corazon femenino era superior á su edad.

Una mañana corria este page los bosques del Generalife, que dominan la Alhambra: para divertirse en su paseo habia cogido un halcon favorito de la reina, y viendo un pájaro posado en un árbol, soltó su halcon. El pájaro se elevó en los aires, se arrojó sobre su presa; pero se le escapó, y continuó su vuelo por encima de los bosquecillos, sin

cuidarse del page que lo llamaba. Este último siguió con la vista al fugitivo en su vuelo caprichoso, y le vió bajar sobre las almenas de una torre exterior de la Alhambra, construida á la orilla de un riachuelo que separaba esta fortaleza del territorio del Generalife. Era la Torre de las Infantas.

El page bajó al arroyo y se acercó á la torre; pero no tenia entrada por aquella parte, y su altura prodigiosa hacia imposible su escalo: buscando, pues, una puerta, hizo un largo rodeo para llegar al lado de la torre que corresponde al interior de las murallas.

Delante de la torre habia un jardinito cercado de una empalizada cubierta de mirto: abrió la reja, y pasando por medio de los cuadros de rosales, se acercó á la puerta: estaba cerrada. Sin embargo, un agujero que habia en la pared le facilitó ver el interior. Vió una salita de arquitectura árabe, cuyas paredes estaban adornadas de esculturas y arabescos, y que en medio de las columnas esbeltas que habia en ella corria una fuente rodeada de rosales. En el centro de la sala habia una jaula suspendida que encerraba un pájaro; debajo de la jaula dormia un hermoso gato sobre un sillón, próximo á una mesa, en la que habia objetos pertenecientes á labores femeninas; cerca de la fuente habia un laud adornado de cintas.

Ruiz de Alarcon quedó altamente sorprendido al ver en una torre que creía deshabitada estos vestigios de elegancia femenina. Se acordó de los cuentos que circulaban sobre la Alhambra, y pensó que el gato dormido podria ser una princesa.

Llamó quedito á la puerta: un rostro hermoso como el de un ángel se asomó á una ventanita superior; pero inmediatamente se retiró. Aguardó esperando siempre que abrierian la puerta; pero aguardó en vano. No se escuchaba el mas leve ruido en las habitaciones; todo estaba silencioso: ¿sus ojos le habian engañado? ¿ó bien esta hermosa aparicion era una hada que habitaba la torre? Llamó de nuevo y con mas fuerza. Un instante despues volvió á aparecer el hermoso rostro: era una joven de quince años mas fresca que la rosa.

El page se quitó inmediatamente su sombrero con plumas, saludando con gracia, y pidió en los términos mas políticos se le permitiese subir á la torre para buscar su halcon estraviado.

«No me atrevo, señor, contestó la jóven ruborizándose: mi tía me lo ha prohibido.

—Os lo pido encarecidamente, hermosa jóven: ese pájaro es el favorito de la reina; no puedo volver al palacio si no me lo llevo.

—¿Sois, pues, un caballero de la corte?

—Sí, hermosa niña: perdería el favor de la reina y mi destino si no volviese con el halcon.

—¡Santa María! Justamente á los malos caballeros de esa corte es á quienes mi tía me ha encargado especialmente que cierre la puerta.

—Está muy bien hecho el cerrarla á los malos caballeros sin duda; pero yo no soy de esos: soy solo un pobre page, muy inocente, que se verá perdido, arruinado, si le negais lo que pide.»

El corazon de la jóven se conmovió de la aliccion del page: lástima era por cierto que causase su ruina por una falta tan ligera de complacencia. Además podía no ser del número de aquellos seres peligrosos que su tía le habia pintado como especie de caníbales, dispuestos á devorar las jóvenes imprudentes: ¡este era amable, modesto; tenia un aire tan cortés, tan respetuoso, con su sombrero en la mano! ¡su rostro era tan hermoso!

El astuto page conoció que la guarnicion pensaba capitular, y redobló sus ruegos en términos tan urgentes, que era superior á las fuerzas de una muger el resistirse. Así, pues, la jóven guarda de la torre bajó y abrió la puerta con mano trémula.

Si el page se habia admirado á la simple vista de las hermosas facciones de la jóven, se quedó estático cuando todas estas bellezas se ofrecieron á su vista.

Su corpiño andaluz y su elegante basquiña dibujaban sus delicados contornos con una proporción perfecta, manifestando no habian aun llegado á su total desarrollo. Sus negros y brillantes cabellos estaban divididos sobre su frente con escrupulosa exac-

titud. Una fresca rosa, segun la costumbre del pais, era todo el adorno de su peinado. El ardor del sol en aquel clima abrasador habia tostado ligeramente su tez; pero esto hacia resaltar mas el vivo sonrosado de sus mejillas y el brillo de sus hermosos y apacibles ojos.

Ruiz de Alarcon reparó en todo esto con una mirada, porque no habia que perder tiempo. Pronunció algunas palabras de agradecimiento, y subió corriendo la escalera de la torre, recogió el halcon, y volvió á bajar con él en el puño.

En esto la jóven se habia sentado al lado de la fuente, y procuraba devanar una madeja de seda; pero con su turbacion dejó caer el ovillo. El page le levantó al punto, y doblando una rodilla con galanteria, lo presentó á la jóven: al alargar esta la mano para tomarle, imprimió en aquella hermosa



mano un beso mas ardiente que ninguno de los que habia impreso en la real mano de su soberana.

«¡Ave María, señor! exclamó la jóven ruborizándose de sorpresa y confusion, porque nunca habia recibido una galanteria semejante.»

El modesto page pidió mil perdones, y le aseguró que era la costumbre de la corte para explicar asi el mas profundo respeto.

La cólera de la jóven, si es que la habia tenido, se tranquilizó luego; pero siguió con su turbacion y agitada, y con los ojos bajos, ruborizándose cada vez mas y enredando la madeja que queria devanar.

El page conoció la confusion que reinaba en el campo enemigo: de buena gana se hubiera aprovechado; pero cuantas palabras iba á pronunciar espiraban en sus labios.

Sorprendido estaba al verse intimidado ante una inocente jóven de quince años, despues de haber figurado con tanta gracia y descoco en las tertulias de las damas mas experimentadas de la corte.

«La inocente jóven tenia en efecto en su pudor y en su inocencia defensores mas seguros que las puertas y cerrojos de su tia. Pero ¿qué corazon femenino resiste á las primeras emociones del amor? La inocente niña, con toda su inocencia, comprendió lo que los trémulos labios del page querian en vano explicar; y su pecho palpité cuando vió por primera vez un amante á sus pies.

«Sin embargo, la timidez del page, aunque sincera, fue de corta duracion; y ya iba recobrando su confianza y serenidad acostumbradas, cuando se oyó una voz agria.

«¡Mi tia vuelve de misa! exclamó la jóven asustada. ¡Por Dios, señor, idos!

«—No me voy si antes no me concedéis como una memoria vuestra esa rosa que adorna vuestros cabellos.»

Se apresuró á sacar la flor de entre sus negras trenzas, y dijo avergonzándose:

«Tomadla; pero marchaos, os lo suplico.»

El page tomó la rosa, la llenó de besos, como igualmente la hermosa mano que la daba, se puso el sombrero, y llevando en el puño el halcon, salvó en dos ó tres saltos el jardinito, llevándose consigo el corazon de Jacinta.

«Cuando entró la buena de la tia en la torre, notó en la agitacion de su sobrina el desorden que reinaba en la habitacion: una palabra fue suficiente para explicarla todo: un halcon habia perseguido á su presa hasta la sala.

«¡Dios nos ayude! un halcon volar hasta el interior de la torre. ¡Vióse nunca atrevimiento semejante! ¡Pues que el pájaro en la jaula no estará ya seguro!»

«La vigilante Fredegunda era una dueña anciana y experimentada. El terror y la desconfianza que le habia siempre inspirado lo que llamaba el sexo enemigo, se habian aumentado gradualmente por un largo celibato. Esto no nacia de que hubiese sufrido con

los artificios de los hombres: la naturaleza la habia provisto de una defensa suficiente con la fealdad de su rostro; pero es sabido que las mugeres que menos tienen que temer estan mas dispuestas á velar sobre las vecinas, que estan mas espuestas á la seduccion.

«Su sobrina era hija huérfana de un militar, se habia criado en un convento, y hacia poco habia venido á estar bajo la tutela de su tia. Semejante á una rosa que florece oculta en un matorral, vejetaba en el asilo solitario donde la guardaban los vigilantes cuidados de su tia: no hemos empleado esta comparacion por ornato, porque la temprana belleza de esta jóven habia llamado la atencion aun en su soledad, y todos los vecinos de aquellas cercanías, con el talento poético particular de los andaluces, la habian apellidado *la Rosa de la Alhambra*.

«La tia redobló su vigilancia mientras estuvo la corte para librar á su sobrina de las uñas de los halcones, título que regalaba á todos los cortesanos, á causa de la prevencion que la animaba contra ellos, y quien ademas estaba íntimamente convencida de que con gran dificultad podria hallarse entre ellos otra cosa que seducciones para pervertir á las jóvenes, y se felicitaba del buen resultado de sus medidas. Por las noches solian oirse canciones acompañadas con la guitarra en los bosquecillos que circundan la torre, y esto causaba alguna inquietud á la buena tia; pero en estas ocasiones aconsejaba á su pupila que no diese oidos á estas músicas pérfidas, asegurándola que éste era uno de los medios empleados por el sexo enemigo para engañar y perder á las jóvenes imprudentes; pero ¿qué puede hacer un sermón frio contra una serenata dada á la luz de la luna?

«Por fin Felipe V, abreviando la jornada que debia pasar en Granada, partió con todo su séquito. La vigilante Fredegunda fue á ver salir la brillante comitiva por la puerta de la Justicia. Asi que perdió de vista el último estandarte, se volvió triunfante á la torre, satisfecha de verse libre en adelante de la vigilancia continua á que se habia visto con-

denada por la presencia de la corte. Sorprendida quedó al ver un hermoso caballo árabe atado á la puerta del jardín. Vió horrorizada por entre los rosales á un jóven ri-



camente vestido arrodillado á los pies de su sobrina. Al ruido que hizo se levantó este, pronunció un tierno á Dios, salvó ligeramente la distancia, saltó en su caballo, y se perdió de vista en un instante.

La sensible Jacinta, en su mortal aflicción, olvidó todo temor de desagradar á su tia, y echándola al cuello sus brazos prorumpió á llorar.

«¡Desgraciada de mí! decia sollozando, se ha marchado; no le veré mas.

—¡Se ha marchado! Pero ¿de quién hablas? ¿Quién es ese jóven que he visto á tus pies?

—Un page de la reina, querida tia, que ha venido á despedirse de mí.

—¡Un page de la reina, hija mia! dijo la vigilante Fredegunda con voz alterada. ¿Y cuándo y cómo has conocido á ese page?

—El dia que el halcon vino á la torre; era el alcon de la reina, y el page vino en su busca.

—¡Ah hija imprudente! sabe que los halcones mas peligrosos son estos pages libertinos, y precisamente hacen su presa en pájaros inocentes como tú.»

La tia al principio se irritó al saber que á

despecho de la vigilancia que tanto habia encomiado, los jóvenes amantes habian seguido una tierna correspondencia á su misma vista; pero cuando conoció que la sencilla jóven, aunque espuesta, sin rejas ni cerrojos para protegerla á todos los artificios del sexo enemigo, habia salido pura de esta lucha terrible, se consoló creyendo que esta dicha era debida á las máximas prudentes y virtuosas que la habia inculcado.

Mientras que la tia hacia estas reflexiones como calmante á su orgullo ofendido, la sobrina recordaba para grabarlos en su corazon los juramentos y protestas de fidelidad tantas veces repetidos por el page. Pero ¿qué es el amor de un hombre errante? Un arroyo vagamundo que acaricia las flores de sus orillas, pasa y las deja bañadas de lágrimas.....

Los dias, las semanas, los meses, se pasaban sin que se recibiesen noticias del page. Las granadas maduraron, la vid dió su fruto, las lluvias de otoño bajaron convertidas en torrentes de los montes, la Sierra Nevada se cubrió con su capa blanca, y los vientos helados del invierno zumbaron en las desiertas salas de la Alhambra; no vino. La hermosa primavera volvió con sus cantos, con sus flores y su atmósfera embalsamada; las nieves se derritieron, y desaparecieron gradualmente, excepto en la cima de la sierra: no se volvió á oír hablar del page inconstante.

Entre tanto la infeliz Jacinta iba cada dia quedándose mas pálida y melancólica. Sus antiguas faenas, sus distracciones la fastidiaban; sus madejas de seda estaban embrolladas, su guitarra destemplada, abandonadas sus flores; ya no escuchaba los gorgoros de su pajarito; y sus ojos, antes tan brillantes y serenos, estaban cubiertos de lágrimas. Si hay algun retiro solitario propio para alimentar los tiernos pesares de una hermosa abandonada, es sin disputa la Alhambra, donde cada objeto parece hecho para inspirar amorosas ilusiones. Para dos amantes es un paraíso; pero ¡cuán triste es para una bella sola, y no solamente sola, pero abandonada!

«Desgraciada hija mia, decia la prudente, la inmaculada Fredegunda cuando veia á su sobrina en uno de sus accesos de tristeza: ¿no te habia advertido que te guardases de las astucias de esos hombres malos? Ademas ¿qué podias esperar de una familia orgullosa y ambiciosa, tú, pobre huérfana, descendiente de una casa pobre y abatida? Ten por seguro que aun cuando tu amante hubiese sido fiel, su padre, uno de los nobles mas orgullosos de la corte, se hubiera siempre opuesto á su enlace con una jóven oscura y sin fortuna como tú. Resígnate á tu suerte, y aparta de tu imaginacion semejante idea.»

Los consejos de la inmaculada Fredegunda no servian mas que para irritar los pesares de su sobrina; pero procuró ocultarlos á su tia. Una noche calurosa de estío se habia quedado hasta muy tarde, despues de retirarse su tia, en la sala de las fuentes, y sentada cerca de ella traia á la memoria sus amores: allí el page inconstante arrodillado á sus pies habia besado por primera vez su mano: allí le habia jurado repetidas veces serle fiel. El corazon de la pobre niña se hallaba oprimido de tristes y tiernos recuerdos, sus lágrimas corrian abundantemente y aumentaban el raudal de la fuente: de pronto el agua cristalina se agitó por grados, y empezó á hervir; á pocos instantes se elevó de entre sus ondas una hermosa figura de muger, vestida ricamente á lo moro.

Jacinta se sorprendió y atemorizó tanto, que salió de la sala y no se atrevió á volver á entrar. Al dia siguiente refirió á su tia lo que habia visto; pero la buena señora le dijo que eran visiones de su calenturienta imaginacion, ó tal vez que se habria quedado dormida al lado de la fuente y habria soñado.

«Te habrás acordado de la historia de las tres princesas moras que han habitado esta torre, y su recuerdo se ha confundido en tus sueños.

—¿Qué historia, tia mia? Jamás he oído hablar de ella.

—Por fuerza habrás oído hablar de las tres princesas Zaida, Zoraida y Zulima que el rey su padre tenia encerradas en esta torre y que consintieron en huir con tres caballeros

cristianos. Las dos mayores ejecutaron su proyecto; pero la tercera no tuvo valor para efectuarlo, y dicen que murió en esta torre.

—Ahora me acuerdo de todo eso, dijo Jacinta. Me acuerdo haber llorado muchas veces pensando en la suerte de la amable Zulima.

—Y no sin motivo llorabas, porque su amante fue uno de tus abuelos. Por mucho tiempo estuvo inconsolable de la pérdida de su princesa mora; pero el tiempo mitigó su dolor, y se casó con una dama española, de cuya union descendes.»

Jacinta reflexionó profundamente en estas palabras:

«Estoy segura, se decia á sí misma, que lo que he visto no es una vision de mi imaginacion. Si en efecto es el alma de Zoraida la que he visto vagar en la torre, ¿qué puedo temer de ella? Esta noche velaré al lado de la fuente; tal vez repita su visita.»

A la media noche, cuando todo estuvo tranquilo, vino á sentarse en la sala. A la primera campanada del reloj de la Alhambra la fuente se agitó como la víspera, empezó á hervir, y de sus ondas salió la dama mora. Era jóven y hermosa, sus vestidos brillaban con el oro y pedrería de que estaban cubiertos, y llevaba en su mano un laud de plata. Jacinta temblaba, y estaba próxima á desmayarse; pero la tranquilizó la voz dulce, al par que doliente, de la fantasma, y la espresion cariñosa de su rostro pálido y melancólico.

«Hija de los hombres, dijo, ¿qué causa produce tu afliccion? ¿Por qué turbas mi fuente con tus lágrimas? ¿Por qué interrumpes el silencio de la noche con tus suspiros y quejas?

—Lloro la perfidia de los hombres; me quejo de mi soledad y abandono.

—Ten ánimo; tus penas pueden concluir. En mí ves una princesa mora, que lo mismo que tú fue desgraciada en sus amores. Un caballero cristiano antepasado tuyo conquistó mi corazon, y debia llevarme á su patria y al seno de la iglesia cuya fe profesaba. Yo me habia convertido de corazon á esta fe; pero en el momento de huir no tu-

ve valor, estuve algun tiempo indecisa. Para castigarme de esta culpa, Dios ha permitido á los espíritus malos ejerzan su poder sobre mí; y estoy encantada en esta torre y lo estaré hasta el momento en que una mano cristiana quiera romper el encanto. ¿Quieres acometer esta empresa?

—Si quiero, contestó la jóven trémula.

—Ven, pues, y nada temas. Mete la mano en la fuente, echa agua sobre mi cabeza y pronuncia las palabras del bautismo cristiano: así se destruirá el encanto, y mi alma en pena encontrará descanso.»

La jóven se adelantó con paso trémulo; metió su mano en la fuente, sacó en su hueco agua y la echó sobre el pálido rostro de la fantasma.

Esta se sonrió con inefable benignidad, dejó caer su laud á los pies de Jacinta, cruzó sus blancas manos sobre su pecho, y se desvaneció en el aire como la lluvia formada por el caño de la fuente.

Jacinta salió de la sala llena de terror y espanto. No pudo dormir en toda la noche, y cuando al amanecer se despertó, despues de un sueño corto y agitado, creyó que aquella escena singular era un sueño que habia tenido. Al entrar en la sala vió la prueba de la verdad de aquella aventura en el laud de plata que brillaba á los rayos del sol naciente.

Corrió á ver á su tia y la contó lo que le habia sucedido. Como esta dudase, la obligó á que fuese á ver el laud como testimonio de la verdad de su historia. Si la buena señora conservaba aun alguna duda, se disipó cuando Jacinta tocó este instrumento, porque sacó sonidos tan dulces y armoniosos, que el corazon de la inmaculada Fredegunda, region perpetua de un invierno glacial, sintió una tierna conmocion. Solo una melodía sobrenatural podia producir tal efecto.

El poder extraordinario del laud se hizo cada dia mas evidente. Cualquiera que pasase cerca de la torre quedaba detenido como por un encanto, y estaba inmóvil en dulce éxtasis, sin atreverse apenas á respirar. Los pájaros de los jardines circunveci-

nos paraban sus gorgoros para escuchar aquella deliciosa melodía.

Pronto cundió la fama de aquel suceso. Los habitantes de Granada iban en gran número á la Alhambra para escuchar algunas notas de la música divina que se oia en las cercanías de la Torre de las Infantas.

Al fin la amable música salió de su retiro. Los ricos, los poderosos de la tierra trataban á porfia de festejarla y recibirla del modo mas honorífico, ó por mejor decir, disputaban entre sí quién poseeria los encantos del laud para atraer á su casa el emjambre de desocupados que eran de moda. La vigilante tia la acompañaba á todas partes, velando como un dragon á su lado, y teniendo á raya á los numerosos y apasionados admiradores que su melodía y belleza volvia locos. La fama de su armonía voló de ciudad en ciudad. Málaga, Sevilla, Córdoba espermentaron á su vez la fuerza de este encanto: en toda Andalucía no se hablaba mas que de la hermosa música de la Alhambra. No es extraordinario produjese un efecto semejante en un pueblo tan sensible á la música y tan galante, cuando era tan hermosa y tañia un instrumento dotado de un poder mágico.

Mientras dominaba este furor musical en Andalucía, reinaban en la corte tristes mañías. Sabido es que Felipe V fue un desgraciado hipocondriaco, sujeto á las mayores



rarezas. Ya se quedaba en la cama semanas enteras quejándose de males imaginarios:

ya queria absolutamente abdicar con gran disgusto de la reina, que no podia soportar la idea de descender del trono, y que sabia tener el cetro de su imbécil esposo con mano hábil y firme.

Para disipar los accesos de la hipocondría del rey, no se encontraba remedio mas eficaz que la música: por eso cuidaba la reina de tener en su corte los primeros talentos de este arte, y el célebre cantante Farinelli podia llamarse el primer médico de su magestad.

En la época de que hablamos, una manía mas extravagante que las demas se habia apoderado de la imaginacion del infeliz rey. Despues de un largo retiro por una enfermedad imaginaria, contra la cual se habian estrellado todos los esfuerzos músicos de Farinelli y los conciertos de la escogida orquesta de la corte, el monarca se figuró un dia que daba el último suspiro, y desde aquel momento se consideró como realmente muerto.

Esta manía hubiese sido muy inocente, y aun muy cómoda para la reina y los cortesanos, si el imaginario difunto hubiese querido permanecer en el reposo que conviene á un muerto; pero con gran sentimiento de todos, el rey insistia en que se celebrasen las ceremonias fúnebres convenientes en aquel caso: se enfadaba mucho de ver que no le enterraban, y reconvino vivamente á sus cortesanos por esta culpable é irreverente negligencia para con él. Embarazosa era la posicion. Desobedecer las órdenes formales del soberano era una cosa monstruosa, inaudita en aquella corte obsequiosa y ceremoniosa; por otra parte, obedecerle enterrándole vivo era un verdadero regicidio.

Estando afligidos con este suceso, oyó casualmente la reina hablar del menestral femenino que encantaba á los andaluces con su melodía, y se apresuró á mandarla venir á San Ildefonso, donde á la sazón se hallaba la corte.

Pocos dias despues, en el momento que su magestad se paseaba con sus damas en sus magníficos jardines, donde se habia procurado rivalizar con las bellezas magestuo-

sas de Versalles, la célebre tocadora de laud le fue presentada. Isabel contempló algunos instantes la juventud, el aire sencillo y modesto de aquella criatura, con la que todos enloquecian. Vestia el traje pintoresco de su provincia, y llevaba en la mano su laud: de pie delante de la reina, estaba con los ojos bajos; pero la frescura de sus colores y su sencilla hermosura mostraban era la Rosa de la Alhambra.

Su tia, la vigilante Fredegunda, la acompañaba, y refirió su genealogía á la reina, que deseó saber todo lo que concernia á la interesante jóven. Si el solo aspecto de Jacinta habia prevenido en su favor á la orgullosa Isabel, la benevolencia de esta princesa se aumentó cuando supo que descendia de una familia noble, pero pobre, y que su padre habia muerto combatiendo lealmente por su rey.

«Si el poder de tu música iguala á lo que cuentan, dijo la reina, si consigues desterrar el humor sombrío que se ha apoderado de tu soberano, me encargo de tu fortuna, te colmaré de riquezas y honores.»

Impaciente por hacer la prueba, la reina llevó inmediatamente á la jóven á la cámara del maniático monarca.

Jacinta la siguió con los ojos bajos por entre los guardias, cortesanos y damas. Llegaron á un cuarto entapizado de negro. Las ventanas estaban herméticamente cerradas para que no penetrara la luz del dia: infinidad de velas de cera amarilla, encendidas y colocadas en candelabros de plata, esparcian una claridad hígubre que permitia distinguir vagamente las figuras mudas é inmóviles de los asistentes al duelo, y á los cortesanos que andaban por la sala á pasos mesurados, y que procuraban arreglar sus rostros con el color de sus vestidos. Sobre un catafalco, en un féretro descubierto, yacia el muerto voluntario, las manos cruzadas sobre el pecho, y enseñando solo la punta de las narices.

La reina se adelantó en silencio, indicó á Jacinta un taburete en un rincón oscuro, y la hizo señas que se sentase y empezase.

Al principio tocó el laud con mano trémula; pero tranquilizándose gradualmente,

hizo oír sonidos de una melodía tan dulce, que todos los que los oían no podían creer procediesen de una simple mortal. El monarca, que ya se creía en el mundo de los espíritus, creyó era una música celestial. Varió sus temas, y uniendo al fin su voz al instrumento, cantó uno de los antiguos romances que pintan la gloria de la Alhambra y las hazañas de los árabes. Su alma entera se comunicó á su canto, porque los recuerdos de la Alhambra la traían á la memoria sus amores, sus desgracias. La estancia funeraria resonó con sus acentos vivificantes, penetraron hasta el entristecido corazón de Felipe: levantó la cabeza, miró en torno suyo; se sentó, sus ojos se reanimaron, y de pronto saltando del lecho mortuario, pidió su espada y broquel.

El triunfo de la música, ó mas bien el del laud encantado, era completo. El diablo de la melancolía huyó, y se vió, por decirlo así, resucitar un muerto. Se abrieron las ventanas; el brillante esplendor del sol español disipó las tinieblas de la sala mortuoria; todas las miradas buscaban á la amable encantadora: el laud se habia caído de sus manos, y ella misma hubiera caído desmayada á los pies de la reina si no la hubiese recibido en sus brazos y estrechado en su seno Ruiz de Alarcón.

La boda de esta dichosa pareja se celebró con gran magnificencia.

Pero detengámonos un instante: mis lectores me preguntarán cómo justificó Ruiz de Alarcón su largo olvido. La oposicion de un

padre anciano, avaro y fanático en su nobleza, habia causado todo el mal: ademas los jóvenes que se aman sinceramente no estan mucho tiempo renidos, y la alegría de volverse á ver les hace olvidar pronto sus mutuas faltas.

¿Pero cómo su anciano padre, avaro y fanático en su nobleza, pudo consentir en su union?

Sus escrúpulos fueron fácilmente disipados con dos ó tres palabras de la reina, sobre todo cuando vió los favores de que colmaba á su hermosa favorita. Por otra parte, sabido es que el laud de Jacinta tenia un poder mágico, capaz de triunfar del corazón mas duro y del carácter mas obstinado.

¿Y qué se hizo del laud encantado?

¡Oh! eso es lo mas curioso de la historia y lo que prueba evidentemente su realidad. Este laud lo poseyó la familia de Alarcón; pero segun se asegura, Farinelli le robó por celos de artista. A la muerte de este cantante, cayó en poder de personas que ignorando su poder fundieron la plata, y emplearon sus cuerdas en encordar un violin viejo de Cremona. Estas cuerdas conservaron una parte de la virtud del instrumento, y la comunicaron á aquel en donde fueron puestas.

Dos palabras al oído, amigo lector; pero que se quede entre los dos. Este violin encanta aun á todo el mundo: ¡es el violin de Paganini! que por muerte de este ha pasado á manos de su discípulo Robbio.





CAPITULO XXIII.

EL VETERANO.

ENTRE las amistades originales que hice en mis escursiones en el recinto de la fortaleza, fue una de ellas un antiguo y valiente coronel de inválidos, que habitaba, anidado como un halcon, en lo alto de una de las torres árabes. Su historia, que le gusta referir, es un tejido de esas aventuras y desgracias que hacen la vida de la mayor parte de los españoles de marca, tan variada y singular como la de Gil Blas.

Pasó á América á la edad de catorce años, y cuenta, entre los acontecimientos mas notables y felices de su vida, sus entrevistas con el general Washington. Desde aquella época ha tomado parte en todas las guerras de su patria: puede dar una noticia exacta de todas las cárceles y calabozos de la Península; ha perdido una pierna, y está es-



tropeado de todos sus dedos: en fin, se le puede mirar como un monumento vivo de las turbulencias de la España, pues que lleva sobre su persona las cicatrices de todas sus batallas y de todas sus revueltas, del mismo modo que estaba señalado por una cuchillada cada año el árbol de Robinson. La desgracia de este digno caballero es de haber mandado en Málaga en un tiempo de peligros y confusion, y haber sido nombrado general por los habitantes para protegerlos contra la invasion francesa. Esta circunstancia le ha dado tan justos derechos á reclamar la atencion y la justicia del gobierno, que me temo termine sus dias en la triste ocupacion de escribir ó hacer imprimir sus memorias. Para componerlas y darlas á luz, fatiga su cabeza, agota su bolsa y atormenta á sus amigos, que no pueden visitarle sin oír leer algunos de estos mortales documentos, de los cuales siempre tiene en el bolsillo una docena. Como este personaje hay una infinidad en España, y apenas se puede dar un paso sin encontrar algun mérito olvidado, maldiciendo en un rincon injusticias, reales ó imaginarias. Cuando un español tiene un pleito ó alguna reclamacion sobre perjuicios que cree le ha irrogado el gobierno, puede considerarse como empleado para el resto de sus dias.

Iba á menudo á visitarle á su habitacion, en la *Torre del Vino*. Su cuartito, arreglado con disciplina militar, dominaba sobre la vega: tres carabinas y un par de pistolas brillantes como el sol estaban colgadas en la pared, con un sable y un baston, y encima

de las armas habia dos sombreros de tres picos, uno para la parada y otro para diario. Una mesita, en la que habia media docena de libros, formaba su biblioteca, entre la cual se hallaba un tomito de máximas filosóficas, en su lectura favorita: todos los días le ojeaba y le meditaba, aplicándose cada máxima, por poco que tuviese alguna ligera idea de amargura é hiciese relacion á las injusticias del mundo.

Tal como le he pintado, tenia buen corazon y muy buena sociedad; y cuando olvidaba sus agravios y filosofía, tenia una conversacion agradable.

Me gustan estos antiguos militares, que han estado espuestos á tantos peligros y

aventuras, que han tenido una vida tan trabajada; la relacion de sus anécdotas de campaña me ha interesado siempre.

En una de las visitas que le hice me contó algunos hechos curiosos relativos á un antiguo comandante del palacio que parece haber tenido con él conexiones singulares de carácter y fortuna. Estos hechos han sido corregidos y aumentados por las noticias que he adquirido, informándome de los inquilinos mas antiguos de la Alhambra, y sobre todo del padre de Mateo Jimenez, cuyo héroe favorito es el personaje que voy á presentar á mis lectores en las siguientes historietas.

LA COMANDANTE Y SU COMANDO





CAPITULO XXIV.

EL GOBERNADOR Y EL SECRETARIO.

HACE muchos años que el gobierno de la Alhambra fue confiado una vez á un anciano caballero, que habiendo perdido un brazo en la guerra, era conocido generalmente con el nombre del *Gobernador manco*. Este veterano se gloriaba de su larga carrera militar: llevaba bigotes que le subian hasta los ojos, botas de montar y una espada toledana tan larga como una pica, y en cuya taza guardaba su pañuelo

Lo que mas le distinguia era su delicadeza sobre los puntos de etiqueta, y su firmeza en conservar sus privilegios y dignidades. Bajo su gobierno las prerogativas de la Alhambra, como sitio real, fueron severamente observadas. Solo á pocas personas y de cierto rango les permitia entrar en la fortaleza con armas de fuego ó con espada; y los que se presentaban á caballo se veian obligados á bajar de él delante de la puerta principal y llevarlo de la brida. Como la colina de la Alhambra se eleva en el centro de la ciudad de Granada, de la cual parece ser una escrescencia, debia ser en todo tiempo un motivo de disgusto para el capitán general que manda en todo aquel reino el tener así á la vista un pequeño puesto

independiente de su autoridad y en medio de su jurisdicción. En la ocasion presente este disgusto se hacia notar de un modo mas desagradable por efecto del carácter rígido y celosa suspicacia del anciano gobernador, que tomaba el cielo con las manos á la menor cuestión de autoridad ó jurisdicción; y el modo de vivir de la gente sin conciencia que se habia poco á poco refugiado en el recinto del fuerte como á un sagrado, daba ocasion muchas veces á semejantes contestaciones.

En este estado de cosas, el capitán general y el gobernador estaban siempre de punta y en hostilidad; pero sobre todo el último, que se reconocia el mas inferior, se encontraba mas irritado y mas obstinado cuando se trataba de defender su dignidad, como el mas débil de dos reyes vecinos es siempre mas exigente sobre el punto de honor. El palacio del capitán general está situado en la Plaza Nueva, cercano á la colina de la Alhambra, y siempre está lleno de tropas, criados, funcionarios públicos, en fin, toda clase de personas atraidas por sus negocios, y por hacer la corte á la primera autoridad del reino. Un bastion de la fortaleza domina la plaza, y el palacio está enfrente de este úl-

timo: sobre este bastion el gobernador acostumbraba pasearse vestido de gran uniforme, ceñida su espada toledana, y acechando á su rival como un halcon desde un árbol seco espía la presa que ansía devorar.

Siempre que iba á la ciudad iba de gran parada, á caballo, rodeado de sus guardias, ó bien en su coche de ceremonia, antiguo y pesado edificio español, de madera esculpida y cuero dorado, tirado por ocho mulas, y al rededor del cual marchaban criados y lacayos, mientras le precedian bñidores. En estas ocasiones el digno gobernador se lisonjeaba escitar en todos aquellos que le contemplaban la admiracion y veneracion que creia eran debidas á un virey. Los burles de la ciudad, sobre todo los que visitaban al capitan general, se reian de esta pompa en miniatura, y haciendo alusion al carácter de los súbditos de este potentado, le llamaban el rey de los pobres.

Uno de los motivos que más disputas ocasionaba entre estos dos rivales era el derecho que reclamaba el gobernador de hacer pasar por la ciudad sin pagar derechos, ni sufrir registro, todas las cosas necesarias para su uso ó el de su guarnicion. Gradualmente este privilegio habia dado lugar á un contrabando escandaloso. Infinidad de contrabandistas habitaban las cabañas de la fortaleza y las cuevas de sus cercanías, y sus negocios prosperaban por medio de connivencia con los soldados de la guarnicion.

Estos abusos llamaron finalmente la atencion del capitan general. Consultó á su consejero legal, á su *fac totum*, un astuto escribano, que se alegraba con toda su alma siempre que podia molestar al viejo potentado de la Alhambra, y envolverlo en algun negocio litigioso.

Aconsejó al capitan general insistiese en el derecho de registrar cuantos géneros entrasen en la ciudad, y redactó una larga carta en la que establecia este derecho.

El Gobernador manco, soldado viejo que no sabia más que marchar adelante, y corar y romper las dificultades, aborrecia á los curiales mas que al demonio, y á este escribano mas que á todos juntos.

«¿Cómo, dijo, rizándose fieramente su bigote, el capitan general me lanza este hombre de pluma para embarazarme y confundirme con sus sutilezas? Pues bien: yo le haré ver que un soldado viejo no se deja llevar por los curiales.»

Tomó la pluma y escribió con mano torpe una carta muy breve, en la cual apoyaba simplemente su derecho de libre tránsito, y amenazaba á cualquier dependiente del resguardo que fuese osado á poner su profana mano sobre géneros protegidos por el pabellon sagrado de la Alhambra. Mientras esta cuestion se agitaba entre las dos autoridades, aconteció que una mula cargada de provisiones para la fortaleza se presentó á la puerta del Genil, por la cual era preciso pasar para atravesar la ciudad, y de alli subir á la colina. Este convoy era escoltado por cierto viejo, cabo de escuadra, gruñon, al par que valiente, que habia servido mucho tiempo á las órdenes del gobernador, y á quien este estimaba mucho por parecersele y ser tan duro, tan inflexible como su hoja de Toledo. Al acercarse á la puerta de la ciudad, el cabo colocó el pabellon de la Alhambra sobre la albarda de la mula, y tomando él mismo una posicion perfectamente perpendicular, marchó adelante con la cabeza erguida, pero mirando á todos lados como un perro que pasa cerca de un enemigo y se prepara á recibirle.

«¿Quién va allá? dijo el centinela.

—Soldado de la Alhambra, contestó el cabo sin volver la cabeza.

—¿Qué llevais ahí?

—Viveres para la guarnicion.

—Adelante.»

El cabo continuó su camino seguido del convoy; mas apenas habia dado algunos pasos, una partida del resguardo se echó sobre él.

«Alto, gritó el gefe: para, arriero, y ábrenos tus fardos.»

El cabo se volvió, se puso en orden de batalla y les dijo:

«Respetad el pabellon de la Alhambra: estos objetos son para el gobernador.

—Nosotros nos burlamos completamente

del gobernador y de su pabellon. Arriero, párate he dicho.

—Entonces detened el convoy á vuestra



cuenta y riesgo, dijo, preparando su fusil: arriero, anda.»

El arriero dió un fuerte latigazo á la mula; el dependiente echó mano á la brida, y el cabo apuntándole disparó y lo dejó muerto.

Al instante se alborotó toda la calle. Prendieron al agresor, y despues de haber sufrido los puntapiés y puñadas que el populacho español administra generalmente como rigores de la ley, fue cargado de cadenas y llevado á la cárcel pública. A sus compañeros se les permitió continuar su camino con el convoy despues de haberle registrado á su sabor.

El anciano gobernador dió un salto hasta el techo cuando supo el insulto hecho á su pabellon y cabo. Por algun tiempo desfegó su rabia paseándose por los salones de la Alhambra, y la evaporó en las almenas lanzando miradas furiosas sobre el palacio del capitán general. Cuando se calmó el primer ímpetu de su cólera, envió un mensajero pidiendo la entrega del cabo, pues como gobernador de aquel sitio le pertenecia de derecho el juzgar á aquellos á quienes mandaba. El capitán general auxiliado del escri-

bano contestó una larga carta en la cual argüia á su favor diciendo que el delito se habia cometido en la ciudad y contra uno de sus oficiales civiles, lo que ponía al delincuente bajo su jurisdiccion. El gobernador respondió repitiendo simplemente su demanda, á la cual le contestó su rival por un alegato mas estenso y mas lleno de frases de derecho. El gobernador se acaloró y fue mas perentorio en sus exigencias, y el otro mas calmoso y prolijo en sus respuestas: al fin el viejo soldado rugia como un leon al verse enredado en las revueltas de este laberinto curial.

El escribano no perdía el tiempo en tanto, y mientras se divertía con el irascible gobernador, seguía con actividad la causa del cabo que estaba en un calabozo con grillos, y que no podía hablar con sus amigos mas que por una ventanilla enrejada.

Se presentaron contra el pobre infinidad de testigos y pruebas, cuyas declaraciones, segun los procedimientos españoles, manejadas por el diestro escribano, terminaron por confundir al pobre infeliz. Fue convencido de asesinato, y sentenciado á morir ahorcado.

En vano protestó desde la Alhambra el gobernador: sus quejas, sus amenazas fueron inútiles. El día fatal se aproximó, y el cabo fue puesto en capilla.

Cuando el anciano gobernador vió las cosas en este estado, se decidió á tomar una parte activa en ellas: para este efecto pidió su coche de ceremonia, y bajó á la ciudad con toda su escolta y servidumbre: paró á la puerta de la casa del escribano, é hizo que le llamasen.

Sus ojos se inflamaron cuando vió acercarse á la portilla al astuto legista, cuya fisonomía descubria el triunfo interior.

«¿Qué es lo que acabo de saber? dijo el gobernador: me han dicho que ibais á ajusticiar á uno de mis soldados.

—Todo se ha hecho con arreglo á la ley y con sujecion á las mas estrictas fórmulas de la justicia, dijo el escribano con aire de suficiencia y frotándose las manos; puedo enseñar á V. E. las declaraciones escritas de

los testigos que han servido de base para la causa.

—Quiero verlas,» dijo el gobernador.

El escribano corrió á su despacho, encantado de tener una ocasion de hacer parada de su talento á costa del obstinado veterano.

Volvió cargado con un enorme legajo de



papeles, y empezó á leer una larga deposicion con la volubilidad ordinaria de los de su oficio. Al mismo tiempo un gran número de espectadores atraídos por la curiosidad se habian reunido en derredor, y escuchaban con la boca abierta.

«Amigo mio, dijo el gobernador al escribano, subid al coche y salid de entre ese gentío que me impide oiros.»

El escribano subió al coche: inmediatamente se cerró la portilla, el cochero sacudió el látigo, y mulas, coche, guardias, todo desapareció como un relámpago, dejando á todos estupefactos y atónitos.

El gobernador no se detuvo hasta que tuvo á su presa en uno de los mas profundos y seguros calabozos de la Alhambra.

Al momento envió un parlamentario proponiendo un cange de prisioneros, el cabo por el escribano. El orgullo del capitán general estaba herido: contestó con una negativa insultante, y mandó construir una horca de una altura prodigiosa en la Plaza Nueva para la ejecucion del cabo.

«¡Oh, oh! dijo el gobernador; lleva adelante el juego; veremos quién pierde.»

Inmediatamente mandó levantar una horca sobre la muralla que da enfrente de la plaza.

«Ahora, le decia en un mensaje al capitán general, cangedad mi soldado cuando gustéis; pero estad seguro que en cuanto le vea colgado en la plaza, veis á vuestro escribano bailar en el aire.»

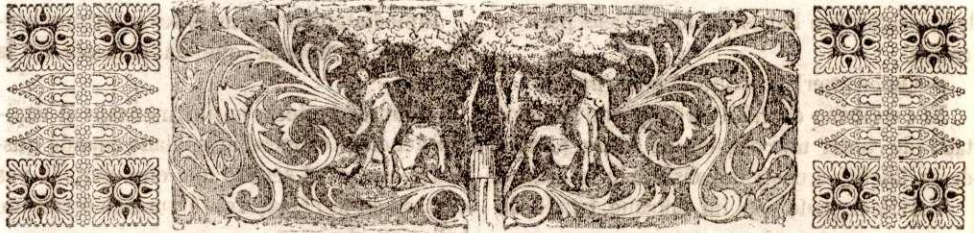
El capitán general fue inflexible. Las tropas se formaron, y el reo empezó á caminar al cadalso. Gran número de espectadores se habian reunido para presenciar la ejecucion. El gobernador en tanto se paseaba de gran uniforme sobre la muralla, y hacia sonar la campana en la torre para anunciar la muerte del escribano.

La esposa de este, atravesando el gentío, rodeada de sus hijos, fue á echarse á los pies del capitán general suplicándole no sacrificase la vida de su marido, el apoyo y amparo de sus numerosos hijos y de ella misma á un punto de orgullo.

«Bien conoceis al anciano Gobernador manco para dudar que cumplirá su amenaza si ahorcais al soldado.»

El capitán general se conmovió de los sollozos y súplicas de la muger é hijos. Envio al cabo á la Alhambra, escoltado de soldados y con su traje de reo, con el que llevaba erguida la cabeza. Se pidió al escribano, segun el convenio propuesto por el gobernador. Le sacaron del calabozo, y el que antes era tan orgulloso y arrogante, apareció mas muerto que vivo; su presuncion vana habia desaparecido: sus cabellos, segun cuentan, habian encanecido, y marchaba con la vista estraviada, la cabeza abatida como si hubiese sentido en su cuello el contacto de la cuerda fatal. El gobernador cruzó el único brazo que tenia, le miró un instante con fiera sonrisa, y le dijo:

«De hoy en adelante moderad vuestro celo por enviar gente á la horca, y no os creais seguro siempre porque tengais de vuestra parte la ley; pero sobre todo no os burleis otra vez de un soldado viejo.»



CAPITULO XXV.

EL GOBERNADOR MANGO Y EL SOLDADO.

En el tiempo que este gobernador de que hemos hablado tenia la Alhambra sobre un pie militar, se cansó un día de las quejas que le dirigian continuamente sobre los habitantes de la fortaleza, que se habia efectivamente convertido en una guarida de vagamundos y contrabandistas, y mandó hacer una batida, no solamente en el fuerte, sino en todas las cuevas adyacentes, y purgó aquellos sitios de gente vagamunda, y cuyo modo de vivir era problemático. Hizo rondar ademas las avenidas



y senderos por patrullas, que tenian orden de arrestar á todas las personas sospechosas.

Una hermosa mañana de verano, una patrulla compuesta del antiguo cabo ya citado en el negocio del escribano, de un trompeta

y dos soldados, descansaban á la sombra á los pies de la muralla del Generalife, en el camino del Monte del Sol: no hacia mucho tiempo que estaban allí, cuando oyeron los pasos de un caballo, y en seguida una voz varonil que entonaba un cántico antiguo de guerra.

No tardaron en ver á un hombre vigoroso, de tez tostada por el sol, y con un uniforme usado de infantería, conduciendo por la brida un soberbio caballo árabe enjaezado á la antigua usanza mora.

Sorprendidos al ver un soldado, á quien no conocian como compañero, bajar de aquel monte solitario con un caballo tan arrogante, se adelantó el cabo y le gritó:

«¿Quién vive?

—Amigo.

—¿Quién sois?

—Un pobre soldado que vuelve del ejército, trayendo por toda recompensa de sus servicios la cabeza rota y la bolsa vacía.»

Diciendo estas palabras se les habia acercado, y pudieron examinar su persona con cuidado: vieron que efectivamente tenia un vendaje en la cabeza, y que su barba, que empezaba á encanecer, junto con un movimiento de ojos bastante picaresco, le daba un aire de fiereza.

Después de haber contestado á las preguntas de la patrulla, el soldado creyó tener derecho de preguntar á su vez:

«¿Me será permitido preguntaros qué ciudad es esa que veo al pié del monte?»

—Buena pregunta, dijo el trompeta: ¿os burlais de nosotros? ¿Un hombre que anda por el Monte del Sol nos pregunta el nombre de la ciudad de Granada?

—¡Granada! ¡Santa Madre de Dios! ¿Es posible?

—Y muy posible, contestó el trompeta: y aquellas torres son las de la Alhambra.

—Hijo de un trompeta, no me burlo, dijo el soldado; pero si en efecto es la Alhambra la que veo, tengo cosas extraordinarias que revelar á su gobernador.

—Por eso no os apureis, dijo el cabo, porque en este momento os vamos á llevar á su presencia.»

Al mismo tiempo el trompeta echó mano á la brida del caballo, los dos soldados le cogieron cada uno por un brazo, y el cabo á la cabeza, dijo:

«De frente, marchen.»

Y se encaminaron á la Alhambra.

La vista del soldado andrajoso, y el hermoso caballo árabe conducido por la patrulla, atrajo la atención de todos los desocupados de la fortaleza y de las comadres que se reúnen al rededor de los pozos y fuentes todos los días. El cabo que iba subiendo del pozo quedó suspendido, y la criada que lo subía se quedó con la boca abierta viendo pasar al cabo con su preso. Numeroso acompañamiento seguía á la patrulla á medida que se adelantaba.

Por todas partes se hacian señas, se miraban, se comunicaban las conjeturas, las suposiciones. Uno decia: «Es un desertor;» otros «un contrabandista, un bandolero.» En fin, hubo quien aseguró que era un capitán de ladrones que habia sido preso por el valiente cabo y su tropa.

«Bueno, bueno, decian las viejas: capitán ó no, que se libre si puede de la garra de nuestro gobernador: no tiene mas que una, pero buena.»

El Gobernador manco en tanto, sentado

en una de las salas interiores de la Alhambra, tomaba su chocolate con su confesor, fraile francisco, de colorados mofletes. Una jóven de ojos negros, modestamente inclinados al suelo, hija de su ama de gobierno, les servia. La maledicencia afirmaba que esta jóven bonita, á pesar de su aire modesto, era una solemne bribona, que habia encontrado el lado débil del corazon de hierro del viejo gobernador, y le manejaba á su antojo; pero esto no pertenece á la historia; los negocios domésticos de estos grandes personajes no deben examinarse muy de cerca.

Cuando se dió parte al gobernador que un hombre sospechoso habia sido arrestado en el momento de rondar la fortaleza, y se encontraba en el patio exterior bajo la custodia del cabo esperando las órdenes de S. E., el corazon de este digno hombre se llenó de gozo y orgullo. Devolvió su jícara á la modesta jóven, pidió su espada de cazoleta y se la ciñó, se arregló los bigotes, se sentó en un sillón de respaldo, tomó un aire formidable, y mandó que compareciese el prisionero. El soldado compareció cogido y acompañado



del cabo. Conservaba siempre cierto aire de resolucion y firmeza, y correspondió á la mirada penetrante y escudriñadora del gobernador con un rostro burlon, que no agradó mucho al viejo y cosquilloso gefe.

«Acusado, le dijo después de haberle considerado un momento en silencio: ¿qué tenéis que decir en defensa vuestra? ¿quién sois?»

—Un soldado que vuelve de la guerra y no trae de ella mas que heridas y contusiones.

— ¡Un soldado!... ya... ¿y según vuestro uniforme pareceis de infantería? Pero me han dicho que teneis un hermoso caballo árabe. ¿Sin duda le traeis del ejército, además de vuestras heridas y contusiones?

— Con permiso de V. E. tengo que decir cosas extraordinarias con respecto á ese caballo, cosas maravillosas, y que además interesan á la seguridad de la fortaleza, de la ciudad de Granada y aun del reino. Pero solo puedo confiarlas á V. E. en persona, ó en presencia de aquellos de su mayor confianza. »

El gobernador reflexionó un rato; después mandó al cabo y á los soldados se retirasen á la parte exterior de la puerta, prontos á entrar á la menor señal.

«Este reverendo fraile, añadió, es mi confesor, no debeis tener dificultad en hablar; y esta jóven, y la designó con la cabeza, esta jóven tiene mucha prudencia y discrecion, y se le pueden confiar los mayores secretos. »

El soldado lanzó una mirada entre burlanca y galante á la jóven, y dijo:

«Consiento en hablar delante de ella. »

Cuando quedaron los cuatro solos, el soldado, con un estilo que parecia superior á su condicion, empezó como sigue:

«Obedeciendo á las órdenes de V. E., le diré que soy, como ya he declarado, un pobre soldado que me he encontrado en algunas famosas batallas; pero habiendo cumplido me licenciaron en Valladolid, y de allí marché á pie para venir á mi pueblo, que está en Andalucía. Ayer á puestas de sol por una vasta llanura de Castilla la Vieja....

—Alto ahí, dijo el gobernador: ¡cuidado con lo que decís! Castilla la Vieja está cien leguas de aqui.

—Ya lo sé, contestó el soldado sin desconcertarse; pero ya he prevenido á V. E. que tenia cosas extraordinarias que contarle; mas son tan verdaderas como estrañas, como lo verá si se digna escucharme con paciencia.

—Proseguid, acusado, dijo rizándose el bigote.

—Como decia, á puestas de sol, miré á

todas partes para encontrar donde pasar la noche; pero hasta donde alcanzaba la vista no se veia ninguna habitacion. Me resigné á pasar la noche sobre el suelo con mi morral por cabecera; pero V. E. es soldado viejo y sabe que para el que ha hecho la guerra una noche toledana no es gran cosa. »

El gobernador bajó la cabeza afirmativamente, sacando el pañuelo de la cazoleta de su espada para espantar una mosca que volaba cerca de su cara.

«Para abreviar, continuó el soldado, anduve un poco mas, y llegué á un puentecillo sobre un riachuelo medio seco por los calores del estío; una torre mora que habia en una estremidad del puentecillo estaba medio arruinada por su parte superior; pero su bóveda inferior estaba bien conservada. «Hé aqui, me dije, una escelente habita-



cion: » bajé al arroyo, y apagué mi sed en su cristalina corriente. Entonces sacando una cebolla y algunos mendrugos que componian mis provisiones, me senté sobre una piedra y empecé á cenar, proponiéndome establecer mi cuartel en la bóveda, que para un soldado que vuelve de la guerra no es muy malo: V. E. mismo como soldado viejo será de mi opinion.

—Peor que eso he estado yo en mi tiempo, dijo el gobernador volviendo á poner el pañuelo en la cazoleta de su espada.

—Mientras que comia mis mendrugos tranquilamente, oí ruido en la bóveda: escuché atentamente; eran los pasos de un caballo. Al mismo instante salió un hombre por

una puerta practicada en la torre y cerca del arroyo. Llevaba de la brida un soberbio caballo: con dificultad distinguía sus facciones á la claridad de las estrellas; pero un hombre vagando entre las ruinas de una torre, en aquel lugar salvaje y solitario, debía infundir sospechas: podia ser tal vez un viajero como yo; pero podia ser un contrabandista ó bandolero: poco me importaba á la verdad. Gracias á Dios y á la pobreza, no tenia nada que perder: me quedé pues sentado comiendo tranquilamente.

«El hombre llevó el caballo al arroyo, y entonces le examiné á mi gusto. Con gran sorpresa mia ví que era un moro con coraza de acero bruñido: el caballo estaba enjaezado á la moruna con anchos estribos. Este animal llegó al arroyo conducido por su amo, como acabo de decir; metió la cabeza en el agua, y la tuvo tanto tiempo que creí iba á reventar.

«Camarada, dije al estrangero, vuestro caballo bebe bien. Es buena señal cuando un caballo mete la cabeza en el agua.

«Bien puede beber, dijo el estrangero, hablando en español con acento árabe; ha pasado un año justo desde que bebió la última vez.

«¡Por Santiago! exclamé yo, eso escede á los camellos que he visto en África. Pero teneis aire de militar: sentaos aqui y tomad parte en la cena de un soldado. A decir verdad no me pesaba encontrar un compañero en aquel desierto: así es que no sentí repugnancia en asociarme momentáneamente con un infiel: ademas, como V. E. sabe muy bien, los soldados no somos muy escrupulosos sobre la religion de aquellos con quienes nos asociamos, y los militares de todos los paises son camaradas cuando se encuentran en tiempo de paz.»

El gobernador inclinó de nuevo la cabeza en señal de asentimiento.

«Como decia, pues, le invité á partir mi cena tal cual era, porque la hospitalidad mas comun no exigiria menos.

«No tengo tiempo para detenerme en comer ó beber, me dijo; tengo mucho que andar hasta que amanezca.

«¿Y á dónde bueno? le dije.

«A Andalucía.

«Ese es mi camino tambien; y puesto que no quereis deteneros para cenar conmigo, si me permitieseis montar á la grupa lo estimaria. Vuestro caballo me parece sufrirá ancas.

«Soy gustoso, dijo el moro.»

Ciertamente un hombre político, un militar no podia contestar de otro modo, sobre todo despues de haberle ofrecido la mitad de mi cena. Montó á caballo y me coloqué detrás de él.

«Teneos firme, me dijo; mi caballo va como el viento.

«No tengais cuidado por mí.»

Y hé aqui que empezamos á andar. El caballo iba á buen paso: á poco tomó el trote largo, siguió el galope, y despues emprendió la carrera á toda brida; parecia que lo llevaba el diablo. Los montes, los árboles, las casas, huian á nuestra vista.

«¿Qué ciudad es aquella? pregunté á mi compañero.

«Segovia, me dijo;» y apenas acababa de pronunciar esta palabra, ya las torres de Segovia habian desaparecido á nuestra vista. Subimos los caminos escarpados de los puertos de Guadarrama, y bajamos por el lado del Escorial. Pasamos por delante de las puertas de Madrid, y atravesamos las llanuras de la Mancha, siempre con la misma rapidez. De este modo corrimos por valles, colinas, y pasamos por delante de castillos y ciudades, donde todo descansaba en el mas profundo sueño.

«Por fin, para abreviar mi historia, y no abusar de la paciencia de V. E., el moro detuvo de pronto á su caballo en la cima de una colina.

«Ya hemos llegado al término de nuestro viaje.»

Miré á todas partes, y no ví rastro de habitacion; solo la entrada de una caverna. Mientras que examinaba aquel sitio, llegó una multitud de hombres vestidos de moros, unos á caballo, otros á pie, y todas parecian los traia el viento: todos se precipitaron á la entrada de la caverna, como abejas en una

colmena. Antes que hubiese podido hacer una pregunta, mi compañero picó espuela á su caballo y se confundió con los demas. Caminamos por un paso estrecho y tortuoso que bajaba hasta el fondo de la montaña. Todo el tiempo que duró nuestra marcha brilló una luz que cada vez se hacia mayor, como si fuesen los primeros rayos del sol; pero no podia distinguir lo que era. Por último llegó á ser tan brillante, que me permitió ver los objetos que me rodeaban. Ví á derecha é izquierda del camino grandes cuevas, que parecian á las salas de un arsenal. En unas habia broqueles, sables, lanzas, cascos, corazas; en otras máquinas de guerra de todas clases.

¡Cuán agradable vista hubiera sido para un viejo soldado como V. E. aquellas salas con tantas armas. Ademas en otras salas habia una multitud de caballos con sus ginetes formados en escuadrones, armados de punta en blanco, la lanza en ristre y las banderas desplegadas como si fueran á entrar en batalla; pero estaban inmóviles como estatuas. En otras salas habia grupos de guerreros dormidos al lado de sus caballos, y pelotones de infantería prontos á entrar en filas, todos vestidos á la antigua usanza mora.

Por fin, para terminar mi historia y no fastidiar á V. E., entramos en una inmensa caverna, ó más bien un palacio cuyas paredes estaban incrustadas de oro y plata, záfiro, diamantes y toda clase de piedras preciosas. Un rey moro estaba sentado en el fondo sobre un trono de oro rodeado de caballeros y de una guardia de negros africanos sable en mano.

Todos los que llegaban, que se podian contar á miles, pasaban por delante del trono haciendo señal de homenaje. Unos estaban magníficamente vestidos con trages de una blancura brillante y cubiertos de diamantes, otros llevaban armaduras riquísimas, y otros tambien llevaban vestidos rotos y sucios, ó cubiertos de armaduras tomadas de orin.

Hasta entonces habia guardado un profundo silencio, porque V. E. sabe muy bien que un soldado no debe hacer preguntas in-

discretas; pero ya no me pude contener mas tiempo.

—Camarada, hazme el favor de explicarme todo esto, le dije.

—Es un misterio grande y terrible, me contestó. Sabe ¡oh cristiano! que aqui estás viendo á Boabdil, el último rey de Granada, con su corte y su ejército.

—¿Qué estás diciendo? Boabdil y su corte han sido arrojados de este pais hace algunos siglos, y todos han muerto en África.

—Eso es lo que dicen vuestras crónicas, que mienten. Pero sabe que Boabdil y los guerreros que combatieron hasta lo último por la defensa de Granada fueron encerrados en el seno de esta montaña, que la domina, por un poderoso encanto. En cuanto al rey y al ejército que salió de la ciudad entregándola al enemigo, no eran mas que fantasmas ó demonios que Alá permitió tomar aquella forma para engañar á los Reyes Católicos. Aun te diré mas: toda la España está encantada; no existe en toda ella una cueva en los montes, una atalaya aislada en los llanos, un castillo arruinado en las colinas, que no sea la habitacion de algun guerrero que duerme bajo la tierra, ó bajo sus bóvedas, hasta que hayan expiado los pecados por los que Alá ha permitido que este imperio pasase á poder de los infieles. Una vez al año, la víspera de san Juan, todos se libran de la fuerza del encanto desde puestas del sol hasta que sale, y pueden ofrecer á su soberano su homenaje. Esta multitud que has visto entrar en la caverna se compone de guerreros musulmanes que vienen de donde estan encantados por toda España. Ya has visto esta tarde la torre del puente en Castilla la Vieja, donde he pasado los siglos que van trascurridos, y en la cual deberé encontrarme al alba. Los batallones y escuadrones que has visto armados de punta en blanco pertenecen á la guarnicion de Granada. Está escrito en el libro del destino que asi que el encanto se destruya, Boabdil bajará de la montaña á la cabeza de su ejército y conquistará su trono en la Alhambra y su dominio sobre Granada; despues, reuniendo en torno

suyo los guerreros encantados de toda España, someterá la Península entera, y la pondrá bajo el yugo musulman.

—¿Y cuándo sucederá eso? le dije.

—Alá lo sabe. Habíamos creído que estaba ya cerca el día de nuestra libertad; pero un vigilante é intrépido soldado, muy conocido bajo el nombre del Gobernador *manco*, manda al presente en la Alhambra; y mientras este viejo guerrero vigile los puestos avanzados, y esté pronto á rechazar la primera irrupcion de los montes, mucho me temo que Boabdil y sus tropas se vean obligados á descansar tranquilamente sobre sus armas.»

Al oír esto el gobernador se revolvió en su silla, requirió su espada y rizó su bigote.

Para concluir mi historia y no fatigar á V. E., le diré que el moro, despues de haberme dado estas esplicaciones, bajó del caballo.

«Quédate aquí un rato, me dijo, y guarda mi caballo mientras voy á saludar al rey Boabdil.»

Hablando así, se perdió en el gentío que se agolpaba al rededor del trono.

«¿Qué hago? me pregunté á mí mismo: ¿debo esperar la vuelta de este infiel para que me lleve en su caballo fantástico *sabe* Dios dónde? ¿me debo aprovechar de su ausencia para tocar retirada y salir de la compañía de estos aparecidos? Un soldado pronto toma su resolucion, como lo sabe muy bien V. E. El caballo pertenecía á un enemigo de la fe y de la patria, y segun las leyes de la guerra, era de buena presa. Así, pues, pasando de la grupa á la silla, hice volver el caballo, clavé los anchos estribos moros en los hijares del mismo, y subí mas que á paso la cuesta que habíamos bajado: todo esto acaeció con la velocidad del rayo, y ni el pensamiento pudo pararse en hacer otras esquisitas observaciones sobre mil objetos que se presentaron á mi vista en la rápida carrera.

Al pasar por delante de las cuevas, en las cuales estaban todos aquellos moros inmóviles, me pareció oír un sordo murmullo de voces y ruido de armas. Apliqué á mi caba-

llo segunda vez las espuelas, y echó á correr. Entonces oí á mis espaldas ruido como



de caballos desbocados, y al instante me alcanzaron y me pasaron en tropel confuso; arrastrado en medio de aquella turba, fui llevado hasta la salida de la caverna, donde ví millones de sombras desaparecer á mi vista en todas direcciones.

Con el tumulto y la confusion de aquella escena, caí al suelo privado de sentido; y cuando volví en mí, me encontré sobre la cima de una colina y el caballo árabe á mi lado, porque al caer mi brazo se habia enredado en las bridas, lo que, á mi parecer, impidió al animal ir á encontrar á su amo á Castilla la Vieja.

V. E. puede fácilmente juzgar de mi sorpresa, cuando mirando en torno mio, descubrí aloes, naranjos y otros atributos de las provincias meridionales, y al pie de la colina una gran ciudad con sus torres, palacios y una hermosa catedral.

Bajé de la colina con precaucion, llevando por la brida á mi caballo, porque no me atrevia á montarlo de miedo que me jugase alguna mala pasada. Cuando ya iba bajando me encontré vuestra patrulla, por la cual supe que estaba á las puertas de Granada y en la jurisdiccion de la Alhambra, la fortaleza del temible Gobernador *manco*, el terror de todos los meros encantados. Cuando me informaron de todo esto, me determiné á presentarme á V. E. para referirle todo

cuanto habia visto, y los peligros que le amenazaban. Instruido ya V. E., puede tomar las medidas que juzgue convenientes para salvar la fortaleza y el reino de este ejército intestino que acecha el momento de atacar desde el centro de la tierra.

—Y decidme, amigo, le dijo el gobernador, vos que os habeis encontrado en mas de una campaña, ¿qué me aconsejariais que hiciese?

—No está bien que un pobre soldado como yo, que nunca ha salido de sus filas, diga su opinion, y menos la proponga á un militar como V. E., dijo con un aire modesto el soldado; pero puesto que me manda diga mi pensamiento, me parece que haria tapiar escrupulosamente todas las bocas del monte, pero con solidez, á fin de cerrar todas las salidas á Boabdil y á su ejército, que se quedarían así bloqueados en sus subterráneos. Además, si este buen padre, continuó, saludando al fraile y santiguándose devotamente; si este buen padre quisiera consagrar las tapias con su bendicion, colocando la imágen de la cruz y algunas reliquias ó imágenes de santos, creo que se podría desafiar el poder de todos los encantos de estos infieles.

—Eso seria de mucho efecto, sin duda, dijo el fraile.»

El gobernador cogió con su brazo único el puño de su buena espada de Toledo, y mirando fijamente al soldado, meneando la cabeza con aire de incredulidad, le dijo:

«Amigo, ¿ereis engañarme con vuestro cuento del monte y del moro encantado? Cuidado con vuestro pellejo, acusado, ni una palabra mas sobre todo esto. Podeis ser un soldado viejo; pero os las habeis con un soldado tan instruido como vos en las estratagemas de la guerra, y á quien es difícil engañar. ¡Hola! guardias, que se pongan á este hombre grillos y esposas.»

La modesta jóven hubiera de buena gana intercedido en favor del prisionero; pero el gobernador la impuso silencio con una mirada.

Mientras que los guardias se apoderaban del soldado para cumplir las órdenes del go-

bernador, uno de ellos tocó una cosa dura y pesada en un bolsillo de su uniforme; lo sacó, y vió que era una gran bolsa de cuero que parecia bien provista. Cogiéndola por el fondo, vació su contenido sobre la mesa del gobernador, y nunca mochila de filibustero arrojó cosas tan espléndidas: collares, sortijas de gran valor, rosarios de perlas, cruces de brillantes y una profusion de monedas antiguas de oro, todo salió mezclado resonando sobre la mesa, y aun algunas cayeron rodando por la sala. Por un momento quedaron todos suspensos, cada uno se apresuró en seguida á recoger los brillantes fugitivos. El gobernador solo, poseido de toda su gravedad española, conservó su dignidad, aunque sus ojos no se separaron de aquella escena hasta que la última moneda y alhaja fueron colocados en la bolsa.

El franciscano no tenia tan tranquilo su rostro, estaba como la grana, y sus ojos brillaban como relámpagos á la vista de las cruces y rosarios.

«¡Miserable sacrilego! exclamó: ¿de qué iglesia ó convento has robado esas alhajas? ¿A qué santuarios has robado esas reliquias?

—Yo no he robado ninguna iglesia ó convento, padre: esos efectos, sacrilegos ó no, han debido ser robados en tiempos antiguos por el moro de que os he hablado. Os lo iba á decir cuando he sido interrumpido; cuando tomé posesion del caballo de aquel encantado, desaté del arzon de la silla una bolsa que contenia probablemente lo que el infiel habria robado en sus expediciones cuando los moros saqueaban nuestro pais.

—Está bien, dijo el gobernador: ahora arreglaos como mejor os parezca para tomar alojamiento en la Torre bermeja, que no está bajo el poder de ningun encanto mágico, pero en la cual estareis tan bien guardado, como vuestros moros encantados en sus cuevas.

—V. E. hará lo que tenga por conveniente, dijo con frialdad el prisionero: de todos modos estaré agradecido por alojarme en la fortaleza. Un soldado que ha hecho la guerra como V. E. lo sabe muy bien, no se incomoda por su alojamiento, y con cualquier co-

sa se contenta. Con tal que sea un cuartito y mis ranchos estoy contento. Solamente suplico á V. E. vele sobre su fortaleza con tanto cuidado como sobre su pobre prisionero y servidor, y no eche en olvido el aviso que me he atrevido á darle sobre tapiar las salidas de las cavernas.»

Así se terminó aquella escena. El prisionero fue conducido á la Torre bermeja, el caballo árabe á las caballerizas de S. E., y la bolsa depositada en su arca. Sobre este último artículo el franciscano opuso algunas objeciones, manifestando que las reliquias y cruces eran evidentemente despojos sacrilegos, y debían ser entregados á la iglesia. Sin embargo, como el gobernador no quiso admitir estas pretensiones, y que era soberano absoluto en la Alhambra, el fraile no agrió mas la discusión; pero resolvió en secreto informar del caso á los dignatarios diocesanos.

Para esplicar estas prontas y rígidas medidas del Gobernador manco, es preciso saber que por aquel tiempo las Alpujarras estaban infestadas de ladrones, capitaneados por un gefe intrépido llamado Manuel Borasco. Este bandolero saqueaba las cercanías y entraba en Granada disfrazado, y se instruía de la salida de algun convoy de géneros ó viajeros, que luego robaba en los sitios á propósito del camino. Estas hazañas reiteradas llamaron por fin la atención del gobierno, y los comandantes militares de todos los puestos recibieron la orden de examinar á todos los pasajeros sospechosos que caminaban por aquellos lugares. El Gobernador manco ejecutó con un celo eficaz esta orden, con el objeto de borrar la mala fama que tenia su fortaleza, que pasaba en lo general por el refugio de todo aquel que era perseguido por la justicia: en esta ocasion creyó estaba en sus manos el terrible capitán de la partida de bandoleros.

No tardó en divulgarse la aventura en la Alhambra y fuera de ella, y fue el pasto de todas las conversaciones. Se contaba que el famoso ladrón Manuel Borasco habia caído en poder del Gobernador manco, quien le habia encerrado en un calabozo de la Torre

bermeja. Todos los que habian sido robados por este bandido vinieron á reconocerlo. Sabido es que las Torres bermejas estan en una colina paralela á la en que está la Alhambra, pero fuera de su recinto. Ninguna muralla exterior impide el acercarse:



por lo tanto se colocó una centinela delante de la torre donde estaba el preso, y cuya ventana, guarnecida de gruesas barras de hierro, caía sobre una pequeña esplanada. Allí iban los habitantes de Granada á contemplarle, como hubieran contemplado á una hiena feroz rugiendo en su jaula. Sin embargo, nadie reconocía en él á Manuel Borasco: este bandido formidable era notable por la fiereza de su fisonomía, y no tenia el rostro burlesco del soldado. No solamente los de Granada, sino de todo el reino, acudieron á verlo, y ninguno le reconoció. Entonces hubo dudas sobre la veracidad de la historia que habia contado. Varios viejos habian oído contar á sus padres que Boabdil y su ejército estaban encantados en aquel monte: un gran número de personas fue al Monte del Sol, ó mejor dicho de Santa Elena, para encontrar la caverna descrita por el soldado. Vieron aquel pozo oscuro que hay en el monte, cuya profundidad se ignora, y que en aquel tiempo, lo mismo que en el día, se cree es la entrada del palacio de Boabdil.

Insensiblemente el soldado se fue ganando la voluntad del pueblo. El bandolero montañés no es mirado con desprecio en España como en otros países; es un personaje caballeresco á los ojos del pueblo. Además existe en este mismo pueblo cierta disposición á vituperar los actos de la autoridad, especialmente las medidas rigurosas: de esto resultó que no tardaron en murmurar el Gobernador manco, y en considerar al cautivo de la torre como un mártir.

El soldado además era un hombre de buen humor, tenía una chanzoneta para cada hombre que iba á verle, y un requiebro para cada muchacha. Se había procurado una guitarra, y cantaba acompañándose con ella romances antiguos, sentado á la ventana, lo que agradaba infinito á las vecinas que se reunían de noche en la esplanada para bailar al son de su guitarra. Como se había quitado su barba encrespada, su rostro tostado del sol no causaba horror á las jóvenes; y la modesta doncella del gobernador confesó también que su mirada maligna era irresistible. Esta sensible jóven había manifestado desde su primera entrevista una tierna simpatía por sus desgracias, y después de haber vanamente tratado de mitigar el rigor del gobernador, se había ocupado en suavizar los efectos. Todos los días llevaba al preso algun plato de la comida del gobernador ó alguna botella de rico Valdepeñas ó excelente Málaga.

Mientras esta traición inocente ocurría en la ciudadela, el mismo viejo gobernador estaba amenazado de otra más seria por sus enemigos exteriores. Las circunstancias de la bolsa llena de oro y alhajas, encontrada sobre el cuerpo de un supuesto ladrón, había sido referida en Granada muy exageradamente. Al punto el capitán general, el antiguo rival del gobernador, formuló una demanda de jurisdicción territorial. Pretendía, que habiendo sido preso el reo fuera del recinto de la Alhambra, de derecho le pertenecía á él. En su consecuencia reclamó su persona y los despojos ópimos hallados sobre él. Al mismo tiempo el fraile había informado á la inquisición de las cruces, ro-

sarios y reliquias contenidas en la bolsa, y esta reclamó por su parte al acusado, como culpable de sacrilegio, y sostenía que los objetos que había robado pertenecían de derecho á la iglesia y su cuerpo á la hoguera. Las contestaciones se acaloraron entre estos grandes personajes, y el Gobernador manco, rabioso, juró que antes de entregar su cautivo le haría ahorcar de una torre de la Alhambra como espía cogido en su término.

El capitán general amenazó enviar un destacamento á sacar al preso de la Torre Bermeja y traerlo á Granada: la inquisición también quería enviar los familiares del santo oficio para el mismo objeto. El gobernador sospechó algo, y decía:

«Que vengan, los espero á pie firme, encontrarán lo que buscan. Mucho necesita madrugar el que quiera sorprender á un soldado viejo.»

Dió sus órdenes en consecuencia de esto para que el preso al rayar el día fuese trasladado á la cárcel interior de la Alhambra.

«Hija mía, dijo á su modesta doncella: despiértame mañana antes que canten los gallos para que pueda en persona presenciar la ejecución de mis órdenes.»

Amaneció: los gallos cantaron; pero nadie vino á despertar al gobernador. El sol doraba ya la cima de los montes, é iluminaba las almenas cuando el soldado viejo fue despertado de sus sueños matutinos por su fiel cabo de escuadra, que se acercó á su cama con el terror retratado en su semblante.

«Se ha marchado, se ha escapado, decía el veterano casi sin aliento.

—¿Quién se ha escapado?

—El soldado, el bandido, el diablo tal vez, porque su calabozo está vacío, pero la puerta está muy bien cerrada, y nadie sabe cómo ha podido escaparse.

—¿Quién es el último que le vió anoche?

—Vuestra doncella, que le llevó la cena.

—Que venga al momento.»

Pero hé aquí otro motivo de consternación: el cuarto de la modesta doncella de los ojos bajos estaba vacío, y se conocía en su cama que no se había acostado.

Era evidente que se había escapado con el preso, porque se recordó que hacia algunos días tenían largas conversaciones.

Este último golpe hirió al gobernador en el lugar mas sensible de su corazón; pero apenas tuvo tiempo de reflexionar en aquella desgracia: otra mayor vino á distraer su atención. Al entrar en su gabinete vió que su caja había sido abierta, y que había desaparecido la bolsa del soldado en compañía de dos sacos de doblones.

Difícil era acertar hácia dónde se habrían escapado los fugitivos, ni el camino que habrían seguido. Al fin un viejo que vivía en

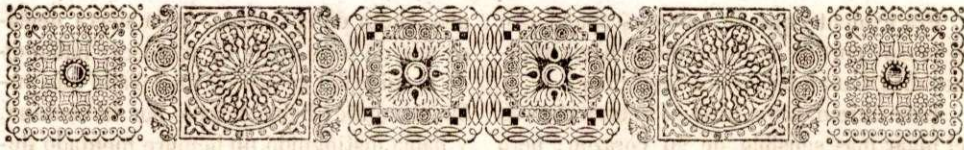
una choza en el camino de la sierra declaró que un poco antes de amanecer había oído el ruido del galope de un caballo que subía el monte; había mirado por la ventana, y había distinguido un hombre montado llevando á las ancas una muger.

«Que vean en las caballerizas si falta un caballo,» dijo el gobernador.

Fueron á verlo, y solo faltaba el árabe; en su lugar había un cayado grueso atado al pesebre, y con este letrado:

«Regalo de un soldado viejo al Gobernador manco.»





CAPITULO XXVI.

LAS DOS ESTATUAS.

EN una de las habitaciones de la Alhambra vivia antiguamente un hombrecillo muy alegre llamado Lope Sanchez que trabajaba en los jardines, y cantaba todo el dia como una cigarra. Era la vida, el alma de la fortaleza. Concluida su tarea, se sentaba en uno de los bancos de piedra de la esplanada, tocaba la guitarra y cantaba los largos romances del Cid, Bernardo del Carpio, Hernando del Pulgar y otros héroes españoles para divertir á los inválidos; otras veces tocaba el bolero y fandango para que bailasen las muchachas.

Como la mayor parte de los hombres bajos, Lope Sanchez se habia casado con una muger alta y robusta que hubiera podido llevarle en el bolsillo; pero en contradiccion con los pobres, en lugar de tener una docena de chiquillos, no tenia mas que una niña. Sanchica, así se llamaba, tenia doce años y unos hermosos ojos negros. Era tan alegre como su padre, cuya delicia era, jugar á su lado cuando trabajaba en los jardines, bailaba cuando este tocaba la guitarra á la sombra, y corria como un cervatillo por los bosquecillos, avenidas y salones desiertos de la Alhambra.

Era la víspera de san Juan, y por la noche todos los habitantes de la Alhambra, hombres, mugeres y niños, subieron al Monte del Sol que domina el Generalife para pasar la velada sobre su cima terraplenada.

La luna clara y brillante comunicaba á los montes una luz plateada; la ciudad con sus torres y campanarios yacia en la sombra, y la vega parecia el reino de las brujas por la infinidad de luces que se veian brillar por entre sus bosquecillos. En la cima de la colina mas alta se habia encendido una gran hoguera segun una antigua costumbre que viene de los moros.

La noche se pasaba con alegría bailando al son de la guitarra de Lope Sanchez, que nunca estaba mas contento que cuando asistia á alguna fiesta. Mientras duró el baile, Sanchica y sus compañeras se divertian en jugar en las ruinas de una torre mora que hay en el monte. Cogiendo piedrecillas en un hoyo, encontró una manecita, preciosamente esculpida de azabache, con los dedos cerrados y el pulgar pegado á ellos. Regocijada con su encuentro, la niña corrió á enseñarlo á su madre. Al instante se formaron mil conjeturas, mil suposiciones sobre este objeto, que varios miraban con cierta desconfianza supersticiosa. «Tirad eso, decia uno; eso viene de los moros, y podeis estar segura que hay algun encanto, algun maleficio oculto.—¡Qué disparate! decia otro: mejor es llevárselo á los joyeros del Zacatin, que darán algo por ello.» En medio de la discusion un inválido que habia servido en África, y cuyo rostro estaba tan tostado como el de un árabe, se aproximó; examinó

la mano con aire inteligente y dijo: «He visto juguetes como este entre los berberiscos, tienen gran virtud para librar del mal de ojo y de toda clase de sortilegios y encantamientos. Amigo Sanchez, os doy la enhorabuena: es un signo de felicidad para vuestra hija.»

A estas palabras, la muger de Lope Sanchez ató la manecita de azabache á una cinta y la colocó en el cuello de su hija.

La vista de este talisman recordó todas las tradiciones maravillosas sobre los moros, cosa que agrada sobremanera en España. Abandonaron el baile, y se sentaron en el suelo formando corros para escuchar los cuentos que los mas ancianos referian. Algunos de estos cuentos versaban sobre las maravillas de este mismo monte sobre el cual se encontraban. Efectivamente es el mas famoso de todos por las fantasmas y los fenómenos sobrenaturales. Una vieja que parecia gitana describió detenidamente el palacio subterráneo donde Boabdil y su corte estan encantados en medio del monte.

«Entre estas ruinas que veis, dijo enseñando los restos de murallas y montones de piedra en un sitio algo distante, entre estas ruinas hay un pozo profundo y oscuro que llega hasta el centro del monte. Aunque me dieran todo el dinero que hay en Granada no quisiera mirar el fondo del pozo. Un pobre pastor de la Alhambra, que guardaba sus cabras en estos sitios, bajó una vez para sacar un cabritillo que se habia caido; salió pálido y asustado, y hablaba de las cosas extraordinarias que habia visto, de modo que todos le tomaban por loco. No hizo mas que delirar por muchos dias con las fantasmas moras que le habian perseguido por aquellas cavernas, y nadie podia persuadirle á que llevase las cabras á pastar al monte. En fin, un dia fue, y el pobre pastor no volvió. Sus vecinos encontraron las cabras paciendo entre las ruinas, y su capa y sombrero al lado del pozo, y ya nadie volvió á saber de él.»

Sanchica escuchaba esta conseja con tal atencion, que no se atrevia á respirar para no perder ni una palabra. Curiosa por naturaleza, deseó vivamente ver este pozo

peligroso, y para conseguirlo se separó de sus compañeras. Buscó las ruinas, y despues de haber vagado algun tiempo, llegó á una especie de estanque cerca de la cima de una colina por la parte escarpada que limita el valle del Darro. Sanchica se animó á attepar á la barandilla de este estanque, y dirigió su vista al fondo. Vió que estaba negro, lo que daba idea de su profundidad. A esta vista se sobrecogió, se retiró asustada, volvió segunda vez á mirarle, y se retiró, repitió tercera vez esta operacion: el mismo horror que sentia, cada vez la causaba un placer delicioso. En fin, cogió una piedra y la arrojó al estanque. Al principio no produjo el menor ruido: de repente chocó sobre la punta de una roca, y rebotó en seguida entre las piedras con un ruido semejante al trueno; luego parecia que caia en el agua, pero á una gran distancia; despues no se oyó nada.

Sin embargo, este silencio fue de corta duracion. Parecia que se escuchaba un ligero ruido en el fondo de este abismo parecido al zumbido de las abejas: este ruido fue aumentándose por grados, y se convirtió en voces confusas mezcladas con ruido de armas, sonido de trompetas y clarines como de un ejército que se preparase á entrar en batalla, en el centro del monte.

Atemorizada de este estruendo, huyó despavorida á buscar á sus padres y compañeras. Todo habia desaparecido. Las hogueras apagadas lanzaban sus últimos resplandores. Las que habian estado encendidas en las colinas cercanas y en la llanura se habian estinguido: la naturaleza entera estaba sumida en un profundo sueño. Sanchica llamó á sus padres y á algunas de sus amigas por su nombre; pero nadie la contestó.

Bajó rápidamente la colina siguiendo las murallas del Generalife, y llegó á la avenida de la Alhambra. Allí descansó sobre un banco para tomar alimento. El reloj de la torre de la fortaleza daba las doce. Todo en torno suyo permanecia mudo; solo se oia el murmullo de un arroyo que corria bajo los árboles. La dulzura de la atmósfera la convidaba al sueño; pero pronto llamó su atencion

una luz que brillaba á alguna distancia: ¿cuál sería su sorpresa al ver bajar del monte una gran cabalgata de guerreros moros, unos armados de lanzas y escudos, otros de cimarras y hachas, y los rayos de la luna se reflejaban sobre sus corazas bruñidas? Los caballos caracoleaban con orgullo, y tascaban los frenos llenos de espuma; pero el ruido de sus pies no se oía, como si los tuviesen forrados de fieltro, y sus ginetes estaban pálidos como la muerte. En medio de ellos se venía una hermosa dama con una corona en la cabeza y las trenzas rubias de sus cabellos tejidas de perlas. La mantilla de su palafren era de terciopelo carmesí, recamado de oro, y caía hasta la tierra. Sin embargo parecía que la hermosa dama se hallaba afligida, porque llevaba los ojos inclinados al suelo.

Detrás de ella llevaba un numeroso séquito de cortesanos, vestidos magníficamente con trages y turbantes de diferentes colores: traían en su centro al rey Boabdil el Chico, montado sobre un caballo que llevaba un mantó real cubierto de diamantes y su corona resplandeciente de brillantes. Sanchica le reconoció por su barba rubia, y por su semejanza con el retrato de este príncipe que había visto muchas veces en la gallería del Generalife.

Contemplaba pasmada y admirada esta pompa real á medida que pasaba por entre los árboles; y aunque persuadida de que estos príncipes, esta corte y aquel ejército eran seres sobrenaturales, presa de encantadores, los miraba sin temor por el efecto del talisman que pendía de su cuello, y cuyo poder ignoraba.

Así que todos hubieron pasado se levantó y los siguió, y observó que se encaminaban á la gran puerta de la Justicia, que se encontraba abierta. Los viejos inválidos, de centinela en aquel puesto, estaban tendidos en los bancos, sumergidos en un sueño profundo, y al parecer mágico; la cabalgata fantasmagórica atravesó la puerta sin ruido, banderas desplegadas, y como en triunfo. Ya se preparaba á seguirlos, cuando vió una abertura practicada en el pavimento del

atrio, que parecía conducir hasta los ciementos de la torre; entró en ella, y se atrevió á bajar hasta el fondo, viendo unos escalones cortados á pico en la roca, y de trecho en trecho un pasadizo embovedado, iluminado con una lámpara de plata que despedía un olor agradable: arriesgóse á bajar toda la escalera, y se encontró en un gran salon, practicado en el centro de la tierra, ricamente amueblado al estilo moro, y alumbrado por lámparas de plata y cristal de roca. En medio del salon, un anciano de



larga barba blanca y tez morena; recostado en un sillón, estaba durmiendo, y el báculo que tenía entre sus manos parecía que á cada instante iba á escapársele de ellas. A corta distancia se veía una hermosa dama vestida á la antigua española, con una corona de pedrería en la cabeza, y tocando una lira de plata con dulce melodía. Al ver esto, Sanchica se acordó de la princesa goda encantada en aquel monte por un viejo mágico árabe, á quien adormecía por el poder mágico de su música.

La dama manifestó gran sorpresa al verla en aquella sala encantada, y la dijo:

«Estamos en la víspera de san Juan.»

—Sí, contestó Sanchica.

—Entonces puede suspenderse el hechizo por esta noche. Ven, hija mía, nada temas. Soy cristiana como tú, aunque esté detenida aquí por la fuerza de un encanto. Toca mis cadenas con el talisman que veo pen-

diente de tu cuello, y por algunas horas me quedaré libre.»

Hablando así, abría su túnica y enseñaba á Sanchica una ancha faja de oro que sujetaba su talle, y una cadena del mismo metal, con la cual estaba sujeta al pavimento.

La niña, sin vacilar, aplicó la manecita de azabache á la faja de oro, y la cadena cayó inmediatamente al suelo. Al ruido que hizo se despertó el anciano, y ya se restregaba los ojos cuando la dama recorrió con sus ligeros dedos las cuerdas de la lira, y volvió á caer en su profundo letargo, meaneando la cabeza á un lado y otro.

«Ahora, dijo la dama, toca ese báculo con la mano de azabache.»

La niña obedeció: el báculo se escapó de las manos del anciano, y volvió á aletargarse en su sillón. La dama acercó la lira á la cabeza del mágico, y haciendo vibrar sus cuerdas al oído del anciano, exclamó:

«¡Oh poderoso espíritu de la armonía! ten encadenados sus sentidos hasta la aurora. Ahora, sígueme, hija mía, y verás la Alhambra tal cual estaba en sus días de gloria, porque posees un talisman que domina todos los encantos.»

Sanchica siguió á la dama en silencio. Pasaron de la sala subterránea á la puerta de la Justicia, y desde allí al patio de las Cisternas. Esta grande esplanada estaba cubierta de soldados moros de caballería é infantería, formados en batalla y banderas desplegadas. Las guardias del rey estaban á la puerta, y dos filas de negros etíopes se hallaban con la cimitarra desenvainada. Ninguno pronunciaba la más mínima palabra, y Sanchica pasó por delante de ellos sin recelo alguno con su guía. Cuando entraron en el palacio, en el cual se había criado, se aumentó su sorpresa. La luna esparcía sobre las salas una luz casi tan brillante como la del día, y los objetos presentaban otro aspecto diferente del que ofrecían ordinariamente. En lugar de las telarañas que cubrían las paredes, se veían las colgaduras de damasco; los dorados y arabescos habían recobrado su brillantéz y frescura. Sillones y otros muebles cuajados de

perlas adornaban los salones, tanto tiempo abandonados, y todas las fuentes corrían.

Por efecto del mismo encanto, en las cocinas reinaba la misma actividad: cocineros



fantásticos preparaban sombras de manjares, condimentaban fantasmas de pollos y perdices. Los criados iban y venían llevando platos de plata cubiertos de esquisitas viandas. El patio de los Leones estaba lleno de soldados, cortesanos y alfaquis, como en los días felices de los árabes. En la sala del Juicio estaba Boabdil sentado sobre su trono, y tenía por una noche la sombra de un cetro. A pasar del movimiento continuo de esta multitud, no se oía el sonido de una voz, ni el ruido de un paso. Nada interrumpía el silencio de la noche, escepto la caída de las aguas en las fuentes. Sanchica seguía los pasos de su guía sin experimentar el menor temor, pero muda de admiración: por fin, después de haber recorrido todo el palacio, llegaron á una puerta que daba á una bóveda debajo de la Torre de Comares. A cada lado de la puerta se veía una estatua de alabastro figurando una ninfa. Las cabezas de las dos estatuas estaban de lado, y parecían mirar un mismo punto en el interior de la bóveda. La dama encantada se detuvo, y haciendo señas á la niña que se acercase, la dijo:

«En este sitio hay un tesoro escondido que quiero descubrirte para premiar tu confianza y tu valor. Estas discretas estatuas velan sobre este tesoro que un rey moro puso en tiempos antiguos bajo su custodia.

Dí á tu padre que cave la tierra en el sitio á donde se dirige la vista de estas estatuas, y encontrará lo que le hará mas rico que ningun habitante de Granada. Sin embargo, solo tus inocentes manos podrán con la ayuda del talisman sacar el tesoro. Encarga á tu padre que use de él con prudencia, y que destine una parte á hacer decir misas para que me vea pronto libre de este profano encantamiento.»

Así que hubo concluido de hablar, llevó á la niña al jardin de Lindaraja, contiguo á la bóveda de las estatuas. Los rayos de la luna reflejaban en las aguas de la fuente solitaria, y esparcian una luz suave sobre los limoneros y naranjos. La hermosa dama cogió una rama de mirto, é hizo una guirnalda, que colocó sobre la cabeza de la niña.

«Esto te recordará, dijo, el secreto que te he descubierto, y servirá al mismo tiempo para probar la verdad de mi revelacion. Mi hora ha llegado: es preciso que vuelva al salon encantado. No me sigas, podria sucederte alguna desgracia. A Dios: acuérdate de lo que te he dicho, y no olvides las misas para mi libertad.»

Hablando así, la dama entraba por un corredor oscuro que va á parar al pie de la Torre de Comares y desapareció.

Un gallo cantó en una cabaña de las próximas á la Alhambra; una claridad pálida asomó por encima de los montes hácia el Oriente: un ligero vientecillo sopló; un sonido semejante al de las hojas secas en otoño se oyó en los patios y corredores, y las puertas se cerraron unas tras otras con estrépito.

Sanchica volvió á las salas que habia dejado hacia pocos instantes llenas de aquella multitud de sombras; pero Boabdil y su séquito fantástico, todo habia desaparecido. La luna seguia iluminando aquellos salones desiertos y despojados de su esplendor efímero. Las hendeduras, las telas de arañas habian vuelto á aparecer sobre las paredes; los murciélagos revoloteaban á la ambigua luz de la noche que se acababa, y las ranas cantaban en los estanques.

Sanchica se apresuró á subir la escalera de la humilde habitacion de su familia. La

puerta estaba abierta como de costumbre, porque Lope Sanchez era demasiado pobre para necesitar cerrojos ó barras. La niña sin hacer ruido se metió en su cama, y poniendo la guirnalda de mirto debajo de la almohada, se durmió profundamente.

Cuando la familia se despertó, Sanchica refirió á su padre lo que le habia sucedido. Lope Sanchez la trató de visionaria, y la dijo que habia soñado, y se burló de su credulidad. Se marchó á trabajar; pero á poco que estaba en los jardines, vió llegar á su hija corriendo y exclamando:

«¡Padre, padre, ved la guirnalda de mirto que la dama encantada me puso en la cabeza!»

Lope Sanchez miró y quedó atónito, porque el tronco del mirto era de oro puro y cada hoja era una hermosa esmeralda. Como entendia poco de piedras preciosas, ignoraba el valor de la guirnalda; pero sabia bastante para estar seguro que era de gran precio y de materiales mas positivos que aquellos de que se componen los sueños. Su primer cuidado fue encargar á su hija el secreto mas absoluto sobre todo aquello: por este lado sin embargo podia estar tranquilo, porque tenia una discrecion superior á su edad y sexo.

Se apresuró á ir á la bóveda en la cual estaban las dos ninfas de alabastro. Vió que sus cabezas estaban vueltas efectivamente hácia el interior del vestíbulo y su vista fija en un mismo punto. Lope Sanchez admiró mucho esta invencion para guardar un secreto. Tiró una línea desde los ojos de las estatuas al punto de la muralla á donde miraban y se retiró.

Sin embargo, todo el dia Lope Sanchez estuvo distraido y caviloso. No podia estar mucho tiempo sin ir á ver á lo menos desde lejos las estatuas, y temia que se descubriese el secreto. Cada paso que escuchaba acercarse á aquel sitio le hacia temblar. Hubiera dado lo que le hubieran pedido porque las ninfas volviesen la cabeza en otra direccion, olvidando que hacia muchos siglos que así la tenian, sin que nadie hubiese adivinado que miraban un tesoro.

«¡Que el cielo las confunda, van á descubrirlo todo! decía: vaya un medio de que se han valido para guardar un secreto.» Así que escuchaba acercarse á alguno, se escapaba receloso de despertar algunas sospechas rondando al rededor de aquel sitio misterioso: pasado algun rato volvía poco á poco á examinar de lejos si cada cosa estaba en su sitio; pero la vista de las estatuas escitaba de nuevo su indignacion.

«Siempre mirando, siempre mirando á donde no deberian mirar. ¡Malditas estatuas! no desmentirán su sexo: no teniendo lenguas para hablar, se sirven de sus ojos para el mismo efecto.»

Por fin, con gran placer, vió terminar aquel día eterno. El ruido de los pasos no se escuchaba en las salas de la Alhambra; el último visitante acababa de atravesar el umbral de la puerta principal, cuyos cerrojos se habian corrido, y el murciélago, el buho y la rana empezaban sus tareas nocturnas en aquel palacio desierto.

Lope Sanchez con todo esperó entrarse mas la noche antes de aventurarse á ir con su tierna hija á la sala de las dos ninfas. Las encontró mirando misteriosamente como siempre el depósito.

«Con vuestro permiso, hermosas damas, dijo Lope Sanchez poniéndose en medio de ellas, voy á libertaros del secreto de que sois depositarias dos ó tres siglos.»

Se puso á trabajar en el sitio señalado en la pared, y pronto descubrió un hueco en el cual habia dos jarrones de porcelana. En vano procuró sacarlos de su escondite, estaban inmóviles: entonces la niña se acercó y los tocó con sus manos inocentes; al instante el jardinero los estrajo de su nicho, y encontró con gran alegría que estaban llenos de oro, de alhajas y piedras preciosas. Antes que amaneciera los llevaron al cuarto de Lope, que dejó las estatuas que los custodiaban con la vista fija en el hueco vacío.

Ya tenemos al honrado Sanchez hecho un hombre rico; pero las riquezas, como sucede siempre, trajeron consigo los disgustos que hasta entonces habia ignorado. ¿Cómo se

gobernaria para tener segura su fortuna? ¿Cómo podria solamente gozar de ella sin escitar sospechas? Por la primera vez en su vida conoció el miedo á los ladrones. Entonces reparó cuán poco segura era su habitacion, y se puso á componer puertas y ventanas: sin embargo, á pesar de estas precauciones, le fue imposible dormir tranquilo. Su alegría le abandonó del todo; se acabaron las gracias, las canciones; sus vecinos no le conocian, y se convirtió en el ser mas triste y mas desgraciado de la Alhambra. Todos notaron este cambio repentino, y le compadecieron; pero se alejaron de él suponiendo que estaba á punto de caer en la mas profunda miseria, y podria encontrarse en el caso de pedir algun socorro.

La muger de Lope Sanchez participaba de su congoja; pero tenia consuelos espirituales. Nos hemos olvidado de decir que el honrado jardinero, siendo un hombrecillo bastante inconsiderado, su prudente esposa acostumbraba consultar en todos los negocios graves á su confesor Fr. Simon, del convento de padres franciscos de la Alhambra. Fr. Simon era un fraile robusto, de anchas espaldas, de cabeza redonda, que confesaba á la mitad de las matronas de la vecindad, sin contar que era muy venerado en varios monasterios de religiosas, donde sus consuelos espirituales eran pagados con escelentes dulces, con delicados bizcochos, fabricados por sus hijas de confesion, que los acompañaban con los mas exquisitos vinos y licores, reconocidos como estomacales para despues de los ayunos y vigalias.

Fr. Simon no ejercia sin fatiga sus diversas funciones. Su grasiendo cutis brillaba al sol de medio dia cuando subia la colina de la Alhambra. Sin embargo, por mas que se achicharraba, como suele decirse, bajo los hábitos, la austeridad de su orden le impedía desatar el cordon que ceñia su túnica de lana. Los hombres saludaban con respeto este espejo de piedad, y hasta los perros que olfateaban de lejos el olor de santidad que esparcian sus hábitos, le saludaban al pasar con sus ladridos.

Tal era Fr. Simon, el consejero espiri-

tual de la jardinera; y como el confesor de una muger de su clase es por lo general su confidente, este supo bien pronto por su penitente el secreto del tesoro.

El franciscano abrió ojos y boca al escuchar esta relacion, y se santiguó lo menos doce veces. Despues de algunos momentos de reflexion exclamó:

«Hija de mi alma, sabe que tu marido ha cometido un doble pecado contra el rey y contra la iglesia. El tesoro, del que se ha apoderado, habiendo sido hallado en los dominios reales, pertenecia al rey; pero como se compone de objetos que provienen de infieles, y que ha sido, por decirlo asi, sustraído de las garras de Satanás, debe ser consagrado á la iglesia. Con todo, las cosas podrán arreglarse: tráeme la guirnalda de mirto.»

Cuando el buen padre la vió, brillaron sus ojos mas que de costumbre al observar el tamaño y la belleza de las esmeraldas.

«Como esta guirnalda, dijo, es el primer fruto del descubrimiento, es conveniente que se emplee en objetos piadosos. Será



ofrecida como un ex-voto á san Francisco, y suspendida delante de su imágen en nuestro convento, y pediré esta noche misma á este gran santo conceda á vuestro marido la pacífica posesion de su fortuna.»

La muger quedó satisfecha de hacer la paz con el cielo bajo condiciones tan razonables, y el fraile, escondiendo la guirnalda debajo de sus hábitos, se encaminó con paso lento y mesurado á su convento.

Cuando volvió Lope Sanchez á su casa,

su muger le contó lo que acababa de pasar. Se enfadó seriamente, tanto mas, cuanto que la devocion de su muger le parecia ya hacia mucho tiempo escensiva, y que las visitas frecuentes del fraile no le gustaban mucho.

«¡Muger! ¿qué has hecho? tu indiscrecion puede perdernos.

—¡Pues qué! ¿querrias impedirme descargar mi conciencia en el seno de mi confesor?

—No, muger, confiesa tus pecados siempre que quieras; pero por lo que toca á ese tesoro, si es un pecado, yo le he cometido, y te juro que mi conciencia está tranquila.»

Las quejas y reconvenciones eran inútiles; el secreto estaba descubierto, y era tan imposible recogerlo, como las gotas de agua derramadas en la arena. La sola esperanza estaba cifrada en la discrecion del fraile.

Al siguiente dia Lope Sanchez estaba en el jardín, cuando llamaron quedito á la puerta, y Fr. Simon entró con aire humilde y modesto, diciendo:

«Hija mia, he rogado á san Francisco con ardor, y ha escuchado mis oraciones: á media noche este santo se me ha aparecido en sueños; pero tenia el rostro irritado.

—¿Cómo te atreves á pedirme que disponga del tesoro de los gentiles, me dijo, cuando ves la pobreza de mi capilla? Ve á casa de Lope Sanchez, pide en mi nombre una parte del oro árabe para proveer mi altar con dos hermosos candeleros, y que goce en paz del resto.»

Al oir al fraile referir su vision, la buena muger se santiguó con terror; y cuando acabó de hablar, corrió al sitio secreto donde Lope habia guardado su tesoro, llenó de monedas de oro una gran bolsa de cuero, y se la dió al fraile: el agradecido padre le dió en cambio tantas bendiciones á ella y á su posteridad capaces de enriquecerla, si el cielo las confirmaba; despues, guardando la bolsa en su manga, cruzó las manos sobre su pecho, y salió con aire compungido.

Asi que Lope Sanchez hubo sabido este segundo donativo á la iglesia, le faltó poco para volverse loco.

«¡Desgraciado de mí! exclamó: ¿qué va á ser de nosotros? Seré robado, arruinado, reducido en fin á la mendicidad.»

Con mucha dificultad pudo apaciguarle su muger recordándole las inmensas riquezas que le quedaban, y cuán moderado se habia manifestado san Francisco contentándose con tan poca cosa.

Desgraciadamente el padre Simon tenia una parentela dilatada que socorrer, sin contar una media docena de niños huérfanos de cuya educacion se habia encargado. Reiteró, pues, sus visitas, y pidió en cada una de ellas para santo Domingo, san Andrés y Santiago. Desesperado Lope Sanchez, conoció que si no huia del santo fraile, no se veria libre de sus ofrendas á todos los santos del Calendario, y determinó marcharse la noche siguiente con el resto del tesoro á otra parte del reino.

Compró para este efecto una mula arrogante, y la escondió en una cueva oscura debajo de la torre de los siete pisos, precisamente en el sitio de donde el Velludo ó la fantasma del caballo sin cabeza sale á media noche para correr las calles de Granada, perseguido por la trahilla de perros. Lope Sanchez tenia poca fe en aquella historia; pero se aprovechó del terror que inspiraba para ocultar su fuga, sabiendo muy bien que nadie se acercaria á lo que se llamaba la caballeriza del espectro. Por el dia envié á su muger é hija á un pueblo distante de la vega con órden de que le esperasen en el: así que anocheció llevó su tesoro á la cueva, le cargó sobre la mula, la cogió de la brida, y bajó de la colina con precaucion en medio de la oscuridad.

El honrado Lope habia tomado sus medidas con el mayor secreto, y no se habia confiado á nadie, escepto á su cara mitad: sin embargo, sea por alguna revelacion milagrosa, sea por otra causa, Fr. Simon lo supo. El fraile, al ver que se escapaba su querido tesoro, resolvió sacar aun algo, ó quedarse con todo, si era posible, en beneficio de la iglesia y de san Francisco. Con esta intencion, así que las campanas tocaron las ánimas, y que todo quedó tranqui-

lo en la Alhambra, salió de su convento sin hacer ruido, y bajando por la puerta de la Justicia, se ocultó en uno de los bosquecillos de rosales y laureles que adornan la alameda. Allí estuvo contando cada cuarto de hora que daba el reloj del palacio, y aplicando el oido á los gritos lúgubres de los buhos y á los ladridos lejanos de los perros de los gitanos que habitan en las cuevas.

Al fin oyó los pasos de un caballo, y distinguió al través de la oscuridad profunda, producida por la sombra de los árboles, un caballo que bajaba por la alameda. El robusto fraile se gozaba de antemano de la broma que iba á jugar al honrado Lope. Se habia encogido como un gato que acecha un raton, remangó sus hábitos, y se apretó el cordon; y saliendo de pronto del bosquecillo, echó una mano al cuello de la bestia, la otra en la grupa, dió un salto que hubiera hecho honor al mejor picador, y se encontró montado.

«¡ Ah! ¡ ah! dijo el reverendo: veremos quién lleva el gato al agua.»

Apenas habia dicho estas palabras, cuando la pretendida mula empezó á tirar coces, á encabritarse, y partió á gran galope. En vano se esforzaba el padre en detenerla. Saltaba de peña en peña, de bosque en bosque; los hábitos del franciscano estaban hechos pedazos, y volaban por el aire; su rapada cabeza recibió mas de un golpe en las ramas de los árboles, y su rostro mas de un arañazo de los espinos y zarzales: para colmo de terror, vió que una trahilla de seis perros le seguia ahullando, y conoció, aunque tarde, que estaba montado sobre el Velludo.

Corrieron una posta endiablada por la alameda, la Plaza Nueva, el Zacatin y Vivarrambra. Nunca cazadores ni lebreles hicieron una corrida tan desesperada, un ruido tan infernal. Vanamente el fraile invocó todos los santos del paraiso, y hasta la santísima Virgen: cada nombre sagrado que pronunciaba hacia el efecto de un espolazo sobre el Velludo, y le hacia saltar á la altura de los tejados: toda la noche anduvo e desdichado Fr. Simon, á pesar de sus es-

fuerzos, corriendo por toda Granada, magullado horriblemente y destrozado todo su cuerpo, que da lastima referirlo. Por último se oyó el canto matutino de un gallo, y á aquel sonido el espectro volvió pies atrás y tomó el camino de la torre. Atravesó otra vez la Plaza de Vivarrambla, el Zacatin, la Plaza Nueva, y la alameda de las Fuentes, los seis perros no cesaban de ladrar, de ahullar y morder los talones del aterrado fraile. Los primeros rayos de la aurora asomaban ya cuando llegaron á la torre. Llegados allí, la fantasma dió un bote que arrojó al fraile á una distancia prodigiosa, se metió en la cueva oscura con la trahilla infernal, y el mas profundo silencio sucedió á sus horribles clamores.

Un labrador que iba al rayar el alba á su trabajo, encontró al padre Simon tendido en el suelo, bajo una higuera, al pie de la torre, pero tan maltratado y aporreado, que ni podía moverse ni hablar. Fue llevado á su celda con todo el cuidado imaginable, y corrieron voces que habia sido atacado é insultado por unos ladrones. Pasaron muchos dias antes que pudiese recobrar el uso de sus miembros: sin embargo se consolaba pensando que si la mula cargada del tesoro se le habia escapado, habia sacado á lo menos una parte muy regular de los despojos de los infieles. Su primer cuidado en cuanto se levantó fue buscar debajo de los colchones donde lo habia escondido la guirnalda de mirto y la bolsa de cuero. ¿Cuál seria su dolor al ver que la guirnalda se habia convertido en una rama de mirto seco, y que la bolsa de cuero solo contenia arena y piedras?

Fr. Simon, á pesar de su disgusto, tuvo valor para callarse por no esponerse á la burla de todos y al castigo que le hubiera impuesto su superior si hubiese penetrado el secreto de su aventura. Solo muchos años despues y en su lecho de muerte fue cuando reveló á su confesor la carrera nocturna que habia dado sobre el Velludo.

Por mucho tiempo no se supo nada de Lope Sanchez, despues de su desaparicion de la Alhambra. Su memoria era apreciada como la de un compañero de broma, y todos

temian que la tristeza que habia manifestado antes de su marcha misteriosa no la causase la miseria. Pasados algunos años, un inválido amigo suyo, que se encontraba en Málaga, fue atropellado, y faltó poco para ser reventado por un coche tirado por cuatro caballos. El carruaje se detuvo: un caballero anciano, lujosamente vestido, bajó de él para socorrer en persona al pobre soldado. ¿Cuál seria la admiracion de este cuando reconoció en aquel caballero tan elegante á su antiguo amigo de la Alhambra, á Lope Sanchez, que en aquel mismo momento iba á celebrar el casamiento de su hija Sanchica con uno de los grandes del reino?

Toda la familia estaba reunida en la carroza. Allí estaba la señora de Sanchez, que habia engordado monstruosamente, con la



cabeza llena de plumas, el cuello, los brazos y todos los dedos llenos de alhajas de gran precio; sus adornos recordaban los de la reina de Saba. Sanchica, hecha ya una muger, hubiera podido pasar por una duquesa, y aun por una princesa, por sus gracias y belleza. El futuro estaba á su lado: era un hombrecillo flaco á la verdad; pero esto era una prueba de la nobleza de su sangre: un legítimo grande de España no tiene generalmente mas que cuatro pies y medio de alto. Esta boda habia sido arreglada por la madre.

Las riquezas no habian corrompido el corazon del bueno de Sanchez: cuidó á su antiguo camarada en su casa por espacio de

muchos dias ; le festejó como un rey , le lle-
vó al teatro y á los toros en cuanto pudo
salir , y le mandó llevar á su depósito, dán-
dole un gran bolsillo lleno de oro para él y
otro para que lo distribuyese entre sus ami-
gos pobres de la Alhambra.

Lope dijo siempre que un hermano muy
rico que habia muerto en América le habia
dejado una mina de cobre ; pero las coma-
dres de la Alhambra afirmaban que todas
sus riquezas le provenian de haber descu-
bierto el secreto guardado por las ninfas de

alabastro. Se ha notado que estas dos esta-
tuas tan discretas han seguido mirando has-
ta el dia el mismo sitio de la pared , y siem-
pre con el mismo aire misterioso ; lo que
hace suponer á muchos que aun queda al-
gun tesoro escondido digno de la curiosidad
de los emprendedores. Sin embargo , otros
muchos, y en particular las mugeres, consi-
deran á estas figuras con una extrema ve-
neracion , como testimonios de que las mu-
geres pueden guardar un secreto.

CAPITULO XXVII
RECHAZADO ABRAHAM



... de haber estado en la Alhambra, y en el momento de salir, se le dio un bolsillo con un tesoro de oro, y otro para distribuirlo entre los pobres de la Alhambra. Lope dijo siempre que un hermano muy rico que habia muerto en América le habia dejado una mina de cobre; pero las comadres de la Alhambra afirmaban que todas sus riquezas le provenian de haber descubierto el secreto guardado por las ninfas de alabastro. Se ha notado que estas dos estatuas tan discretas han seguido mirando hasta el dia el mismo sitio de la pared, y siempre con el mismo aire misterioso; lo que hace suponer a muchos que aun queda algun tesoro escondido digno de la curiosidad de los emprendedores. Sin embargo, otros muchos, y en particular las mugeres, consideran a estas figuras con una extrema veneracion, como testimonios de que las mugeres pueden guardar un secreto.

... de haber estado en la Alhambra, y en el momento de salir, se le dio un bolsillo con un tesoro de oro, y otro para distribuirlo entre los pobres de la Alhambra. Lope dijo siempre que un hermano muy rico que habia muerto en América le habia dejado una mina de cobre; pero las comadres de la Alhambra afirmaban que todas sus riquezas le provenian de haber descubierto el secreto guardado por las ninfas de alabastro. Se ha notado que estas dos estatuas tan discretas han seguido mirando hasta el dia el mismo sitio de la pared, y siempre con el mismo aire misterioso; lo que hace suponer a muchos que aun queda algun tesoro escondido digno de la curiosidad de los emprendedores. Sin embargo, otros muchos, y en particular las mugeres, consideran a estas figuras con una extrema veneracion, como testimonios de que las mugeres pueden guardar un secreto.



CAPITULO XXVII.

MAHOMET ABOU ALAHMAR.

DESPUES de haber entretenido al lector con las maravillosas leyendas de la Alhambra, me creo obligado á presentarle algunos hechos de su historia, ó mas bien la de los dos príncipes á los que el mundo debe este monumento de la magnificencia oriental. Para recoger estos hechos he descendido de la región de la imaginacion, donde cada objeto toma una tinta poética, y he llevado mis pesquisas en medio de los empolvados libros de la antigua biblioteca de los jesuitas en la universidad. Este tesoro de erudicion, antiguamente tan célebre, no es mas que su sombra: los franceses cuando ocuparon á Granada lo saquearon á su sabor, llevándose los manuscritos mas raros y preciosos. No obstante, aun se encuentran entre los voluminosos escritos de polémica jesuítica varias obras de literatura española muy curiosas, pero sobre todo un gran número de esas antiguas crónicas encuadernadas en pergamino, á las cuales profeso una veneracion particular.

He pasado horas deliciosas en esta vieja biblioteca, seguro de que nadie vendria á interrumpirme; y escudriñando en los armarios, cuyas llaves me daban por una rara complacencia, porque estos santuarios de

la ciencia encierran objetos capaces de tentar al estudiante ansioso de poseer conocimientos incógnitos al vulgo. En estas visitas he anotado algunas particularidades sobre los personajes que acabo de citar.

Los moros de Granada han mirado siempre la Alhambra como una obra maravillosa, y creían segun sus tradiciones que el rey su fundador habia sido muy sabio en la magia, ó al menos en la alquimia, por cuyo medio reunió las sumas inmensas necesarias para la construccion de este edificio. Una relacion compendiada del reinado de este príncipe explicará los secretos de su opulencia.

El nombre de este monarca, segun se ve escrito en las paredes de algunas salas de la Alhambra, era Abou Abdallah, es decir, el padre de Abdallah; pero en las historias árabes de Granada siempre es llamado Mahomet Abou Alahmar; es decir, Mahomet hijo de Alahmar, y muchas veces por abreviatura Abou Alahmar.

Nació en Arjona (Jaen) el año 591 de la egira y 1192 de la era cristiana, de la noble familia de los Ben Nasar, ó hijos de Nasar. Sus padres no escasearon ni gastos ni cuidados para hacerle digno del rango á que sus riquezas y la nobleza de su familia le

permitian aspirar. Los sarracenos de España estaban muy adelantados en la civilización, y en todas las ciudades principales se podía encontrar instituciones capaces de educar á los jóvenes llamados por su nacimiento á obtener los empleos públicos. Cuando Abou Alahmar llegó á edad competente, fue nombrado gobernador de Jaen, en cuyo destino se hizo amar del pueblo por su justicia y bondad. Algunos años despues el imperio musulman en España se dividió en bandos, y varias ciudades aclamaron por rey á Mahomet Alahmar. Emprendedor y ambicioso, se aprovechó de esta ocasion para desplegar sus talentos con gloria; recorrió los pueblos sublevados y fue recibido en todos con aclamaciones de júbilo. El año 1238 entró en Granada en medio de los aplausos entusiastas del pueblo; fue proclamado rey, y llegó á ser pronto el gefe de los mahometanos en España, y fue el primero de la ilustre familia de los Ben Nasar que haya ceñido corona. Su reinado fue una larga serie de felicidades para sus súbditos. Dió el gobierno de las ciudades á los hombres mas distinguidos por su prudencia y valor, y que eran mas estimados del pueblo. Organizó una policía vigilante, estableció reglas severas para la administracion de las leyes. El pobre, el oprimido eran admitidos en audiencia, y él mismo velaba para que la proteccion de la ley á que eran acreedores les fuese concedida. Fundó hospitales para enfermos, ciegos y ancianos, y los visitaba con frecuencia, no con pompa, sino de impreviso; de modo que se informaba por sí mismo si los administradores de estos establecimientos cumplian sus órdenes benéficas. Instituyó escuelas que inspeccionaba del mismo modo. Mandó construir carnicerías y panaderías públicas, donde el pueblo encontraba los comestibles de primera necesidad á precios arreglados, y no podia ser engañado acerca de su calidad. Trajo abundantes cañerías de agua á la ciudad, y construyó baños, fuentes, como asimismo acueductos y canales para regar la vega. De este modo la prosperidad reinó en la ciudad, los comerciantes traian á sus almacenes los géneros de todos los paises.

Mientras que Mahomet gobernaba su hermoso reino con tanta sabiduría como felicidad, fue de pronto amenazado por los horrores de la guerra. En aquel tiempo los cristianos, aprovechándose de las discordias y divisiones del imperio mahometano, conquistaban rápidamente sus antiguos dominios. Jaime el Conquistador habia tomado á Valencia, y Fernando el Santo llevaba sus armas victoriosas sobre la Andalucía. Sitió la ciudad de Jaen, y juró no levantar el campo hasta tomar posesion de aquella plaza. Mahomet Abou Alahmar conoció la impotencia de sus medios de resistencia contra un rey de Castilla. Tomando una resolucion pronta, se fue secretamente al campo de los cristianos, y se presentó al rey Fernando.

«Ved aqui, le dijo á Mahomet, rey de Granada. Me entrego á vuestra lealtad, é imploro vuestra proteccion. Aceptad cuanto poseo, y recibidme como vasallo de vuestra corona.»

Hablando asi, dobló una rodilla y besó la mano del rey en señal de homenaje.

El rey Fernando, conmovido de esta prueba de confianza, no quiso ser vencido en generosidad. Levantó á su rival, le abrazó como un amigo, rehusó sus tesoros, pero le aceptó como vasallo, y le dejó la soberanía de sus estados; bajo las condiciones de pagarle un tributo anual, de asistir á las Cortes como uno de los nobles de Castilla, y de acompañarle en la guerra con un número determinado de caballeros cuando fuese requerido.

Mahomet no tardó mucho tiempo en ser llamado á cumplir la última y mas dura de estas condiciones, y ayudó á Fernando en su famoso sitio de Sevilla. El rey moro salió de Granada con 500 caballeros, que no tenían igual en el mundo en la destreza de manejar la lanza y guiar un caballo. ¡Qué humillacion para estos guerreros tener que batir á sus hermanos! Pero la promesa de su soberano era sagrada y debia cumplirse.

Mahomet tuvo la deplorable ventaja de contribuir con su valor personal á esta conquista tan importante para los cristianos; pero tuvo el honor mas apreciable de ob-

tener de Fernando un trato mas humano para los vencidos que lo que permitian las costumbres de aquella época en la guerra. Despues que la célebre Sevilla se rindió el año 1248 al rey de Castilla, Mahomet volvió lleno de tristeza é inquietud á sus estados. Veía á las claras los males que amenazaban á los musulmanes, y muchas veces repetía en momentos angustiosos: «*Qué angosta y miserable seria nuestra vida si no fuera tan dilatada y espaciosa nuestra esperanza!*»

Cuando el triste vencedor se acercó á Granada, el pueblo salió con deseos impacientes de verle, porque le amaba como á su bienhechor. Habian levantado arcos triunfales por la carrera en honor de sus hazañas, y por donde pasaba le saludaban con el nombre de el Ghalid, el victorioso. Mahomet exclamó cuando oyó esta aclamacion: *Wa la ghalib ila Alah*. Dios solo es victorioso. Desde entonces adoptó esta sentencia por divisa, la hizo grabar en su blason en banda transversal, y sus descendientes la conservaron siempre.

Mahomet habia comprado la paz sometiendo al yugo cristiano; pero sabia que elementos heterogéneos no podian estar mucho tiempo unidos, y que los motivos de hostilidad entre los musulmanes y los antiguos poseedores de la Península eran muy grandes y muy inveterados para poder esperar una larga tregua. Obrando, pues, con arreglo al antiguo adagio. «*Armame aun en tiempo de paz; arrópate aun en verano*, se aprovechó del intervalo de tranquilidad de que disfrutaba para fortificar sus ciudades, llenar sus parques de armas y máquinas; protegió todas las artes útiles que dan á las naciones riquezas y poder efectivo. Concedió privilegios y recompensas á los mejores artistas, se ocupó en mejorar la cria de caballos y otros animales domésticos, favoreció la agricultura, y aumentó la fertilidad natural del terreno por canales de riego, que hacian florecer sus hermosos valles como si fueran jardines. Fundó tambien manufacturas de seda y animó los progresos de ellas; y los tejidos de

Granada sobrepusieron bien pronto á los de Siria por la belleza y finura. Hizo explotar minas de oro y plata descubiertas en las altas montañas del reino, y fue el primer rey de Granada que hizo acuñar moneda de oro y plata con su busto, cuyos cuños estaban grabados por hábiles artistas.

Hacia mediados del siglo XIII, y poco tiempo despues de su vuelta de Sevilla, emprendió Mahomet Alahmar la construccion del soberbio palacio de la Alhambra, inspeccionando los trabajos en persona, y confundiendo con los artistas y peones de las obras.

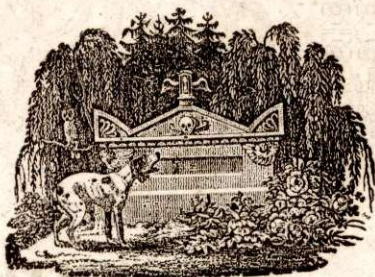
Este príncipe tan grande, tan magnífico en sus empresas y monumentos, era simple y modesto en su vida privada. Sus vestidos eran estremadamente sencillos, y en nada se diferenciaban de los de sus vasallos. En su harem habia un pequeño número de bellezas, y las visitaba rara vez; pero las rodeaba con todas las seducciones de la opulencia y la grandeza. Sus mugeres pertenecian á las primeras familias del reino; las trataba como amigas, como compañeras amables, y lo que es mas estraño, consiguió hacerlas vivir como amigas unas con otras. Pasaba la mayor parte del dia en sus jardines, especialmente en los de la Alhambra, que habia enriquecido con plantas raras y bellísimas flores; allí se divertia en leer ó hacer que le leyeran historias, y en estos momentos de descanso instruia á sus hijos, cuya educacion habia confiado á hombres ilustrados y sabios.

Como se habia sometido leal y voluntariamente á reconocer á Fernando por su señor y soberano, y á pagarle un tributo, fue fiel á su compromiso, y dió repetidas pruebas de su afecto y lealtad al rey de Castilla en diferentes ocasiones. Cuando Fernando murió en Sevilla el año 1254, Mahomet, para dar una prueba inequívoca de lo mucho que habia apreciado á este príncipe, y el gran sentimiento que le causara la infame noticia de la muerte de dicho soberano, envió algunos embajadores á su sucesor Alfonso X con un séquito compuesto de cien caballeros moros de casas ilustres que

debían custodiar el féretro del rey durante las ceremonias fúnebres. Esta manifestacion de respeto fue repetida mientras vivió el rey moro á cada aniversario de la muerte de san Fernando, y se veía en aquella época llegar á Sevilla cien nobles caballeros que ocupaban su puesto con sus cirios encendidos en la suntuosa catedral al rededor del catafalco del ilustre difunto.

Mahomet Abou Alahmar conservó sus facultades intelectuales hasta una edad avanzada. A los setenta y nueve años se puso á la cabeza de su ejército para rechazar una invasion. Al salir de Granada, uno de los adalides ó gefe rompió accidentalmente su lanza contra el arco de la puerta. Los consejeros del rey, alarmados con esta circunstancia, que consideraban de mal agüero, suplicaron al monarca volviese á palacio: sus ruegos fueron vanos: insistió, y segun las crónicas, el presagio fatal se cumplió antes del medio dia. Mahomet, atacado de una enfermedad repentina, estuvo á punto de caer de su caballo. Se le colocó en una litera; pero los accidentes se agravaron tanto, que fue preciso levantar una tienda en la vega, á donde fue llevado. Sus médicos estaban consternados, y no sabian qué remedios administrarle. Al cabo de algunas horas murió vomitando sangre en medio de horribles convulsiones. El infante D. Felipe, hermano de Alfonso X, estaba á su lado cuando espiró.

Su cuerpo embalsamado fue puesto en un féretro de plata y enterrado en un soberbio



mausoleo de marmol construido en la Alhambra, en medio de los sollozos y lamentos de sus súbditos, que le lloraban como á un padre.

Tal fue el príncipe ilustre y patriota que fundó la Alhambra, y cuyo nombre se encuentra en sus adornos mas preciosos. La memoria de este rey despierta en la imaginacion de aquellos que pisan los salones de aquel palacio, antiguamente testigo de su gloria, las ideas mas elevadas. Se dice que á pesar de la grandeza de sus empresas, y los enormes gastos que exigian, sus arcas siempre estaban llenas; y esta contradiccion aparente dió margen para suponer que estaba versado en la magia y poseia el secreto de cambiar en oro los mas viles metales. Pero si se observa su política, se adivinará fácilmente por qué magia simple y natural llenaba su tesoro.





CAPITULO XXVIII.

YUSEF ABUL HAGIG.

DEBajo de la habitacion del gobernador de la Alhambra está la mezquita donde los reyes moros cumplian sus devociones, y aunque al presente esté consagrada como capilla católica, se ven aun señales de su origen musulman, tal como columnas árabes con capiteles dorados, una galería con celosías que servia para las mugeres del harem, y las armas de los reyes mahometanos de Granada mezcladas por todas partes con las de los reyes de Castilla.

En este lugar consagrado murió el ilustre Yusef Abul Hagig, el gran príncipe que concluyó la Alhambra, y que mereció por sus virtudes y talentos una fama casi igual á la del magnánimo fundador de este palacio. Con placer indecible sacó de la oscuridad el nombre de este soberano de esta nacion perdida y casi olvidada, que dominó en el Mediodia de la España con tanta gloria, y llegó á un grado tan superior de civilizacion, mientras que el resto de la Europa estaba aun sumida en la barbarie.

Yusef Abul Hagig, ó como se escribe comunmente Haxis, subió al trono de Granada el año 1333. Sus cualidades morales y físicas ofrecian la perspectiva de un reino próspero y glorioso. Unia á una belleza notable una

fuerza prodigiosa. Segun las crónicas árabes, tenia la barba de un color muy claro, por cuya causa la teñia de negro, dejándola crecer hasta una longitud magestuosa para aumentar la dignidad de su aspecto. Su memoria prodigiosa le habia facilitado el adquirir toda clase de conocimientos: era tenido por el mejor poeta de su siglo, y sus modales eran corteses y afables. Yusef tenia el valor propio de las almas elevadas; pero su talento cultivado y la dulzura de su carácter le hacian mas propio para brillar en la paz que en los combates, en los que siempre fue desgraciado. Cuando se veia obligado á tomar las armas, su bondad natural encontraba ocasiones de manifestarse aun en medio de los horrores de la guerra. Prohibia toda crueldad inútil, recomendaba la clemencia para con los vencidos, protegía á las mugeres, á los niños y á los sacerdotes. Una de sus empresas mas desgraciadas fue su liga con el rey de Marruecos contra los reyes de Castilla y Portugal. Yusef fue derrotado con su aliado en la memorable batalla del Salado, que dió un golpe mortal al poder musulman.

Despues de este revés, Yusef obtuvo una larga tregua, y se consagró durante este in-

tervalo de reposo á instruir á su pueblo y perfeccionar sus costumbres. Para este fin estableció en cada pueblo una escuela dirigida por un sistema de educacion simple y uniforme. Mandó que toda aldea que contase doce casas tuviese una mezquita, é hizo cesar los abusos que se habian introducido en las ceremonias religiosas, en las fiestas públicas y diversiones populares. Llamó su atencion la policia de las ciudades, en las que estableció rondas por las noches; pero lo que mas escitó su celo fue el terminar los edificios principiados en tiempo de sus antecesores y mandar elevar otros. La Alhambra, fundada por el escelente Abou Alhamar, se concluyó entonces. Yusef hizo edificar la hermosa puerta de la Justicia, que sirve de entrada á la fortaleza, y adornar varias salas y patios del palacio, como lo prueban las inscripciones en que se encuentra el nombre de este príncipe. El alcázar ó ciudadela de Málaga, que en la actualidad solo es un monton de ruinas, y cuya arquitectura interior desplegaba sin duda tanta elegancia y riqueza como en la Alhambra, se le debe á él tambien.

El carácter de un soberano se refleja siempre en sus contemporáneos. Los nobles de Granada, á imitacion de su rey Yusef, adornaron á esta ciudad con magníficos palacios, cuyos palos, adornados con pavimentos de mosaicos, estaban llenos de esculturas delicadas, pinturas brillantes y ricos dorados. Aun se encuentran vestigios de estos adornos, y sus colores vivos tienen su primera frescura. La mayor parte de las casas tenían fuentes con juegos de agua y elegantes torrecillas de madera ó piedra, curiosamente adornadas y cubiertas de chapas de metal que brillaban al sol. Tal era el gusto refinado que dominaba entonces en aquel pueblo, y que dió márgen á esta bella comparacion de un autor árabe: «Granada en tiempo de Yusef (dice este escritor) era un vaso de plata lleno de esmeraldas y jacintos.»

Una anécdota sola dará á conocer la generosidad de este príncipe escelente. La larga tregua que habia seguido á la batalla del Salado habia terminado, y Yusef hizo cuanto

pudo para prolongarla; pero en vano. Su enemigo mortal Alfonso XI, rey de Castilla, empezó la guerra con fuerzas imponentes y puso sitio á Gibraltar. Yusef empuñó las armas con repugnancia, y acababa de enviar tropas á los sitiadores, cuando, en medio de su angustia, supo que el rey Alfonso habia muerto atacado de la peste. En lugar de abandonarse en esta ocasion á la alegría, Yusef se acordó de las grandes cualidades del difunto, y se llenó de una noble y profunda tristeza:

«¡ Ah! dijo: el mundo ha perdido uno de sus mejores príncipes, un soberano que sabia apreciar el mérito en sus amigos y enemigos.»

Las crónicas españolas afirman este testimonio de su magnanimidad: segun ellas, los caballeros moros, participando de los sentimientos de su rey, llevaron luto por la muerte del rey Alfonso. Los mismos moros de Gibraltar, á quienes sitiaba, cuando supieron que el monarca enemigo habia muerto en su campo, convinieron entre sí en no hacer ninguna salida contra los cristianos. El dia en que estos levantaron el campo, y marchó el ejército llevándose los restos de Alfonso, los moros salieron en gran número de Gibraltar, y vieron pasar esta pompa fúnebre con el mas profundo y silencioso respeto. La misma deferencia fue observada para con el difunto por todos los gefes moros de las fronteras, que permitieron á la comitiva fúnebre pasar con toda seguridad desde Gibraltar á Sevilla (1).

Yusef no sobrevivió mucho tiempo al enemigo, cuya pérdida habia sentido tan generosamente. El año 1354, mientras oraba en la mezquita real de la Alhambra, vino un loco y le atacó de improviso, clavándole un

(1) «Y los moros que estaban en la villa y castillo de Gibraltar, despues que supieron que el rey D. Alonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los Christianos, ni mover pelear contra ellos; esto vieron todos quedos, y decian entre ellos que aquel dia muriera un noble rey y gran príncipe del mundo.»

